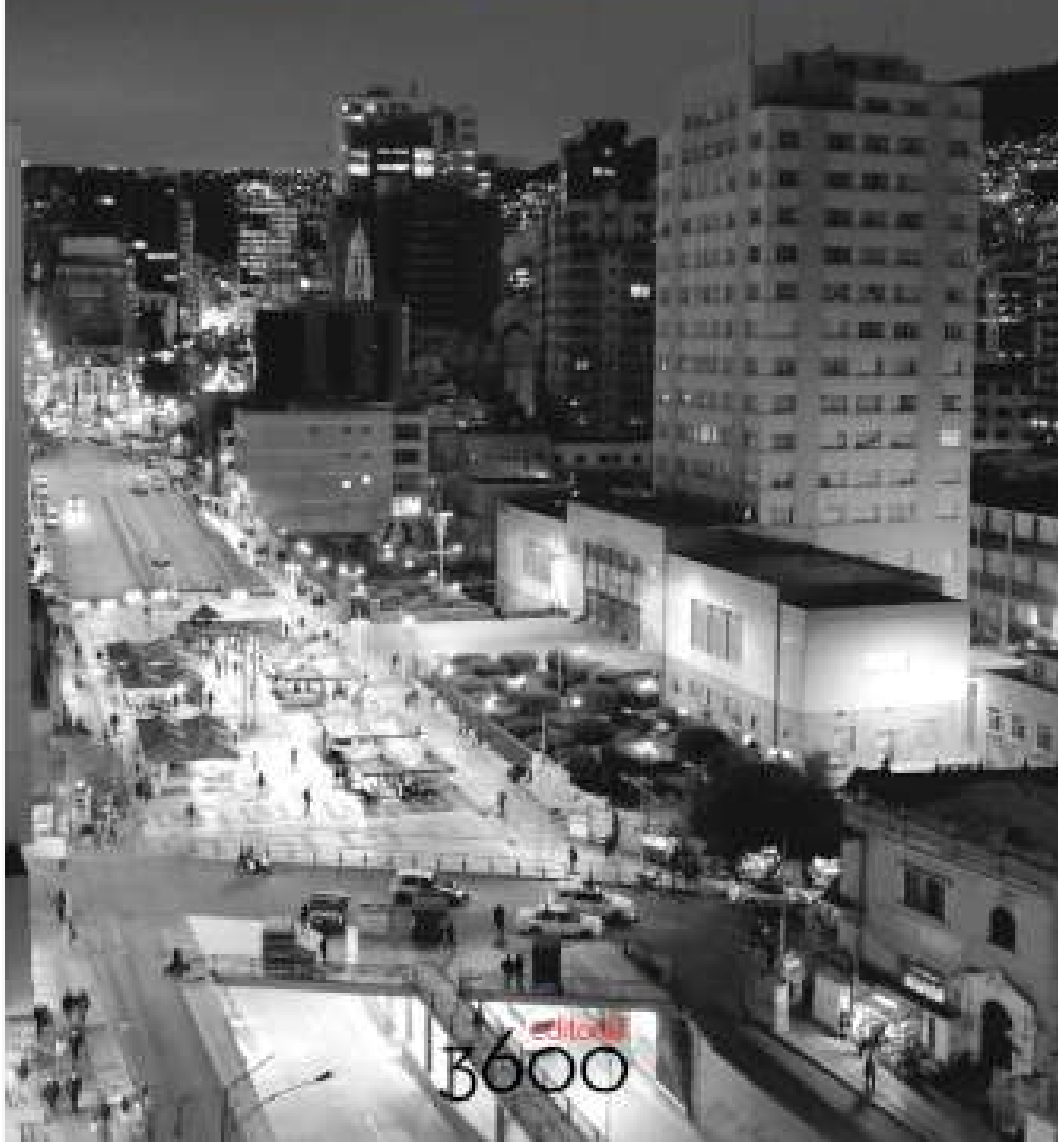


Hugo José Suárez

Diario de La Paz
Apuntes de un retorno



HUGO JOSÉ SUÁREZ

Diario de La Paz
Apuntes de un retorno

3600^{editorial}

Diario de La Paz
Apuntes de un retorno

Hugo José Suárez

© Hugo José Suárez

© Editorial 3600

Edición y producción
Editorial 3600
Teléfono 2415288
editorial3600@gmail.com

Director de colección
Willy Camacho

Diseño de portada

Diseño y diagramación
Humberto Pinto

Depósito Legal
ISBN: 978-9917-612-14-8

Impreso en Bolivia
2022

*Para Pati,
que nos brindó paz cuando todo estaba oscuro.*

Índice

EMPEZAR EL DIARIO	13
A MODO DE INTRODUCCIÓN (1-2-2021)	13
FABULOSO CUMPLEAÑOS EN CUARENTENA (2-2-2021)	18
PRIMEROS DÍAS EN LA PAZ (5-2-2021)	19
ENCONTRARSE CON LÉVI-STRAUSS (6-2-2021)	23
¿DANI COVID? (7-2-2021)	26
CONFIRMADO (8-2-2021)	28
CATHIA NO TIENE COVID (9-2-2021)	28
MI ESCRITORIO (20-2-2021)	29
MEDITACIONES PASCALIANAS (21-2-2021)	29
12 PLAYERAS (22-2-2021)	30
NOTAS DE LITERATOS. VARGAS LLOSA Y PAZ (25-2-2021)	32

REMOVER LAS CAJAS DEL PASADO —LIBROS Y FOTOS— (27-2-2021)	36
VIAJAR, ESCRIBIR, REGISTRAR (28-2-2021)	38
ADIÓS A MI COLUMNA DE EL DEBER (4-3-2021)	40
LICENCIA DE CONDUCIR —EN TRES TIEMPOS— (12-3-2021)	41
CEPA AMAZÓNICA (30-3-2021)	47
LA VACUNA QUE NO LLEGA (31-3-2021)	47
EL SENTIDO DE UN DIARIO (6-4-2021)	48
SEMANA SANTA EN EL BOSQUE YUNGUEÑO (8-4-2021)	51
POLICÍA DE ESTACIÓN (10-4-2021)	51
COMPLICIDAD DE GÉNERO (11-4-2021)	52
LINDOS HALAGOS (11-4-2021)	53
ELECCIONES EN LA UMSA (14-4-2021)	53
PISTOLA DE BALINES (14-4-2021)	54
EL VACÍO (28-04-2021)	54
EL DEPARTAMENTO (28-04-2021)	55
ENTRE TECLAS Y PEDALES (28-4-2021)	56
LA POLÍTICA ME ATURDE (5-5-2021)	56
EL SENTIDO DE UN DIARIO (8-5-2021)	57

EN BÚSQUEDA DE LA VACUNA (8-5-2021).....	57
VIANDANTE (8-5-2021).....	58
ESPERA DE ELISA (10-5-2021).....	59
VACUNADO, PRIMERA DOSIS (16-5-2021).....	59
AL LAGO EN BICI (16-5-2021).....	61
ANUNCIOS EN LA CALLE (19-5-2021).....	62
CHOMPA (19-5-2021).....	62
NOVELA (27-5-2021).....	63
SALUD (31-5-2021).....	64
FIN DE LA NOVELA (31-5-2021).....	65
DEPARTAMENTO (31-5-2021).....	65
LO VISUAL Y LA SOCIOLOGÍA EN BOLIVIA (1-6-2021).....	66
SEGUNDA DOSIS (5-6-2021).....	67
DIARIO (5-6-2021).....	69
COMPRA CULPOSA (7-6-2021).....	69
INTELECTUALES A LA BOLIVIANA (10-6-2021).....	70
NOVELA POLÍTICA (10-6-2021).....	71
PRIMERA COMUNIÓN (24-6-2021).....	75
MARCOS LOAYZA: METAGRAFÍAS (26-6-21).....	76

PLAZA DEL MERCADO CAMACHO (3-7-2021).....	78
CUMPLEAÑOS DE BETINITA (3-7-2021).....	79
BICICLETA Y CIUDAD (6-7-2021)	80
SAN ANTONIO Y LA PROMESA DE MAMÁ ELENA, RECORDÁNDOLA EN SU CUMPLEAÑOS (8-7-2021)	84
FRASES DE CARLOS FUENTES (9-7-2021)	85
VOLVER, PROPIO Y AJENO (10-7-2021)	86
IRSE A ESTUDIAR AL EXTERIOR (12-7-2021).....	88
COROICO (27-7-2021)	89
LA CREACIÓN (5-8-2021)	91
REZOS EN EL CEMENTERIO (15-8-2021).....	91
LIBROS DE HERENCIA (16-8-2021)	92
ESGUINCE DE TOBILLO (27-8-2021)	93
SAJAMA EN BICI (29-9-2021)	95
SOBRE LA FERIA DEL LIBRO (25-9-2021)	97
SEIS HORAS FUERA DE LA RED (5-10-2021)	101
MIEDO A COVID (5-10-2021)	103
LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ (6-10-2021)	103
HOMENAJE A CARLOS MARTÍNEZ ASSAD (19-10-2021).....	104

UN LIBRO A BUSCAR (20-10-2021)	106
OTRA MUDANZA (31-10-2021).....	107
OTRA CITA DE LUIS GONZÁLEZ (5-11-2021)	108
DIARIO SOCIOLOGICO (5-11-2021).....	111
LUEGO DEL VIAJE A MÉXICO (21-11-2021).....	112
ORWELL (21-11-2021).....	115
PEQUEÑAS NOTAS SOBRE EL VIAJE A MÉXICO (27-11-2021)	116
SOCIÓLOGO ESCRIBIENDO (8-12-2021).....	118
FIESTA DE GRADUACIÓN (12-12-2021).....	119
UNA CITA SOBRE LA UTILIDAD DE LA SOCIOLOGÍA (19-12-2021).....	123
TRES PASOS AL FRENTE (27-12-2021).....	124
NAVIDAD (27-12-2021).....	126
MATRIX Y SPIDERMAN (28-12-2021)	127
BORGES ETNÓGRAFO (29-12-2021).....	129
LOS LIBROS Y EL PODER (30-12-2021)	129
BIBLIOTECA Y CAJÓN DE LOS RECUERDOS (31-12-2021).....	132
LA MUTACIÓN (8-1-2022).....	135

RETRATOS (14-1-2022)	137
15 DE ENERO DEL 2022	139
MÁS DEL 15 DE ENERO (16-1-2022)	141
VENDER TUS LIBROS (16-1-2022)	142
CUADERNOS DE NOTAS (16-1-2022)	142
UNA FRASE MÁS (17-1-2022)	143
Y OTRA FRASE MÁS (AHORA MÍA, 21-1-2022)	143
VISITA A LA CASA MÁRTIRES DE LA DEMOCRACIA (24-1-2022)	143
UNA FRASE DE MANUEL DELGADO (29-1-2022)	146
SOBRE LA MUERTE DE LUCHO (31-1-2022)	146
CON EL EJEMPLO, EL PAPÁ HUGO (31-1-2022)	147
CASI MI CUMPLEAÑOS (31-1-2022)	147
TORO TORO (7-2-2022)	148
LUIS SUÁREZ AGREGADO DE PRENSA (7-2-2022)	150
ÍTACA (8-2-2022) TOMADO DE FACE	151
TRES LIBROS —Y LAS FORMAS DE PRODUCCIÓN INTELLECTUAL A LA BOLIVIANA— (10-2-2022)	152
ÚLTIMA ENTRADA (FEBRERO 2022)	154
POSTFACIO	156

Empezar el diario

A modo de introducción (1-2-2021)

Un día antes de mi cumpleaños, a horas de pasar a los cincuenta y uno, me siento en mi computadora con un nuevo emprendimiento escritural: el *Diario de La Paz. Apuntes de un retorno*. Me ha costado tomar la decisión. Cuando hace unos buenos meses el proyecto de vivir un sabático en Bolivia se dibujó en mi agenda de vida, tuve claro que, como ha sido en otros momentos, venía de la mano de un programa intelectual que se vería reflejado en un escrito. Me atraía mucho la idea de escribir un tercer volumen de mi sociología vagabunda. Si el primer ejercicio fue en Nueva York, con el libro que refleja mi estancia allá entre el 2014 y el 2015 —que apareció como *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*¹—, el segundo fue *París a diario* —del 2018 al 2019²—, el tercero sería este documento que sellaría la propuesta, pero en un contexto distinto pues volvía a mi patria. Lo tenía claro: solo había que observar y registrar. Llegando a La Paz, las cosas adquirieron otro rostro. Intenté lo mismo que antes, mirar y pensar, para luego pasar todo al texto. El problema es que algo no cuadraba. Pasaron

1. Suárez, Hugo José, *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*, Ed. 3600, La Paz, 2015.

2. Suárez, Hugo José, *París a diario*, UNAM, Ciudad de México, 2022.

los días y mis observaciones me parecían ingenuas, simples, básicas. Todo indicaba que no iba a repetir la experiencia neoyorkina ni parisina. Lo escribí en un texto emotivo que publiqué en la prensa: nunca me fui del todo de Bolivia, volver no es descubrir, es desempolvar. En los otros dos largos viajes, la sorpresa frente a lo desconocido era el patrón de lectura, aquí lo eran los recuerdos, volver a los lugares densos de pasado. Y particularmente contarles todo a mis hijas: mis lugares, mi historia familiar, vinculada a la historia de la ciudad y del país, acaparaba mi tiempo y esfuerzo. La Paz no era París ni Nueva York. La Paz es mi cuna, mi pasado, mi presente, mi territorio, mis emociones, mis memorias. Como diríamos en México: *nomás no*. Tuve suficientes razones para abandonar aquel primer proyecto. Y sin embargo hoy lo retomo. ¿Por qué?

Me sobran razones. Primero, escribir es una de mis pasiones. Recuerdo que alguno de mis cumpleaños me di como regalo ir a un café en la mañana y quedarme horas saboreando el expreso mientras llenaba páginas de mi diario. De hecho, el año pasado me dije que, por cumplir medio siglo, me iba a mimar, y empecé desde septiembre a redactar mi autobiografía, que terminé el 2 de febrero del 2020. Era la mejor manera de festejarme, darme horas de redacción en un lugar especial, siempre en algún café parisino con encanto. Fue un gran agasajo.

En segundo lugar, cada vez me queda más claro que la escritura requiere de ejercicio, lo mismo que el cuerpo. Como soy ciclista, sé que el trabajo físico exige un entrenamiento que permita un mejor rendimiento; asimismo, las letras exigen ritmo, disciplina, método, rutina. Vargas Llosa decía que él escribía como oficinista, unas seis horas al día. Antonieta Rivas Mercado, en las últimas páginas de su diario, cuenta que, hacia futuro, quería, siguiendo la recomendación de uno de los grandes pensadores de su tiempo, ejercitar la pluma

diariamente con ejercicios específicos. También alguna vez, en Nueva York, Juan Claudio Lechín me dijo que para hacer buena literatura había que escribir diario durante diez años, y entonces, solo entonces, tal vez se podía tener algún tipo de resultado —subrayó el “tal vez”—. El caso es que “aceitar la pluma” es fundamental. Se trata de estar acostumbrado a pensar con las letras, tener el hábito de convertir las ideas en frases, en orden expositivo, en narración. Aunque Emmanuel Belin —el brillante joven académico belga que se suicidó mientras vivía en Lovaina en 1996— sentenciaba que “las ideas son fuego, las palabras cenizas”, no debemos perder el esfuerzo por convertir el pensamiento en relatos claros, articulados, coherentes, atractivos. Solo una práctica sostenida, jugueteando con las palabras y las ideas, permite que uno piense componiendo frases y párrafos, que fluya el pensamiento en las letras. De lo contrario, corremos el riesgo de sufrir el desfase entre tener buenas investigaciones, observaciones, planteamientos, y no poder expresarlos. La escritura es uno de mis instrumentos para comunicarme con el mundo, cuanto más fluido y claro sea, mejor podré hacerlo.

Una tercera razón es que escribir para mí, además de una fuente de placer y una herramienta de intercambio, es una terapia. Estamos viviendo tiempos demasiado difíciles, con un futuro incierto. Pronto será un año del inicio de la pandemia, y a mí me ha tocado duro. En estos meses he pasado por dos traslados continentales, de París a México y de México a Bolivia. Al medio, he vivido episodios extremadamente dramáticos, turbulencias familiares desconcertantes. La muerte de mi suegra, mis problemas más personales, entre el miedo al virus y la presencia apabullante de la muerte por donde uno voltee la mirada, han hecho que uno de mis refugios sea escribir. Poner las cosas en papel me permite administrar las tensiones, esquivar la depresión y el desasosiego, cambiar el punto

de vista, distraerme, meter al cerebro a funcionar de distinta manera. Escribir para resistir —diría mi amiga Zaira—, y para sobrevivir, añadiría yo.

Por último, una razón institucional. Cuando propuse el año sabático en la UNAM, me comprometí a entregar, como producto y resultado, un “diario sociológico”. Quiero aprovechar la ocasión para ensayar otro tipo de libro, este será un experimento más de sociología vagabunda.

Por lo dicho, este documento va a tener otras características, diferentes a las de los anteriores. Si bien lo llamo “diario”, podría decir, como Magritte: “esto no es un diario”. La idea de diario devino tenebrosa con la pandemia. Me explico. Cuando escribía en París, no sabía cómo concluir mi texto, pues los diarios tradicionales terminan o con la muerte del escritor, o con el fin de un ciclo, y el avenir de la estancia francesa estaba confuso. La aparición repentina y amenazante del Covid nos introdujo la presencia de la muerte de manera asfixiante —en todos los sentidos de la palabra—. Dedicarse a redactar un diario parecía una práctica perversa. Estuve a punto de dejar el impulso, no lo hice, solo me prometí que no volvería a pensar en ese formato narrativo. Por eso prefiero concebir esta obra como un “Cuaderno de notas” —así se llama mi columna en el periódico—. No importa la evolución, la fecha, el cronograma de los hechos, sino las experiencias relatadas, más allá de su orden de aparición. Ahora, pondré el día y mes entre paréntesis, después del “título” de lo que viene. Poco interesa cuándo se sucedió. Aquí me libero del tiempo, del inicio y del fin que es el sello de un “diario”, y me concentro en la naturaleza de las reflexiones que quisieron entrar en estas páginas. Dejo el “cuando”, me quedo con el “qué”. Aun así, inicio el primero de febrero del 2021 y lo concluiré en febrero del 2022; son fechas que simplemente me darán el sentido de una época, una agenda que, desde que nace, tiene

claro su fin. Como cuando uno da un curso que durará cuatro meses o una conferencia que durará dos horas.

A la vez, como un auténtico “cuaderno”, me permitiré depositar todo lo que se me ocurra, desde mis artículos de periódico, hasta ideas sueltas, anuncios de publicidades, reflexiones de los amigos, algunas frases de las redes sociales. No jugaré a la sorpresa de lo desconocido como cuando estaba fuera de Bolivia. El único filtro será que me den ganas de escribir, que las experiencias me empujen al teclado, que sienta la necesidad de contar.

Estas primeras páginas las redacto en mi escritorio, en mi departamento en Sopocachi. Es un lugar muy bello, emblemático. Estoy en el edificio Diana, con mi infancia en los pasillos, mirando el atrio de la UMSA. Lo último que veo antes de dormir son las luces de Villa San Antonio y lo primero, en la mañana, al despertar, es el cielo que empieza a volverse azul intenso e ilumina el cerro del frente. En mi nuevo escritorio tengo el afiche que mi mamá trajo de Francia en su viaje de 1983, que es una ventana abierta con vista a los Pirineos y la frase que me marcó desde adolescente: “la verdadera libertad es el vagabundaje”. Algunos de mis primeros libros que pude recuperar de la biblioteca cerrada durante 16 años en el depósito de mi madre están en mis estantes todavía vacíos de este cuarto. Aquí, en el escritorio que fue de mi papá, luego remodelado por mi hermana. Sí, en este lugar es que me siento a escribir. También me hubiera gustado comenzar estas páginas en algún café, como lo he hecho siempre, pero las circunstancias pandémicas no lo permiten, ya se verá cómo evolucionan las cosas. Ojalá que en unas semanas pueda agarrar mi computadora y sentarme en uno de los tantos ambientes lindísimos que hay por la ciudad, con un expreso al frente. Veremos.

Fabuloso cumpleaños en cuarentena (2-2-2021)

Ayer festejé 51 años. Fue una manera muy extraña de celebrar. Cuando empezó la pandemia, en marzo, creí que a estas alturas las cosas iban a estar mejor. Me equivoqué, seguimos en crisis sanitaria descontrolada. Eso no impidió que pasara un día fabuloso.

Salí a pasear a Summer (mi perra) muy temprano, y a mi vuelta me esperaron Cathia, Canela y Anahí con un desayuno con *pain au chocolat* comprado ayer. Luego me dieron unas cartitas hermosas, a cuál más sentida. Canela me hizo una carta y un dibujo que me retrata muy bien: estoy en mi bicicleta, hacia la Torre Eiffel. Anahí confeccionó un libro artesanal con capítulos, índice y una portada con un libro donde están los libros que he escrito. Ambas desbordaron ternura, creatividad y agudo conocimiento de su papá. Me llenaron el día, fue un gozo inmenso, una alegría profunda. A medio día comimos platos bolivianos que nos trajeron a casa; yo: ají de lengua, que era mi platillo nacional favorito. Un vino blanco nos acompañó, matizando el picante. Gran maridaje. En la tarde, luego de mi siesta, salimos a caminar, bajamos la avenida 6 de Agosto hasta San Jorge, y cruzamos los trillizos hacia Alto Obrajes, para luego volver por la avenida Arce. A medio paseo, les conté a mis niñas lo sucedido en la Curva de Holguín, cuando desapareció el cerro, luego de mi viaje a Bélgica, pues el alcalde de la época, Chito Valle (creo), destruyó el paisaje y patrimonio natural paceño, aplanando ese lugar para construir. Fue Juan del Granado quien paró el proceso, aunque esa curva siguió siendo noticia hasta nuestros días. La caminata de casi dos horas (cuatro kilómetros y medio) fue bella. En la noche tuvimos una reunión Zoom con toda la familia y algunos amigos. Era extraño, pero emotivo. Guy y Namur se conectaron por celular, lo que complicaba un

poco más la interacción del grupo en distintos dispositivos a la vez. Me cantaron las tres canciones cumpleaños, soplé velita, brindamos con un trivarietal fabuloso, y comimos pastel. Fue una jornada memorable, bellos momentos, bellos días. Los dos regalitos de mis niñas los voy a enmarcar. Es raro, pero se puede construir la alegría en un contexto tan adverso.

Entre otras cosas, recordé el cumpleaños del año pasado, cuando compartí parte de mi autobiografía en Facebook. Ese fue mi auto regalo. Fue un día bonito, muy parisino, fuimos a buscar comida, el restaurante iraní no tenía espacio —había que reservar y no lo hice—, el café comunitario no daba almuerzos, solo compartía lo que todos habían aportado, y terminamos en un lugar maliense, comiendo arroz típico en el corazón del barrio africano. Luego fuimos al cine, a la Villete, a caminar y a tomar un café, estuvo también bello.

Me queda claro que, en los tiempos pandémicos, debemos reinventar las formas de la convivencia, de la felicidad.

Primeros días en La Paz (5-2-2021)

Este es un viaje largo, complejo, una forma de regresar. La agenda es intensa. Hoy abrí cajas que estuvieron cerradas 16 años. En efecto, cuando me fui de Bolivia, en el 2004, dejé mi biblioteca montada en la casa de mi mamá, y muchas cajas con cosas de nuestro primer episodio “matrimonial” con Cathia. Adornos, cuadros, instrumentos, pinturas, vajillas y más. Después de tanto tiempo, vi mi colección de “chocas” —baleros en México—, mis trompos, mis pipas. Fue tan bonito. Hoy es el día más feliz de los últimos años. Hace mucho tiempo que no sentía tanta felicidad. Ver mis cosas, ver cómo estaban ahí, como esperándome fielmente, guardando fidelidad. Agarrarlos, tocarlos, sentirlos, jugar con los juguetes, fue tan especial. Vi cuadros que había olvidado, un amate, un

afiche de Neruda, mi cuadro de Mamani-Mamani. Me senté en mi sillón verde, mirando hacia el atrio de la UMSA, con luces. Vi salir la luna por el costado oriente, vi las luces de la ciudad. Fue una maravilla. Aparte de mis hijas, mi esposa, y mi trabajo, ahora tengo una certeza más: soy de aquí.

Estoy en mi sillón, aquel que compré hace 18 años, cuando adquirí el primer inmueble de mi vida en el edificio Santa Teresa. Tengo al frente la UMSA. En el Monoblock, hace años daba clases de sociología en un aula que miraba hacia el Illimani, compitiendo con su grandeza. Ahí también dio clases mi padre. En ese atrio, que ahora miro iluminado (son las diez y media de la noche), vi y viví muchas cosas. Ahí está el “Salón de honor” donde hay un mural de Solón Romero, ahí se velaron sus restos cuando murió y tomé un retrato póstumo. En ese atrio, en el golpe de 1980, había tanquetas y cuando pasamos con mi madre y mi hermana en un micro, aquella solo atinó a decir: “miren esto para que no se les olvide la dictadura”. En ese atrio, en el muro del frente, hay una enorme pintura que recuerda a los mártires de la democracia, entre ellos, por supuesto, mi padre. En ese atrio alguna vez hubo un café y en él una chava preciosa que atendía. En ese atrio tomé una foto de una chica paceña, muy paceña, con la imagen del Che en el fondo, una de las tomas que me gusta. Todo me parece mágico. Es como un maravilloso sueño, así decía mi Canela.

Y estoy en el edificio Diana. En el piso nueve. En el piso ocho, al frente, estaba el departamento de mi abuela, la mamá Elena. Ahí pasé varias noches en mi infancia. Recuerdo que nos íbamos a dormir, nos bañábamos en tina —cosa rara porque no había en mi casa, en San Miguel— y, en cama, la mamá Elena nos daba un chocolate caliente. Al día siguiente, jugo de naranja. En ese departamento pasé navidades, estuve

con mi tío Fernando, con mi hermana Pati. Pasé buenas horas mirando atardeceres, tocando guitarra, charlando, comiendo.

Y al frente, a una cuadra, está el departamento en el edificio Santa Teresa, en el piso catorce. Ese, decía, fue mi primera gran inversión. Ahí le aposté todo, pensé que iba a ser mi lugar para envejecer. Lo compré con esa perspectiva. De ahí podía ir a la UMSA, a la Cinemateca, a los cafés de Sopocachi. Era un lugar estratégico, iba a tener posibilidades de moverme por la ciudad sin dificultad, ir a Yungas o a Copacabana, y hacer mi vida. Fue la apuesta del inmueble de vida, del lugar donde quería quedarme. En el departamento quería hacer muchas cosas, desde poner la hamaca, hasta una pantalla para mirar películas, proyectándolas hacia la ventana. Me compré un telescopio para fisgonear y ver las estrellas. Ahí nació Canela. Lo hice pintar como quise, hice todos los arreglos pertinentes, con el gusto de Cathia, con la idea de compartir con ella todo.

Y aquí escribo. Entonces, ¿cómo pensar en escribir sobre la otredad? No. En Bolivia no puedo escribir como si estuviera en París. No funciona, no aplica. Aquí no estoy descubriendo nada, solo estoy acomodando algunas fichas, ajustando cosas elementales —los nuevos semáforos, la nueva dirección de las calles y los cubrebocas por todos lados. No, no puedo escribir un tercer volumen luego de París y Nueva York. En aquellos dos casos, la premisa era mirar con ojos vírgenes, dejar que las impresiones me empujaran al teclado, me invitaran a la reflexión nueva. Pero ahora no se puede. He vuelto al lugar de donde soy. Nada es completamente nuevo.

Escribí en mi columna de *El Deber* el texto que titulé “El regreso”. Aunque resulte repetitivo, aquí lo reproduzco:

Salir y volver a Bolivia luego de unos años suscita emociones difícilmente explicables. Un sábado por

la mañana, cuando despierto, La Paz está a mis pies. Hay que acostumbrar al espíritu, ajustarlo a los nuevos tiempos, a las sensaciones, repetirle que no es un sueño.

Estoy en Sopocachi, desde mi ventana veo la UMSA. Recuerdo los años que di clases ahí, cuando competía con la vista del Illimani para que mis estudiantes de sociología no se distrajeran. El atrio, tan presente. Vienen a mi mente las palabras de mi madre cuando en la dictadura de 1980 estaba ocupado por tanquetas: “miren y no olviden”.

Subo un poco la vista y alcanzo la plaza del Estudiante, y la Iglesia María Auxiliadora sobre El Prado. Fue ahí donde, al terminar la misa de un año conmemorando el asesinato de mi padre en 1981, fuimos amedrentados por paramilitares que nos hicieron escapar. Era de noche, llovía.

También me refugio en mis episodios más personales. Mi abuela tenía su departamento en el edificio donde ahora vivo; pasé largas noches de cariños con jugo de naranja en la mañana y chocolate caliente en la noche.

Cuando planifiqué este viaje de vuelta al país, tenía pensado empezar una agenda escritural similar a la que asumí cuando estuve en Nueva York y luego en París. Redacté *Un sociólogo vagabundo* en Nueva York, y un diario parisino. Pero horas antes de aterrizar en La Paz me quedó claro que algo no cuadraba. Volver a casa no es lo mismo que descubrir una ciudad ajena. Aquí nada me sorprende, no “descubro” una urbe y sus formas; desempolvo y actualizo, que es diferente.

Me queda claro que en Bolivia no soy un sociólogo vagabundo observando con sorpresa una realidad desconocida. Vuelvo, sin haberme ido del todo, por tanto, solo ajusto cotidianidades, informaciones.

Matilde Casazola lo dijo con claridad. Como ella, “yo no logro explicarme con qué cadenas me atas”; aunque más que las cadenas prefiero pensar en las misteriosas “hierbas” con las que “me cautiva la dulce tierra boliviana”. Será la quirquiña, la huacataya, la coca o la ulupica. Para el caso, son indescifrables los misterios de la pertenencia y dulces las caricias de la acogida. Es tiempo del regreso.

Encontrarse con Lévi-Strauss (6-2-2021)

Me encontré con estos extractos fabulosos de la “última entrevista” al famoso antropólogo francés³.

Más vale proseguir discretamente un trabajo artesanal, tratar de resolver no los grandes problemas del destino del hombre o del futuro de las sociedades, sino las pequeñas dificultades a menudo desprovistas de interés actual, seleccionadas porque uno cree poderlas tratar de forma un poco más rigurosa, a las que no llegan las llamadas ciencias humanas por enfrentarse a un conjunto de problemas muy complicados, y con la esperanza de contribuir —pero a largo plazo— a

3. “Eso que yo soy. Entrevista a Claude Lévi-Strauss”. Entrevista publicada por el *Nouvel Observateur*. Núms. 815 y 816. París, 1980. Traducción: Ximena Pachón C.

una mejor comprensión de los mecanismos de la vida social y del funcionamiento del espíritu humano⁴.

Eso es parte de mi militancia intelectual. Lo importante no son “los grandes problemas del destino del hombre o del futuro de las sociedades”, se debe volcar la atención hacia las pequeñas cosas que, en el límite, son la base de la experiencia humana.

Lévi-Strauss toma distancia de Sartre: él era un “maestro pensador”, yo soy un “artesano” (¡brillante!):

Lo que es chocante, irritante es que se transforme al artesano —yo prefiero esta palabra a la del técnico— en maestro pensador. Esto quiere decir que no veo ningún inconveniente en que existan maestros pensadores. Sartre era uno de ellos, yo no lo soy. Eso es todo⁵.

Otro pasaje: soy conservador...:

Si conservador es solamente aquel que defiende las especies en vías de desaparición, los sitios que aún han escapado a la devastación industrial y los monumentos, testimonios del pasado, entonces yo soy conservador y sin duda usted también lo es. Así mismo hay instituciones que forman parte del patrimonio cuya salvaguardia también nos incumbe⁶.

4. Ibid., p. 24.

5. Ibid., p. 25.

6. Ibid., p. 36.

Sobre la participación como intelectual en la política, se le pregunta su opinión y dice:

N. O. ¿Es en nombre de una cierta concepción intelectual y de su rol en la sociedad, que usted siempre ha evitado tomar partido en hecho políticos concretos y precisos?

Claude Lévi-Strauss. Una especie de abuso de confianza sería lo que sentiría si estuviese todo el día firmando los llamados y protestas que circulan. Después de todo si he adquirido una cierta notoriedad es porque la gente confía en que yo no anticipo nada sin estudio y reflexión. Sería un engaño tratar de utilizar la credibilidad que se me tiene para hacer incursiones sobre asuntos de los que ignoro todo menos aquello que me han dicho. Y si me inclinase al estudio de estos documentos, con el mismo interés que dedico a aquellos sobre los que he escogido trabajar, serían entonces estos últimos los que declinarían. Otras personas pueden hacer esto ya porque tienen una capacidad de trabajo mucho mayor que la mía, o ya porque no han establecido las mismas prioridades que yo. No por esto yo los censuro, pero eso sí, en lo que a mí respecta, he resuelto de una vez por todas no intervenir sino sobre aquellos asuntos en los que, con razón o sin ella, yo crea tener la competencia de un aspecto⁷.

7. Ibid., p. 40.

¿Dani Covid? (7-2-2021)

El espanto está en las puertas. Ayer el Dani, mi cuñado, se sintió mal, con síntomas de gripe y dolor en las piernas. Ahora que todo mal corporal nos conduce a pensar en el Covid, queda la duda. Ya se encerró, se hizo un análisis de orina pensando que más bien podría ser eso algo de riñones, pero no. Mañana se hace la prueba PCR. Sería un horror que tenga Covid, lo más probable sin consecuencias de salud, pero sí con un miedo espantoso. Tendrían que hacerse la prueba los chicos y, si están sanos, venir a la casa hasta que pase todo y vuelva el Dani a estar bien. “Una pijamada permanente”, dijo mi hija Canela que es un sol. Hay miedo.

Mi hija Anahí, por otro lado, durmió mal y vomitó en la mañana como cuatro o cinco veces. Fuimos al pediatra, dice que no tiene nada, la inyectó para que ya no vomite, dijo que mejor si no come y que tome puro líquido. No es inquietante porque es algo estomacal y que no requiere ni antibiótico — dijo el doctor—. Pero el clima sanitario no ayuda.

Los noticieros volvieron al ambiente terrorífico. El crematorio del Cementerio General está sobrepasado, de atender un cuerpo al día, los últimos días ha cremado ocho cuerpos. El número de contagios es brutal. El mes pasado se recogieron como 3 cadáveres en las calles, presuntamente por Covid. Dicen que los hospitales están saturados. Todo es impresionante. Y el contraste incomprensible: salgo a la calle y está lleno de gente, los templos llenos de feligreses. Los minibuses atiborrados, con las ventanas cerradas. Entre tanto, unos militantes del Partido Humanista quemaron barbijos en la plaza de Quillacollo como un acto de “desobediencia civil”, evocando la actitud de Gandhi, diciendo que están en contra del orden internacional impuesto, y había alguna persona con

una polera con las letras del himno nacional: “Morir antes que esclavos vivir”.

El gobierno no hace nada. Anuncia que llegarán unas vacunas, lo que no es nada para la población de once millones de personas. No hay ni una instrucción de no reunirse, ni control en los transportes públicos, nada. Están pasmados, no actúan, no dan instrucciones. El alcalde de La Paz está con Covid en su casa, igual el canciller. Todo un caos.

La semana pasada le decía a la familia que veía un futuro inmediato catastrófico. Así lo veo. No hay estructura sanitaria para hacer frente a la pandemia. No hay un gobierno que esté actuando. La gente hace lo que quiera y con poco cuidado estratégico. En el mercado, hoy, la vendedora me dijo “llévese alcohol, va a escasear después”. Todo va hacia allá. Quedamos solos, indefensos. Solo tenemos alcohol y jabón para protegernos.

Tengo miedo, sí, mucho miedo. No sé hasta dónde puede llegar todo esto, no sé cuál puede ser su límite. Hoy hicimos un pequeño recuento, y todos los amigos cercanos hablaban de alguien cerca que tiene Covid. Ya se desbordó. Lo único bueno es que estamos juntos, y en La Paz, lo que me da de alguna manera tranquilidad.

En la casa teníamos tres fases de reacción frente a la pandemia. La primera era vernos con gente, en cafés, sana distancia, alcohol y cubrebocas, y vernos en familia, cuidándonos. La segunda era bajar los intercambios sociales, seguir viéndonos con la familia. La tercera era confinamiento, no ver más a la familia, solo salidas indispensables (mercado, banco, trámites). Hemos pasado de la primera a la tercera sin mediación. Ahora solo queda autoconfinarse, aislarse lo más posible, cuidarse y protegerse, rezar y esperar que todo pase.

Confirmado (8-2-2021)

Dani tiene Covid. Qué desastre. Escribo para exorcizar porque tengo miedo, claro. El doctor le dijo a Cathia que es bueno que se haga ella también la prueba porque, si ha estado compartiendo tanto en estos días, es probable que esté contagiada. ¿Cuándo se acaba todo este callejón oscuro? Solo queda cruzar los dedos, rezar, y pasar una prueba más de paciencia. Solo me queda el miedo, que lo trataré de evitar con cuestiones prácticas, haciendo cosas, llenándome de lo que me gusta, como la fotografía, las lecturas, los paseos en bici. Ojalá todo salga bien.

Cathia no tiene Covid (9-2-2021)

Respiramos tranquilos. Le hicieron la prueba a Cathia. Estuvimos esperando, nerviosos. No queríamos hablar del tema, mirábamos a otro lado. Salimos a caminar en la tarde, sin pronunciar palabra del tema. Se me cerraba todo el horizonte. Si ella estaba contagiada, también todos nosotros, con todo lo que implica. A medio día me encontré de casualidad con Matthias Preiswerk, me contó que se contagiaron hace unos meses en una reunión por dejar el jardín —hacía frío— e ir a comer al interior, sin cubrebocas, obvio. La pasaron mal, pero ya están libres. Patty Grossman y su hijo también, teníamos que vernos en estos días. En la noche llegó el resultado de la PCR: negativo. Qué alivio, me tomé un whisky.

Esta es la tercera espera de resultados de la prueba de Covid que nos ha tenido en el límite de los nervios. Primero fue la del viaje a La Paz desde México, luego la de Cathia en el cumpleaños de Canela, y ahora. Tres momentos duros, difícilísimos.

Ahora vamos a estar auto-encapsulados. Fase tres. No familia, no cafés con otras personas, no comidas colectivas los domingos, no visitas. Esperar unas semanas a que baje todo esto, y luego empezar a retomar la vida poco a poco.

Es un ejercicio de paciencia. Qué duro.

Mi escritorio (20-2-2021)

Ayer me trajeron los estantes para mi nuevo escritorio, están perfectos. Con ellos, y los dos sillones, he construido mi lugar de trabajo. Ya me siento cómodo. Me faltan mis libros y todo lo que viene alrededor, pero ya tengo mi espacio. Hoy casi no salí, solo a hacer unas compras, y globalmente trabajé muy bien. Retomé todas las cosas del trabajo, respondí correos, hice mi pequeña agenda de pendientes, que ya es un paso. Mañana continuaré con algunas cosas y la próxima semana espero empezar a trabajar ya con todo, retomando los textos que se quedaron en la fila. Creo que no he escrito nada de eso desde que estuve en mi casa de campo, en Huitzilac (México), luego de tan tormentosos días. Además, mi mamá me dio mi cafetera, que había dejado hace mucho tiempo en su casa. Empiezo a ser yo nuevamente, pero ahora en La Paz. Es una experiencia completamente inédita esta venida. Sacar cajas, construir un espacio nuevo, saber que no me iré en dos semanas cuando acabe la vacación; en medio, la pandemia, pero también los amigos, los paseos, ir con mis hijas a lugares de memoria, encontrarse con el recuerdo. Todo es increíble, raro, intenso.

Meditaciones pascalianas (21-2-2021)

Así se llama el libro de Bourdieu (1997), pero recién me vengo a enterar de que parte de la gran obra de Pascal, la más

difundida en la educación de los liceos franceses, no está en sus libros formales para la academia, sino en sus “meditaciones”, en los escritos anárquicos, desordenados, espontáneos que escribía sin un fin de publicación, solo por la necesidad intelectual de plasmar sus reflexiones en letras. Lo propio con Marco Aurelio y sus *Meditaciones*. El caso es que, como vengo insistiendo con mi idea de sociología vagabunda, muchas ideas, conceptos, reflexiones, no pasan por los cánones formales y protocolares de la academia. Los diarios —como este— son espacios donde los pensamientos fluyen más allá de los cauces establecidos y, a menudo, son más frescos y pertinentes. En el mundo académico tenemos cierto menosprecio por la literatura paralela de lo que se considera “científico”, como reflexiones menores, de poca importancia, cuando en realidad ahí pueden estar las perlas que sean las que sostengan un pensamiento sólido. Por eso sigo escribiendo sin saber cuál es el destino de estas letras.

12 playeras (22-2-2021)

Fui a remover algunos escombros del pasado a la casa de mi mamá. Encontré algunos objetos bonitos en una caja de cartón. Primero, doce playeras. Las guardé porque son el recuerdo de algún momento, entre 1990 y 1998. Ahora es tiempo de desempolvar objetos cargados de memoria. Una es de Janis Joplin, toda blanca, con su rostro sonriente y sus lentes grandes. La compré en Brasil y, llegando a Bolivia, en 1993, me tomé una foto en el jardín de San Miguel, con el ladrillo de fondo. La otra tiene la estampa azul de la UNAM en el pecho, a pesar de que no había estudiado ahí, sino en la UAM-X, la portaba con orgullo cuando dejé México en 1992. Una trae el dibujo de John Lennon, ícono de la película *Imagine*, a colores, un bello recuerdo. Dos poleras del EZLN, en una de ellas

dice “somos un ejército de soñadores, por eso somos invencibles”. Una trae el rostro de Néstor Paz Zamora, y atrás “Todo y siempre” que es el lema que dejó en su diario de campaña antes de morir. Una más es de la Asociación Madres de la Plaza de Mayo. Alguna resalta la bolivianidad: la bandera en el pecho, “Bolivia” arriba y datos en inglés, de ese momento, población de siete millones de habitantes (ahora somos casi once). Un lindo recuerdo es la polera de campaña de Yercu Illijic, “el último sin miedo, sin miedo a la embajada, CIA, DEA, la cana y al general, etc.”. Otra igual, de contenido político, tiene la inscripción de “Lula-Brasil” encima de la bandera de aquel país, y por último una de la Universidad Católica de Lovaina. Al compartirlas con mis hijas, explicándoles la procedencia de cada una, Canela me dijo: “no te imagino con una de esas poleras puestas”, y también me comentaron que en la actualidad los símbolos político-identitarios están en otros soportes, en las bolsas, por ejemplo, o los tatuajes, ya no impresos en la ropa. Las cosas cambian.

También encontré una cajita pequeña con insignias de esos años. Hay una wiphala antes de que sea símbolo nacional, varios botones de Cuba y más del Che.

Lindo revisar esos recuerdos. Era mi época más politizada, con puros símbolos que marcaban el lema que repetía con entusiasmo: “siempre a la izquierda”. ¿Dónde se fue todo eso? Creo haber reflexionado suficiente en mi libro *El desencanto*⁸. Mi esperanza, mi apuesta, mi corazón se la jugó por el gobierno del “proceso de cambio” en Bolivia, con el primer Evo. Ahí lo puse todo. Pero cuando poco a poco fui entendiendo que para ellos antes que las ideas estaba el poder, que en vez de democracia lo importante era continuar gobernando, que con bellos lemas se podía ser profundamente autoritario

8. Suárez, Hugo José, *El desencanto*, Ed. 3600, La Paz, 2020.

y antidemocrático, entendí el engaño. Perdí la virginidad, la ingenuidad política. Conocí la estafa por dentro, la farsa, la impostura. Mis grandes amigos, en quienes confiaba plenamente, manosearon las palabras, mintieron a manos llenas sin la menor vergüenza, cambiaron la historia, modificaron datos, tiraron la piedra y escondieron la mano. Entendí que la política, de izquierda o de derecha, es, antes que nada, la política. El poder no tiene ideología, el poder se quiere y se debe reproducir, mutar para conservar, mentir para sobrevivir. Por eso ahora, al ver los objetos de mi pasado militante, siento lo mismo que cuando ves la foto de alguien que amaste con pasión. Ya no te provoca nada, ya no te habla, ya no te conmueve.

Notas de literatos. Vargas Llosa y Paz (25-2-2021)

En una compilación de entrevistas que salió en Facebook⁹, Vargas Llosa reflexiona sobre la subjetividad, lo no racional en la elección de un tema y en el impulso creativo:

Ese proceso del que nace una historia, un cuento, una novela, una obra de teatro, sigue siendo para mí profundamente misterioso. Un proceso en el que tengo la impresión que solo una parte de él lo controlo enteramente con mis conocimientos, con mi conciencia, con mi voluntad. En tanto que en el resto de ese proceso intervienen elementos espontáneos, irracionales, imprevisibles que pasan por debajo, por encima de mi conciencia y que siempre me están sorprendiendo. Creo que es obvio que en la tarea creativa intervienen elementos que no pasan por la conciencia.

9. <https://www.facebook.com/ColegioHumboldtTacna/videos/379088096732729/>, consultada el 17-3-2022.

Respecto de la elección del tema y la experiencia en la base creativa, dice:

Nunca he “elegido” un tema entre comillas de esta manera. Los temas siempre se me han impuesto, a partir de ciertas experiencias vividas. Creo que todas las historias que he escrito desde que era adolescente hasta ahora, han nacido de algo que hice, que vi, que oí o que leí. Algo que por una razón que para mí es realmente desconocida queda almacenada en la memoria, deja en la memoria unas imágenes que luego o inmediatamente después o bastante después, empiezan a generar en torno a ellas un fantaseo, como una especulación, una serie de conjeturas que van poco a poco diseñando el embrión de una historia. La verdad que este punto de arranque es inconsciente, no me doy cuenta, es algo que me ocurre de una manera más bien distraída.

¿Una vez que tengo un tema que me ha elegido y yo he elegido, qué hago?

Finalmente, sobre la documentación, el saber literario y el científico, y la relación entre ambos, afirma:

La documentación para mí es absolutamente fundamental, pero no hay que entender esta palabra, documentarse, en el sentido que la utilizaría un investigador, un sociólogo ... para tratar de establecer un conocimiento objetivo, una verdad. No, en absoluto. A mí no me interesa la verdad cuando estoy documentándome respecto de determinado tema para escribir una novela. Me interesa familiarizarme con el mundo

que voy a inventar. Y para familiarizarme con el mundo todo vale, vale el conocimiento científico (...). Y trabajos de los etnólogos, de los antropólogos (...). Y también los relatos, los cuentos, las leyendas recogidas por folkloristas o por misioneros... Esa documentación para mí es muy importante porque constantemente me está suscitando imágenes, ideas que incorporo a la novela. Repito que no es una documentación de tipo científico, que busca establecer una verdad y deslindarla de un error. No, es una documentación para sentir más de cerca aquello que quiero inventar, para irme familiarizando con la manera de ser de ciertas personas que luego van a ser la materia prima de los personajes que voy a inventar. La documentación para mí siempre es fascinante porque de ella va enriqueciéndose el proyecto que tengo.

Vargas Llosa subraya la separación entre el proceso creativo y el conocimiento científico. Su imaginación es la base, y se documenta para inspirarse. Él habla desde la literatura hacia la sociología; yo hablo desde la sociología hacia la literatura. Él piensa que mi conocimiento es objetivo, que busca la verdad, y el de él la imaginación. Yo pienso que la verdad y la imaginación dialogan. Por eso me empeño en el puente y no en la distancia.

Algunas citas de Octavio Paz.

En *La Búsqueda del presente*¹⁰ habla sobre la experiencia latinoamericana y de su relación con la tradición europea, sentimiento que

10. Paz, Octavio, "Conferencia Nobel, 1990", *En Pasado y presente en claro. 20 años del Premio Nobel*, Conaculta y FCE, México D.F., 2010.

nace en el momento mismo de nuestro nacimiento: desprendidos del todo caemos en el suelo extraño. Esta experiencia se convierte en una llaga que nunca cicatriza (...). Se convierte en conciencia de nuestra historia. ¿Cuándo y cómo aparece este sentimiento y cómo se transforma en conciencia? La respuesta a esa doble pregunta puede consistir en una teoría o en un testimonio personal. Prefiero lo segundo: hay muchas teorías y ninguna del todo confiable¹¹.

Me gusta la idea de que se puede responder a partir de la teoría —“hay muchas teorías y ninguna del todo confiable”—, o desde un “testimonio personal”, y opta por el segundo, por el testimonio personal. El testimonio personal es una fuente de conocimiento.

Otro episodio:

¿Cuándo se rompió el encanto? No de golpe: poco a poco. Nos cuesta trabajo aceptar que el amigo nos traiciona, que la mujer querida nos engaña, que la idea libertaria es la máscara del tirano. Lo que se llama “caer en cuenta” es un proceso lento y sinuoso porque nosotros mismos somos cómplices de nuestros errores y engaños¹².

Otros más:

¿Qué es la modernidad? Ante todo, es un término equívoco: hay tantas modernidades como sociedades.

11. Ibid., p. 15-16.

12. Ibid., p. 17.

Cada una tiene la suya. Su significado es incierto y arbitrario¹³.

Un día descubrí que no avanzaba sino que volvía al punto de partida: la búsqueda de la modernidad era un descenso a los orígenes. La modernidad me condujo a mi comienzo, a mi antigüedad¹⁴.

Los hombres podrían ser poseídos nuevamente por las antiguas furias religiosas y por los fanatismos nacionalistas. Sería terrible que la caída del ídolo abstracto de la ideología anunciase la resurrección de las pasiones enterradas de las tribus, las sectas y las Iglesias. Por desgracia, los signos son inquietantes¹⁵.

Remover las cajas del pasado —libros y fotos— (27-2-2021)

He abierto una serie de cajas de la biblioteca guardada en el depósito de mi mamá. Me he encontrado con cosas extrañas del pasado, desde los desagradables pleitos con aquel periodista innombrable, hasta mis primeras publicaciones en México. Guardé algunos textos, cositas, la foto disfrazado de moreno con Cathia y Pati a mi lado, de cholitas, en el carnaval de Oruro del 2003. No tenía ni una cana...

Entre tantas cosas, libros y más libros. Tengo mucho que decir sobre eso, sobre ese afán de tener los libros físicos, de

13. Ibid., p. 19.

14. Ibid., p. 21.

15. Ibid., p. 26.

construir bibliotecas que uno al final no sabe para qué, como decía mi amiga en México. Cada libro de mi biblioteca entró con una historia. Tengo libros que leí íntegramente, otros que no pasé de las primeras páginas. Muchos que me costaron un esfuerzo mayor conseguirlos, otros que fueron regalos o fáciles de encontrar. Recuerdo cada libro de Enrique Dussel, cuando lo leía con pasión y lo tenía como un profeta. Busqué sus documentos en cada lugar, en librerías clandestinas, y tenía joyas. También mis libros de Brasil, de Hugo Assmann, los de teología. Son libros que responden a un momento de mi búsqueda intelectual, que ya está lejos. La pregunta es ¿para qué guardarlos? ¿Qué caso tiene? Son casi 20 años sin necesitarlos, ¿para qué seguir conservándolos?

Los libros son instrumentos de trabajo, pero el trabajo va cambiando. Lo que leía hace 20 años no es lo mismo que leo hoy. Y si tengo al frente treinta años más de lectura y acumulación, seguro voy a ir cambiando temas e intereses. Vuelvo: ¿es necesario conservar todos los libros que uno consulta en un momento de su trayectoria? Tengo mis serias dudas. Ya he escrito sobre eso, y cada vez tengo más claro que no debo acumular textos, más si no tengo la casa de mis sueños con mi súper biblioteca, eso no lo voy a alcanzar, ya está dicho. Tal vez lo mejor sería irme deshaciendo de los libros que no ocupo, pasarlos a quien les dé mejor uso.

Entre otras cosas que encontré, están mis publicaciones fotográficas. Me encantó toparme con aquel espacio que titulé “Dos Mundos”, en el suplemento “Domingo”, de *La Prensa*. Empieza el 25 de enero del 2004, y concluye el 30 de mayo. En la presentación de apertura digo:

Este espacio nace como un nuevo esfuerzo de leer la realidad social desde la fotografía. En esta ocasión, se trata de comparar imágenes tomadas en Europa con

otras de América Latina y buscar los puntos de encuentro y las distancias. Para comenzar, tocamos la temática de la pareja, con su propio misterio. La primera foto es de Lovaina, la Nueva-Bélgica, la segunda del altiplano boliviano. Dos realidades distintas, una sola forma de vivir la experiencia de caminar acompañado.

Le siguen unas gradas de Sapahaqui y otras de El Vaticano; dos manifestaciones usando la imagen del Che, dos perfiles, dos jeeps viejos, dos niños, y así. Era un esfuerzo fabuloso, una propuesta innovadora. Eso vino después de otras columnas visuales, recuerdo mi columna “Asa 100”, o lo que publicaba en *Caraspas*, en 1994. Fueron tantas maneras de promover la imagen: poner la foto en el lugar central del lenguaje. Lo hice en muchos periódicos, pero luego no pude continuar, cuando dejé Bolivia en el 2004. Lo bueno fue que pude acoplar la imagen a la sociología, y salieron un par de libros míos en esa dirección. Hoy, hay algunos espacios en periódicos que retoman aquello que yo abrí. Qué lindos tiempos. A ver si logro otro impulso a la imagen. Uno de mis desafíos para este tiempo es hacer una exposición anual. Ojalá, hay que ver, si baja la pandemia tal vez se pueda.

Viajar, escribir, registrar (28-2-2021).

Entre los libros que redescubrí desempolvando mi biblioteca de juventud —así se podría llamar, pues refleja mis intereses de la época, Canela me dijo: “tantos libros de cristianismo y marxismo”—, apareció *Viaje a la América Meridional* de Alcide D’Orbigny¹⁶. Recuerdo haber comprado los cuatro tomos

16. D’Orbigny, Alcide, *Viaje a la América Meridional*, IFEA, PLURAL, La Paz, 2002.

—una preciosa edición muy cuidada—, tanto por el interés de cómo nos vio un biólogo francés en el siglo XIX, como porque el editor iba a dedicar la ganancia para tratar la enfermedad de su hijastro. Esta mañana me puse a revisar el texto que, la verdad, no lo había leído ni cuando lo adquirí. Me gustan muchos aspectos de lo que he podido hojear, pero sobre todo la figura del viajero-científico, explorador de mundos con ojos multifocales. D’Orbirgny mira con igual asombro plantas que cultura o comportamientos, y plasma todo en un diario fechado. Aunque su especial destreza está en la observación de la naturaleza, deja escritas también sus impresiones parasociológicas. En la primera página del primer capítulo reflexiona sobre los libros de viaje que ya no están “relegados al rincón más oscuro de las bibliotecas”, hoy

su lectura se ha convertido en una necesidad para el hombre grave que busca distraerse de sus estudios, así como para el sabio, siempre ávido de aumentar la suma de sus conocimientos; de donde resulta que los libros de viajes se incorporan realmente, hoy en día, al dominio de las clases ilustradas, y constituyen, gracias a los inmensos progresos que hicieron últimamente, y aún hacen, la materia general y particular, el complemento indispensable de toda educación liberal¹⁷.

Me gusta la cita porque aplica a mi defensa y promoción de los diarios sociológicos en general, y en particular a la “sociología vagabunda”: viajar y explorar formas culturales, bajo un lente sociológico y con una narrativa tan personal, vivencial y atractiva, cuanto científica y basada en datos

17. Ibid, p. 13, tomo 1.

observados. Además, paralelamente, está mi trabajo con la imagen y los ensayos visuales que acompañan toda mi propuesta.

Adiós a mi columna de *El Deber* (4-3-2021)

Hoy decidí ya no escribir en *El Deber*. La razón es que la última vez que envié mi nota no salió en la versión impresa, y ni me enteré. No considero que esa sea la manera de tratar a un intelectual que escribe sin recibir remuneración. Me costó tomar la decisión. Le mandé esta carta a quien recibía mis artículos:

Voy a dejar de escribir mi columna quincenal. Te cuento cómo estuvo el asunto. El martes 23 de febrero fui al puesto de periódico cerca de mi casa en Sopocachi para comprar *El Deber*, buscaba ver mi nota publicada. Llegué tarde, pues solo tiene pocos ejemplares que habían desaparecido. Los días siguientes acudí en varias ocasiones a la sucursal de *El Deber* en El Prado para que me consiguieran un ejemplar, por fin, luego de más de una semana, me lo entregaron. Ahí me enteré con sorpresa que mi artículo no había sido publicado, solo apareció en red. Desde que asumí el compromiso de escribir una columna regular no he fallado ni una sola vez, creo que a lo sumo me atrasé unas horas algún día. Considero haber sido muy responsable con el espacio. Te confieso que no veo adecuado que mi texto no salga impreso y yo ni siquiera me entere, aunque entiendo tus razones. He decidido dejar de escribir mi columna. Te agradezco enormemente todo el apoyo y el espacio que me han otorgado estos años. Te pido, por favor, me permitan que les envíe una última nota donde reflexione sobre por qué cerrar un ciclo

de la columna —agradeciéndoles la oportunidad y el privilegio de haber ocupado ese lugar—. Si no tienes inconveniente, de tiempo en tiempo les mando algunas letras cuando vayan saliendo.

Va un abrazo, gracias por todo.

El mensaje salió por WhatsApp el jueves, no he tenido respuesta. Imagino que ya todo está dicho, no se dirá nada. Dejaré de escribir ahí.

Fue difícil tomar la decisión, he publicado 125 artículos en esa columna, y ha sido una fuente estimulante de reflexión. Pero creo que es una desconsideración que no publiquen mi nota y ni me enteren. Me he puesto a reflexionar sobre mi relación con la escritura en prensa, la necesidad de una columna, su pertinencia. Decía un amigo que, si quieres que una columna tenga impacto, debes hablar de política; y otro me aseguraba que solo serás leído si hablas mal de alguien, eso te llevará a la notoriedad. Desde que he empezado a escribir en prensa, nunca me he ocupado de estar en el centro del debate, simplemente lo he hecho por placer, por necesidad de narrar. Además, como soy un sociólogo de la vida cotidiana, muy a menudo me dedico a hablar de los cafés, de libros, de películas y no solo de lo que dicen o dejan de decir los políticos. Eso no pega. Aquí para ser leído, debes hablar fuerte, en contra de alguien y, por supuesto, sobre la cuestión política. Habrá que ver si surge alguna trinchera. Y tendré que evaluar si vale la pena hacerlo.

Licencia de conducir —en tres tiempos— (12-3-2021)

Hace un mes aproximadamente empecé la gestión de mi permiso para manejar. Escribí algunas notas en tres tiempos.

Primero, el artículo —el último— en *El Deber* que titulaba así: “Licencia de conducir” (salió en red el 23 de febrero):

Estaba esquivando el trámite, pero ya no puedo más: tengo que sacar mi licencia de conducir. Sabía que iba a ser engorroso, seguramente por eso encontraba buenas razones para patear la pelota adelante. La situación se complica porque mi último brevete boliviano venció hace un par de décadas. Un día me armo de valor, cuando han disminuido los contagios por Covid, y voy al tránsito.

Una amable señorita me dice que primero tengo que pasar un examen teórico y práctico, para lo cual debo inscribirme en una escuela de conducción. Averiguo cómo funciona el asunto de la tal institución: primero requiero un certificado médico de un centro autorizado (no cualquier doctor, claro). Voy a hacerme el estudio, por suerte no tarda mucho, solo un poco más de una hora. Se toman muy en serio el test psicológico, me hacen memorizar objetos, contar de manera descendente con los brazos extendidos, me preguntan cosas con respuestas obvias y al final la psicóloga emite su sentencia: “usted es apto para conducir”, me siento feliz. El estudio físico es menos riguroso. Eso sí, me hacen examen para confirmar el tipo de sangre que tengo —dato que lo sé hace cuarenta años—.

Me falta el último paso para dar el primer paso: pagar. Voy al banco al día siguiente a las ocho de la mañana y despacho la transacción más o menos rápido. Luego de dos días de andar por oficinas quitándole

tiempo a mi trabajo, próximamente voy a poder inscribirme al curso.

Es impresionante la capacidad burocrática de nuestro país. Recuerdo que, cuando murió mi padre, mi mamá ocupó varias vacaciones para arreglar los derechos sucesorios, correteando semanas enteras entre oficinas, papeles, sellos, bancos.

Hace unos meses renové mi cédula de identidad. Fue ágil, sencillo, rápido, eficiente, sin duda mejoró el servicio. Recordé mis primeras veces con la misma misión. Eran días enteros entre impresiones digitales, fotos, firmas, números en el pecho. Todo en un incómodo galpón cerca de la plaza Murillo.

En Bolivia, los trámites son una manera de socialización de las formas del Estado. La primera vez que saqué mi carnet, fue un rito inicial, era como si la sociedad me dijera: “este es tu país, este es tu Estado, esta tu burocracia, vete acostumbrando”.

En fin, les decía que empiezo el largo proceso de tener otra vez permiso boliviano para conducir. Me arrepiento de no haberlo renovado cada que venía de vacaciones para evitar este momento tedioso. Pronto haré mi examen teórico-práctico, dicen que es tenebroso, les contaré cómo me va.

Olvidaba un detalle: manejo vehículos desde hace más de treinta años, mi último permiso lo gestioné en la Ciudad de México, es perpetuo, no tuve que some-

terme a prueba alguna, y todo demoró un par de horas. ¡Qué cosas!

El martes pasado, un día antes de la prueba, mientras esperaba la “clase” —que no fue tal— en la escuela de conducción en la que me inscribí —una malísima, y no barata—, escribí lo siguiente para matar las cuatro horas de espera vana al sol.

El examen es un momento ritual donde se consolida la relación jerárquica y asimétrica de distribución del poder. Es la relación entre un examinador y un examinado, mediada por una prueba. Uno de los miembros posee el poder absoluto, innegociable, del éxito o fracaso del otro, a partir de parámetros predeterminados que él mismo definió con anticipación.

Aunque se pretenda cierta objetividad, muy a menudo, lo digo con base en años de experiencia como maestro, la carga subjetiva tiene un rol. En el examen de conducción en Bolivia, se ponen parámetros milimétricos poco sensatos. Se debe conducir en zigzag por 50 metros y estacionar con precisión de cirujano. En el momento de dejar el coche en su lugar, viene un funcionario con regla en mano para medir si estuvo bien hecho. Unos centímetros definen si se aprueba o no.

Sales del campo de examinación y te enfrentas a la calle, a una selva donde nadie maneja bien y todos incumplen las normas de tránsito. Eso sí, todos aprobaron el examen respectivo y tienen su licencia en la billetera.

En el país vivimos un desfase entre la rigurosidad de las normas y pruebas y su inoperancia en la práctica. Algunos ejemplos para reír y llorar de las infracciones en el Reglamento de Tránsito: está prohibido circular con el vehículo sin luces (40 Bs de multa); está prohibido realizar operaciones de cargue o descargue obstruyendo la circulación; ninguna entidad, grupo de personas podrá interrumpir la libre circulación de peatones y vehículos sin previo permiso de la autoridad; los pasajeros deben abordar el vehículo en la acera, nunca en la calzada. Y así hasta el cansancio.

Todos los que conducen en las calles aprobaron un examen —teórico y práctico— que los faculta a circular. Todos conocen la norma, pero nadie la aplica. En Japón, recuerdo que unos policías aplicaban una multa elevada a un conductor por haber estacionado el coche con la llanta unos milímetros más allá de lo establecido. Eso, por supuesto que no sucede en La Paz. El desfase entre examen y vida cotidiana en Europa es leve, mientras que en Bolivia es abismal. La concordancia entre la dificultad para conseguir la licencia y la calidad de la circulación es diferente según los lugares. En Bélgica, el examen es muy difícil y se conduce bien. En Bolivia, la prueba es absurdamente rigurosa y se conduce un desastre. En la Ciudad de México no hay examen y se conduce como uno quiere. ¿Con cuál opción quedarse? No sé. Creo que la más sincera y práctica es la mexicana.

El día de la clase en la escuela de conducción me siento defraudado. Pagué 300 Bs (43 \$us), me llevan a un campo de entrenamiento desde las 8 de la mañana y

paso a mi “clase personalizada” a las 12, que consiste en 10 minutos de prueba manejando en zigzag y en un ejercicio de estacionamiento

Finalmente, unos días después, con licencia en mano, escribo:

Listo. Hoy, luego de más de un mes que empecé el trámite, tengo mi brevete en la billetera. Qué alivio, puedo manejar y si un policía me detiene, muestro el plástico que acredita que pasé por todo el largo proceso. ¿Qué “demuestra” mi licencia?

- Que sé avanzar 100 metros en zigzag, retroceder en línea recta solo mirando por los retrovisores, estacionar el coche sin dejar más de 30 centímetros de distancia con la acera en cada neumático.
- Que sé responder un cuestionario con reglas de tránsito, cuestiones mecánicas y primeros auxilios.
- Que conozco el funcionamiento de cuatro instituciones locales: la policía, la escuela privada de conducción, el Segip, los bancos; todas con sus miserias y virtudes.

El proceso fue largo, tomó unas 22 horas y media (fui contando y anotando cada minuto) y alrededor de 750 Bs (poco más de 100 \$us, todo pago en banco). Lo curioso es que, al final del día, todo sigue igual. La única diferencia es que tengo el documento oficial en mi bolsillo. Ahora puedo volver a trabajar en mi libro sobre la devoción guadalupana en París, que quedó en espera.

Cepa amazónica (30-3-2021)

Se ha anunciado por todo lado que está llegando la temible “cepa amazónica” del Covid 19. Dicen que es más contagiosa, más rápida, más mortal. Vaya, como si necesitáramos más malas noticias. El escenario es aterrador, otra vez, apocalíptico. En varios momentos de la pandemia he sentido que no hay futuro, que ya todo está por terminar. Seguramente es lo que sienten todos; no sé cómo logran administrarlo. A mí me vuelve el desasosiego, el miedo nuevamente me invade. No sé si podré aguantar tanto peso, tanta incertidumbre. En cada nueva ola se reactiva esa sensación de estar desprotegido, frente a un mundo que en cualquier momento puede terminar. Si las cosas se ponen más duras, habrá que volver a la “fase tres”, como la hemos denominado en casa. He tenido recurrentes dolores de cabeza, van y vienen, desde que empezó la pandemia. Son un reflejo del dolor en el alma, del miedo que me invade, me carcome, me inmoviliza. No sé cómo salir, a qué recurso psíquico acudir para administrar estos sentimientos tan oscuros, este profundo temor del cual es difícil sacudirse.

La vacuna que no llega (31-3-2021)

Como muchos, tengo algo de esperanza en la vacuna. Empecé la peregrinación administrativa, propia del estilo boliviano del Estado. Primero tengo que inscribirme en el Sistema Único de Salud. Busco por todo lado —en internet— dónde me corresponde iniciar el trámite, no lo encuentro. Voy al primer centro que aparece cerca de casa; no es, me mandan a otro. Voy, tampoco es, me mandan a un tercero. Llego y una señora me muestra un mapa impreso en papel bond donde está la delimitación de ese lugar, mi calle no aparece, abarca hasta la paralela. Me dice que debo ir a otro centro. Insisto, le pido “a

la boliviana”: “por favorcito, es que es solo una cuadra y hasta ir al otro lado me tomará mucho tiempo”. Accede a mi ruego: “listo, venga el jueves a las 16:00”. Hecho, podré empezar el trámite. Vaya a saber cuándo esté recibiendo el pinchazo con la tan ansiada dosis, se supone que en mayo. Nunca había esperado con tanta expectativa una vacuna. Qué tiempos que vivimos. Ojalá llegue pronto.

El sentido de un diario (6-4-2021)

Desde mi libro anterior, *París a diario*, me he cuestionado sobre el porqué de un diario, y más, qué es un “diario sociológico”. La pregunta sigue ahí y es difícil responder. En esa búsqueda, hoy me encontré con un texto en la librería Yachaywasi que reflexiona sobre el tema desde la literatura. Se trata de *Los diarios de Emilio Renzi. Los años felices*, de Ricardo Pligia¹⁸. En el prólogo, titulado “En el bar”, el autor reflexiona sobre la progresión matemática de un diario que, en el límite, impone un ritmo prisionero de lo cronológico al caos de la vida diaria. También evoca la relación entre lo personal y lo histórico en la vida de un individuo¹⁹, las barreras poco claras entre la una y la otra. ¿Dónde termina lo privado y empieza lo público? Me quedo con una cita sugerente:

Trabajé esta línea durante meses, decidido a publicar mis diarios ordenados en series temáticas, pero — siempre hay un *pero* al pensar— se perdería la sensación de caos y confusión que un diario registra, como ningún otro medio escrito, porque al estar ordenado

18. Pligia, Ricardo, *Los diarios de Emilio Renzi. Los años felices*, Ed. Anagrama, Barcelona, 2016.

19. *Ibid.*, p. 9.

sólo cronológicamente, por la fecha, se ve que una vida, cualquier vida, es una desordenada secuencia de pequeños acontecimientos que, mientras se viven, parecen estar en primer plano, pero luego, al leerlos años después, adquieren su verdadera dimensión de acciones mínimas, casi invisibles, cuyo sentido justamente depende de la variedad y el desorden de la experiencia. Por eso ahora he decidido publicar mis cuadernos tal cual están, haciendo de vez en cuando pequeños resúmenes narrativos que funcionan, si no me engaño, como un marco o encuadre de la sucesión múltiple de los días de mi vida²⁰.

Una de las preguntas de fondo es cómo organizar la narrativa del caos de lo social. Los sociólogos trabajamos con una gran pregunta —en un pequeño artículo científico o en un libro de mayor profundidad— que va siendo respondida en los capítulos subsiguientes; el “capitulado” que se pide a los estudiantes, a menudo es precisamente un orden lógico que aglutine los datos en un razonamiento explicativo. Al igual que la novela o el ensayo, la lógica de cada libro maneja una narración con reglas propias a su género. Pero Piglia parecería cuestionar la pertinencia de esa manera de exponer. ¿Por qué aglutinar en temas o problemas el contenido y no soltarlo de manera cronológica? Si la realidad es de por sí desordenada y multidimensional, ¿cuál es la mejor manera de “organizarla” y explicarla? La pregunta es pertinente, no se trata de la sustitución de uno u otro recurso narrativo, pero creo que el diario, que fue relegado en la sociología dominante, puede ser una manera de exponer observaciones cuya riqueza puede ser notable, como lo han hecho varios autores clásicos de la

20. *Ibid.*, p. 13.

sociología. Creo que el autor le da más sentido a mi interés por escribir este texto abonando a mi sociología vagabunda. Lindo regalo de una lluviosa tarde de abril (el libro lo compré con mi hija Anahí, primera vez que vamos juntos a la librería y salimos con dos textos distintos, un deleite).

Dos yapas. Me encantó este párrafo:

En realidad la literatura muestra la opacidad del mundo, nunca sabe uno nada sobre la gente, incluso sobre aquellos que están cerca y a los que amamos, sólo sabemos lo que nos dicen pero nunca lo que piensan porque siempre nos pueden mentir; en ese sentido, las novelas se leen porque son el único modo de ver a una persona por dentro. Yo conozco mejor a Anna Karenina que a la mujer con la que vivo hace años²¹.

Cierto, es clave, en el límite indispensable para mantener viva una relación, esconder una serie de sentires. Nunca se es completamente transparente, siempre se guardan cajones personales herméticamente cerrados. Solo la literatura —y, claro, también en cierto sentido alguna sociología— puede mostrarnos los sentimientos más resguardados, más ocultos de las relaciones humanas. Ella nos abre la experiencia humana en sus rostros miserables o nobles que no aparecen a primera vista.

Termino: “Un diario es también una máquina registradora de acontecimientos, de personas y de gestos. *Vivir para ver*, ésa sería la consigna”²². Me quedo la frase en cursiva que algún día será título de un libro mío: *Vivir para ver*.

21. Ibid., p. 124.

22. Ibid., p. 18.

Semana Santa en el bosque yungueño (8-4-2021)

Pasamos el fin de semana con Matthias y Carmen, entrañables amigos con quienes he compartido muchas cosas hace varias décadas. Fue fabuloso. Es un refugio en Coroico, una casita no solo acogedora y práctica, sino que, además, funciona con una relación especial con la ecología y el entorno. El agua, el baño, los deshechos. Todo está pensado para no dañar la naturaleza, más bien convivir con ella de manera armónica. Hicimos varios paseos, subimos a ver el atardecer, cuando las nubes lo permitieron, y las montañas aparecieron inmensas, imponentes, de alguna manera cálidas. Respiramos la tierra húmeda, el olor a hierba, abrazamos árboles, escuchamos pajaritos. También supimos de los estragos del fuego, nos contaron del incendio que se ha comido varias hectáreas por pura negligencia, y lo difícil que es combatirlo. Visitamos propiedades vecinas, ahí, donde otro suizo sembró hace años equinácea, y ahora tiene una industria próspera que vende a todos lados, sin descuidar un centímetro el bosque, cuidándolo con especial empeño. Ellos están en un momento de buscar que alguien retome su proyecto, algún emprendimiento que articule lo social y la naturaleza. Fue una bella experiencia, parte de las cosas que están pasando en el país. Por suerte no todo es la política espantosa que nos consume a diario, hay gente e iniciativas que miran más allá. Hay un poco de esperanza.

Policía de estación (10-4-2021)

Estoy paseando con mi bicicleta en la madrugada. Mi llanta está un poco baja, así que busco alguna gasolinera donde suele haber aire. Llego a la estación de servicio de San Pedro. No hay un alma. Me acerco a una de las compresoras. La veo con cuidado, tomo tímidamente el mango para ver si funciona,

pero la vuelvo a poner en su lugar porque no tengo idea cómo funciona y no está tan fácil, como en Europa o en México, donde uno mismo puede poner aire a sus llantas sin mayor intervención. En cuanto dejo la palanquita en su lugar, aparece un policía que me dice con agresividad: “qué está hurgando, por qué toca eso”. Le digo que quería saber si había alguien que me pueda ayudar para resolver el tema de mi llanta. Por supuesto que desoye mi parlamento y me increpa: “váyase, está en propiedad privada”. Le digo que no estaba infringiendo ninguna norma, y que ese es un lugar público, solo quería saber si alguien podía ayudarme con el aire. Se me empieza a acercar con rudeza, lo detengo a lo lejos argumentando el metro y medio de distancia que debemos guardar por el Covid. Me responde “circule, váyase”. Insisto que no me iré porque estoy en un espacio público, que él no tiene derecho sacarme de ahí si no estoy haciendo nada. Se acercan más policías y varios de los funcionarios de YPF que despachan gasolina a los autos. Me empiezan a insultar: “insolente, atrevido, váyase”. Me retiro y les digo que me voy porque ya cumplí con ver el estado de la compresora, no porque me echen. Y parto entre más insultos.

Me quedé pensando en el incidente banal. Por qué la autoridad reaccionó de esa manera tan torpe y desmedida. Por qué se volcaron tan agresivamente por algo tan absurdo. Tengo dudas, se me hace que hay un tema de clase. Yo estaba vestido con todas las indumentarias de ciclista. Tal vez haya heridas de clase que están a flor de piel. El país no ha sanado todavía, estamos lejos de eso.

Complicidad de género (11-4-2021)

Hace unas semanas hubo una competencia de ciclistas que se llamó “Ponchos rojos”, en Achacachi. Era algo muy curioso, lo

organizaba, entre otros, el club más elitista de La Paz —Tenis Club— en el lugar políticamente más claramente identificado con una cultura de resistencia indígena, Achacachi, de donde vienen los famosos “ponchos rojos”. Pensé que podía haber un corte circuito, dos polos sociales y políticos iban a confluir. Pues no. Todo salió a pedir de boca, participó la élite paceña con sus bicicletas elegantes y costosas, todos los ciclistas de distintos orígenes, en un territorio políticamente histórico. Y más, una de las participantes, una ciclista joven y guapa que ganó uno de los premios, me contó que cuando se estaba esforzando en plena competencia, una señora local de pollera la alentó: “¡Eso, las mujeres tenemos que ganar!”. Aunque sea una obviedad en el límite de lo cursi, tal vez por ahí haya una veta para reconstruir este maltratado país. Es posible que en el deporte esté la clave, acaso la única salida.

Lindos halagos (11-4-2021)

Me encontré —virtualmente, claro— con un amigo que no veía hace casi dos décadas. Me escribió algo que me conmovió: “Te leo siempre con sosiego en el alma. Tienes una pluma cristalina”.

Un amigo me dijo que, en un curso de licenciatura de la carrera de Comunicación, en la UCB, les pasaron mi conferencia “Introducción a las ciencias sociales” que di en la Casa de las Humanidades en la UNAM; al verla algún estudiante comentó: “Debe ser hermoso pasar clases con él”.

Elecciones en la UMSA (14-4-2021)

Como vivimos al frente de la UMSA (y de dos ministerios), todo pasa por nuestra ventana. En estos días son las elecciones para rector. Las dos campañas a cuál más graciosa, una de

ellas tiene un Pikachu como mascota de promoción. Todo el día hay música, afiches, pancartas, y hoy al pasar me querían regalar unas paletitas. ¿Tiene que ser ese el procedimiento para elegir la autoridad de una institución de enseñanza y conocimiento? ¿El elegido debe ser el que hizo una campaña más animada, ruidosa, pegajosa, atractiva? Tengo mis dudas.

Pistola de balines (14-4-2021)

Ayer en el noticiero central de Radio Fides se contó un hecho policial en Cochabamba. Luego de un forcejeo entre coches en la calle, un conductor insultó y amenazó al otro con una pistola. Fue detenido cuerdas más adelante por la policía y descubrieron que era un arma de balines, pues se trataba de un agente de seguridad privada. Viniendo de México, la noticia me fue rara. Allá muy difícilmente algo así ocuparía un espacio en un informativo —ocurren demasiados—; ningún policía retiene a un conductor que muestre una pistola al otro; y muy a menudo si alguien tiene un arma de fuego, la usa disparando a quien le causó el inconveniente. La violencia tiene otras dimensiones.

El vacío (28-04-2021)

De pronto dejó de escribir en este espacio, lo que en realidad es una muestra no de lo ocupado que esté, sino del vacío frente a la producción intelectual. Estos días no he avanzado nada en mi investigación, he leído algunos textos y tomado algunas notas, pero es casi un mes que no escribo una página del capítulo sobre la discusión de la Virgen de Guadalupe. Le huyo a escribir, procrastino una y otra vez. Me angustio, no tengo ganas, siento que pasa el tiempo y que no avanzo, y se convierte en un círculo vicioso. Desde mi doctorado tuve esa sensación

que en algunos momentos se hace más presente; entonces, tenía la estrategia de leer textos y tomar notas, los más sencillos y agradables, los más estimulantes, para dejar que la creatividad llegara en su momento. Pero ahora se está tardando. Además, como dejé mi columna en *El Deber*, tengo menor ritmo en mi escritura. No siento que avance. Ya estamos por entrar a mayo y mis pendientes académicos están en espera. Siento, por otro lado, que no se me ocurre nada sobre la coyuntura boliviana, o más bien nada me estimula mucho. Tengo materiales, las anotaciones sobre los vecinos de Cota Cota en el 2019, algunas entrevistas y testimonios, pero no termino de agarrar el proyecto, de meterme en él. Tal vez deba sumergirme en algunas cosas que me den ánimo, como comenzar con el libro sobre Bourdieu en Bolivia, o el de mi abuelo José María. Un investigador sin proyecto es un papalote sin viento. En eso estoy.

El departamento (28-04-2021)

Todo se va encaminando a que vamos a mudarnos de departamento. La búsqueda está cansada. Citas, barrios, desplazamientos. Es lindo ver cómo los arquitectos piensan el espacio para la gente —qué lógicas culturales están detrás de sus diseños—, cómo los promotores intentan convencer, cómo se vive en barrios distintos, cómo la gente hace los arreglos de los espacios íntimos, etc. Todo es interesante, y esto más. Pensé que debería tomar nota de las visitas, anotar los estilos de vida, el regateo de los precios, el mercado y la manera de seducir al interesado. No lo he hecho, no sé bien por qué. Tal vez estoy dejando esta sabia práctica escritural cotidiana en la que podía vaciar observaciones “sin responsabilidad”, rápidamente. A ratos me dan ganas de hacer un ensayo sobre los “modos de habitar” —como lo hizo Bourdieu—, lo que me repele más del teclado porque la vara es muy alta. En suma, ahí hay una

agenda pendiente, mucho por explorar. Intentaré ser un poco más sistemático y escribir la experiencia.

Entre teclas y pedales (28-4-2021)

He salido mucho en bicicleta, pero no he escrito nada. Se me han ocurrido decenas de proyectos, desde uno turístico-sociológico sobre los paseos posibles, hasta otros narrativos, o analíticos sobre cómo se conforman los grupos de ciclistas, las competencias, el cuidado del cuerpo, los objetos, la bici como materia fundante.

El caso es que, para estimularme un poco y tratar de hacerlo en compañía, invité a un escritor joven alteño a que hagamos el proyecto juntos. Mi idea, en la lógica de mi sociología vagabunda, sería cruzar bicicleta, escritura y experiencia urbana. Se trata de un ensayo de contrastes: un literato y un sociólogo; un alteño de origen popular y un paceño de clase media; un treintón y un cincuentón. Ambos unidos por la bicicleta, la ciudad y la escritura.

Me imagino que hagamos paseos cortos y focalizados, solo los dos. Salir en bicis y escribir en unas páginas nuestra experiencia, luego leernos. Ir así recorriendo la ciudad, cruzando nuestras miradas. Sería una manera de juntar pasiones: pedales y teclas. Habrá que ver qué sale, si sale algo.

La política me aturde (5-5-2021)

Hoy, hablando con un amigo, le contaba cómo en Bolivia la política me consume, se posesiona de mí y es difícil deshacerse de ella. Está demasiado presente, no hay cómo hacerla a un lado, consume mi tiempo, energía y entusiasmo. Y todo para nada, porque al final del día no soy político, ni ese es mi tema de estudio. En suma, la mejor conclusión a la que he llegado es

caer en cuenta que la política me aturde, en todos los sentidos de la palabra que la RAE sugiere: “perturbación de los sentidos”, “confundir, desconcertar, pasmar”.

El sentido de un diario (8-5-2021)

Zaira, que siempre me da luz, me pasó un libro sugerente: Josep Pla. *El cuaderno gris*²³. Tomo un extracto:

A mí, personalmente, me entretiene muchísimo leer memorias, reminiscencias, recuerdos, por muy humildes y vulgares que sean. Si estas notas se salvan de la quema, quizás algún día les echará un vistazo algún pariente mío lejano o alguna persona curiosa y desocupada²⁴.

Otro día comentaré más, por ahora solo el reforzamiento de escribir un diario, suelto, libre, anárquico. Un cuaderno de notas, un refugio de letras, una cajita de ideas y vivencias.

En búsqueda de la vacuna (8-5-2021)

No llega y empiezo a desesperar. La mayoría de mis amigos en el mundo ya están vacunados, digo, los de mi edad. En México hay varios, en Europa, en EU. En La Paz, algunos de mis amigos por cuestiones azarosas lograron ya recibirla. Y yo, nada. Esta semana seguí una intensa búsqueda sin ningún rédito. El lunes me inscribí en el Seguro Universal en Rosales. Me

23. Pla, Josep, *El cuaderno gris*, Ed. Titivillus, 1966. Editor digital: Titivillus, ePub base r1.2

24. *Ibid.*, p. 31.

dijeron que tal vez habría vacunas el jueves. Fui y nada. Acudí a otro centro de salud en Llojeta, y nada. En la noche llegó la información que día anterior la amiga de una amiga —joven de veintitantos años— fue a las 12 a uno de los centros (de la EMI), y no había nadie, la vacunaron sin ningún problema, sin filas, sin miramientos por su edad, sin esperas. El viernes Cathia peregrinó por tres centros (empezando por la EMI) y, en todos, el mismo panorama: llenísimo y solo la otorgaban a mayores de 60 años. Pasan los días y no hay horizonte, dicen que la próxima semana empezaremos los cincuentones, pero son declaraciones dudosas, o más bien poco creíbles de un gobierno que ha atrasado sostenidamente toda promesa. Entretanto, mi Cane tuvo una gripe, todo indica que no es Covid, pero el olfato lo tiene disminuido. No hay más indicadores, así que estamos relativamente tranquilos, lo que no impide que siempre haya la duda de estarnos equivocando. En México estoy inscrito en la UNAM para cuando empiecen el proceso con profesores, se supone antes del 18 de mayo, o a partir de esa fecha. Estoy dudando si vale la pena ir por unos quince días para vacunarme y arreglar pendientes. La vacuna es como una tabla de salvación en esta espantosa tormenta, pero cada que nado para alcanzarla, se aleja más, y no hay cómo tenerla entre las manos; mientras, muevo los brazos agotado y desgastado, intentando no sucumbir. Pienso en el cuento “El pozo”, de Augusto Céspedes, en el que van cavando sintiendo el agua cerca pero nunca llega, en el corazón del infierno verde. Así estamos, con la esperanza de la vacuna alrededor.

Viandante (8-5-2021)

Un amigo utilizó esta palabra. Me encantó, es la mezcla de vía con andante. La tercera acepción del RAE dice: “persona que pasa la mayor parte del tiempo por los caminos, vagabundo”.

Me encanta: pasar por los caminos vagabundeando, entendiéndolo “vagabundo” no como la flojera sino como la observación constante, curiosa, exigente, divertida, libre, instintiva, analítica, lúdica y profunda. La calle, la vía, como un ámbito privilegiado para ejercer esa libertad analítica sumergidos en la realidad. Será motivo de algún libro.

Espera de Elisa (10-5-2021)

Escribo para relajarme. El lunes pasado Canela tuvo síntomas de gripe leve, moco, poco de molestia en la garganta, sensibilidad a la luz. Pasó, pero el viernes perdió el olfato, no el gusto. El fin de semana estuvo sin olfato, pero saboreando. Yo estaba seguro de que no pasaba nada porque no hubo ningún otro síntoma, pero hoy fuimos, más bien para darle tranquilidad a ella, a hacerle una prueba. Salió “indeterminado”, que es sinónimo de más incertidumbre. Le hicimos la prueba Elisa, que dicen que sí es precisa y que con claridad afirma o no si está la enfermedad. A las 18:00 nos dan la respuesta. Otra vez estamos —o estoy yo, sobre todo— muy nerviosos.

18:00. Llegó el resultado de Canela. Negativo. Vuelvo a respirar tranquilo. Anunciaron en los medios que el jueves empieza la vacunación de los cincuentones. A cruzar dedos.

Vacunado, primera dosis (16-5-2021)

Y llegó el día esperado hace meses. El jueves pasado me inmunizaron. Salimos temprano en búsqueda de los anticuerpos Covid. El gobierno indicó que a partir de ese día los mayores de cincuenta podíamos gozar del beneficio, así que iniciamos la búsqueda. Primero paramos en el centro de salud de Llojeta, nada. Luego al campo ferial de Següencoma, pero nos derivaron a la Academia de Policías, a unas cuadras. Llegamos a las

8:30. No había mucha gente en la fila. Nos dieron una hoja en la que consentíamos el procedimiento y donde se informaba que en tres meses recibiríamos la próxima. Firmamos sin miramientos. A las 9 pasa un policía para poner orden en la fila, primero con la distancia, y luego empieza a numerar a los candidatos a recibir el pinchazo. Me toca el número 59, luego de Cathia, a la que le corresponde el 58. Dicen que pasaremos en grupos de veintiocho, en el segundo grupo tal vez podemos quedar. La llamo a mi hermana para indicarle que parece que ahora sí va a funcionar, llega rápido, le toca el número 89. Hay alboroto, a las 9:40 dicen que entró un auto que traía las vacunas; media hora después llega otro coche, ahora dicen que eran las jeringas y demás instrumentos para llevar adelante el operativo. A las 10:15 pasa un señor con dulces, unos minutos después una señora con mesa, sillas y bolsas con comida, alguien comenta: “ya llegaron las salteñitas”. Me da la impresión de que esto tira para largo.

La fila es larga, pero no brutal. Hay gente de distintos grupos sociales, aunque predominan los de clase media. Una pareja de origen popular dialoga, él le dice a la cholita que tiene en frente: “en la iglesia me dijeron que nosotros somos salvos”, y ella responde: “no creo que los cristianos estén a salvo, todos tenemos que vacunarnos”. Un poco más lejos unos extranjeros de acento colombiano o venezolano charlan de política. Algunos llegan en coche propio, otros en taxi o a pie.

La fila empieza a avanzar, y a las 11:40 pasamos al patio interior. Mientras espero, me siento dichoso, no puedo creer que haya llegado el momento de mi vacuna. Me toman la presión y la temperatura, luego me hacen un cuestionario administrativo, entre otras cosas me preguntan si me identifico con algún grupo guaraní, aymara o quechua, estoy desconcertado, nunca me habían puesto tal pregunta. Pienso si debo responder con una “identificación” ideológica, cultural

o política, pues étnicamente no me “identifico” con ninguna. Me recuerda aquella vez que cuando llenaba un formulario en Estados Unidos me preguntaron mi raza, no tenía claro qué casilla llenar, hasta que vi “latino” y por descarte taché el cuadradito (no era ni “blanco”, ni “negro”, ni “asiático”). Pasé la pregunta intentando no ponerle atención, y por suerte el funcionario me dijo al ver mi cara de vacío: “¿o le pongo ninguno?”, afirmé y se resolvió la incómoda pregunta.

Luego del primer chequeo médico y del registro burocrático pasé a manos de la penúltima enfermera. Mientras me inyectaba en el hombro derecho preguntó si me dolía el pinchazo, “me sabe a gloria” le respondí con una sonrisa. Pasé a la sala siguiente a esperar si había una reacción, mientras proyectaban un episodio de Los Simpson en una tele con señal borrosa se me acercó otra enfermera para preguntarme cómo me sentía y si tenía alguna reacción extraña, le dije “me siento feliz, es extraordinario”. Salí de ahí a las 12:20 con mi pase para la siguiente dosis en tres semanas. Me sentí aliviado, esperanzado. Una extraña sensación de que la vida fluía. Una maravillosa sensación de futuro.

Al lago en bici (16-5-2021)

Cumplí un sueño largamente acariciado: llegar al Titicaca en bici. Cuando me compré hace unos meses —tal vez un año—, en el Decathlon de París, mi chamarra fosforescente, pensé que algún día estaría en la carretera del altiplano, rumbo al lago, y requería estar vistoso. Y así fue. Estuvo muy cansado. Salí temprano, antes de las 7 de la mañana, y tomé el teleférico hasta Río Seco. De ahí adelante, 65 kilómetros por cuatro horas y media con descansos cortos para tomar agua y mandar mensajes a Cathia que venía en coche. Mis rodillas quedaron cansadas, pero fue una de las experiencias lindísimas de

bicicleta. Me quedó claro que no podré llegar a Copacabana de un tirón, son 110 kilómetros y mucha subida, pero haré el esfuerzo en dos tiempos, o algo así. Rodar al lado del lago es fabuloso. Luego tuvimos una bella estancia con mi familia, grande y chica, en una casa que rentamos. Comimos, cantamos, caminamos. Todo en un clima de “sana distancia”. Lindo, años que no escuchaba cantar a mi hermana, y que no charlábamos en un clima tan agradable. Todo bonito.

Anuncios en la calle (19-5-2021)

Los diminutivos paceños son fabulosos. Al frente de mi casa un parlante enorme repite todo el día la siguiente frase: “Hoy, almuerzo. Pase caserito, caserita. Almuercito a tan solo 10 bolivianos. Pase, pase”.

En la plaza del frente me encontré un anuncio colado en una baranda: “busco sugar dady, contactarse con...”. Aparecía un teléfono, la foto de una chava, su nombre y su edad (22 años). También unos días atrás me dieron un papelito por San Francisco promoviendo un Erotic Center, ahí se ofrecía desde aumentar la estatura, hasta desarrollar el largo y ancho del miembro, en medio, tratamiento de impotencia y eyacuación precoz, artículos sexuales, eróticos, artículos XXX, etc. La sexualidad en La Paz está cambiando y recorre rumbos desconocidos.

Chompa (19-5-2021)

Ayer fui con mi mamá a comprar lana para que me haga una chompa. Le dejé un modelo de una que adquirí en París y que me queda perfecta. Mi historia con los tejidos viene de lejos, mi abuela me hizo varios suéteres desde chico, los guardo con mucho cariño, y cada que me los pongo siento sus manos y sus

mimos. Tejer para alguien es un acto de ternura, cada punto es una caricia, es un pensar en el otro. Esa es una bella práctica de aquella generación de madres y abuelas que confeccionaban prendas para los suyos, no solo por cuestión económica, sino porque era un sentido del cuidado del otro. En mi caso, siento que tejer es como escribir a alguien, escribir una carta, a un destinatario específico, o un libro. Por ejemplo, tengo pendiente un libro sobre mi abuelo materno José María, al que no conocí; quiero hacerlo porque sé que en cada tecleo estará él presente, será como un diálogo con su ausencia, como un encuentro en el tiempo. Esa es mi motivación principal, compartir horas y horas con el abuelo que no conocí, a través de la palabra, la memoria, la escritura. Imagino que lo mismo siente mi madre cuando me hace una chompa, y lo que sintió mi abuela. Cada suéter condensa las horas dedicadas a su hechura, las manos que minuto tras minuto pasó lana entre palillos, como un canto, como una dulce melodía que se repite cada vez que el destinatario se lo pone. Es de esos actos amorosos, maternos, de los que vivimos y que necesitamos tanto.

Novela (27-5-2021)

He empezado a escribir una novela. No sé qué saldrá, tal vez no la publique nunca, pero el ejercicio me ha llevado a tres asuntos muy gratos. Primero, la posibilidad de poner en el personaje todo lo que uno quiere decir sin tapujos. He desempolvado escritos anteriores de distinta naturaleza y se los achaco al protagonista sin ningún filtro, con toda libertad. Es catártico, es la manera de poder decir todo lo que uno quiere “sin responsabilidad”. Ahora entiendo lo que escuché muchas veces: “el autor se oculta en su personaje”. Es un sentimiento de libertad muy grato. En segundo lugar, he tenido que armar una estructura narrativa. Primero, el formato de exposición,

la novela va a ir intercalada con un capítulo de historia y otro de reflexión. Luego, el ritmo, las dos páginas iniciales atrapan, cuentan una historia tensa y plantean un problema existencial que luego se va desarrollando poco a poco en los subsecuentes, hasta llegar una resolución final que cierra la intriga, la explica y la concluye y abre a la vez. Creo que todo lo que he pensado está bien, se empieza con fuerza, hay una problemática y se cierra volviendo al inicio. Funciona. Finalmente, me ha pasado algo muy curioso, cuando empecé a escribirla, me di cuenta de que las posibilidades, las direcciones hacia donde podía ir, eran múltiples. Me tocó transformar la idea inicial para darle mayor atracción al relato. En fin, lo estoy tomando como un ejercicio, no sé cuál sea su destino, si un archivo más en mi computadora o una veta de expresión por explorar. Se verá.

Salud (31-5-2021)

Anahí está con dolor de estómago y escalofríos, no cenó y tiene un poco de náuseas. Se fue a dormir con Cathia, que es el protocolo de las chicas cuando tienen algún problema de salud, en el entendido de que ella las puede atender si requieren algo en la noche. Por supuesto que todo síntoma, en estos tiempos, es potencialmente leído con miedo por el Covid. Ya de nada se puede enfermar uno en paz, ¡caray! Esperemos que pase pronto, esté bien y que mañana amanezca recuperada.

Entre tanto, subieron los casos de Covid tremendamente en Bolivia, y en La Paz va en ascenso. La semana pasada teníamos 250, me asusté cuando llegó a 300, y el sábado subió a 530. Estuve a punto de cancelar la comida de día de la madre que habíamos planificado, pero finalmente igual fuimos a la Muela del Diablo a hacer un picnic, estaba venteando y al aire libre, así que no hubo problema. Activamos el semáforo amarillo familiar, que significa no contactos innecesarios con

nadie, no visitas. Por otro lado, leí en algún comunicado —de los tantos que circulan— que no hay que tomar Ivermectina antes de la vacuna, y yo sí lo hice, lo que activó mis miedos.

En fin, estos son tiempos de inestabilidad emocional, la salud es tan frágil. Abrir el Facebook es tenebroso, demasiados anuncios de muertes cercanas, jóvenes, viejos. Si todo va bien esta semana tendrían que ponernos la segunda dosis de vacuna, a ver si eso nos calma los ánimos y si empiezan a bajar los casos en La Paz.

Fin de la novela (31-5-2021)

Hoy terminé la novela. Es corta, tal vez demasiado: 40 páginas. Me encantó la experiencia, disfruté mucho de escribirla, de construir el personaje, la trama, el inicio, el desenlace, el ritmo, la intriga. En verdad que creo que me salió bien, es un buen trabajo. Tiene historia, tiene principio y final, lleva al lector a donde quiero que esté, lo mantiene pendiente. A ver si este es el inicio de una veta en mi relación con lo escrito, un camino que siempre quise seguir y nunca lo hice por múltiples razones.

Departamento (31-5-2021)

En estas semanas vimos varios departamentos y hoy uno que me gustó mucho. En la avenida Arce, en planta baja. Sin mucha vista al horizonte, pero con un jardín que, aunque colectivo, parece privado. Y en unos de los cuartos, bastante luz, espacio, e incluso vista al Illimani desde algunos pisos. Creo que es el que más se ajusta a mis deseos. Pero también vi uno en el edificio Calama, aquel que tiene una inservible y nunca utilizada piscina entre dos construcciones de más de 20 pisos. Enorme, soleado, piso 18, mucha vista a todo lado.

Hay un patrón de vida en el tipo de edificios, los de los 80 tienen muchas más paredes, puertas innecesarias, cuarto de empleada, y salida de servicio, pensando en familias de cuatro miembros (con 3 o 4 cuartos). Los modernos no pasan de 3 dormitorios, muy funcionales, operativos. Hasta ahora ningún departamento que hayamos visto utiliza el “cuarto de servicio” para sirvienta, eso es del pasado, todos son depósito. Dato interesante.

Lo visual y la sociología en Bolivia (1-6-2021)

Hace rato que tengo la tesis de que, en Bolivia, al no tener un campo académico y artístico claramente diferenciado, las fronteras son muy difusas, dialogantes, para bien y para mal. Los vínculos entre ambos son más estables que en otros países, ni hablar en Europa que se constituyó a través de campos disciplinarios con murallas y puertas bien custodiadas.

Cuando escribí *La Paz en el torbellino del progreso*²⁵, caí en cuenta de que la película *Chuquiago* (Antonio Eguino, 1977) y el libro *Chukiyawu. La cara aymara de La Paz*²⁶, hablaban de lo mismo. Son, en realidad, dos caras de una misma medalla; uno es la expresión visual del otro. ¿Dónde termina la sociología y empieza el cine en esos dos documentos? No sé muy bien, el diálogo entre Luis Espinal y Xavier Albó —por ejemplo— es clave, el antropólogo y el cineasta, es como Edgar Morin y Jean Rouch en *Crónica de un verano*.

Esa tradición en Bolivia tiene larga data, Silvia Rivera hace dos lindos ensayos, uno sobre Melchor María Mercado y

25. Suárez, Hugo José, *La Paz en el torbellino del progreso*, Ed. IIS-UNAM, Ciudad de México, 2018.

26. Albó, Greaves y Sandoval, Chukiyawu. *La cara aymara de La Paz*, Cuadernos de investigación CIPCA, La Paz, 1981, 1982, 1983, 1987.

otro sobre Jorge Sanjinés²⁷. En el fondo, la tesis en ambos casos es que ellos están haciendo —incluso sin proponérselo— una parasociología. En esa misma dirección, vi la exposición en la Casa de España *Mujeres/Cine. Bolivia 1960-2020*, y ahí decían que en 1968 se estrenó en el Canal Universitario el medimetro documental *A cada noche le sigue un alba*, sobre la historia del movimiento anarquista en Bolivia. Lo interesante es que es una producción del Taller de Historia Oral (THOA) y del canal 13, video dirigido por Cecilia Quiroga y guionizado por Silvia Rivera. La traigo a colación porque es una de las muestras más del diálogo entre ambos lenguajes, con una fluidez que da envidia y con resultados tremendamente sugerentes. Algunos países, como Bolivia, han aportado mucho a este diálogo. Hay un estudio pendiente.

Segunda dosis (5-6-2021)

El viernes recibimos la segunda dosis de la vacuna china. Fuimos la Cathia, la Pati y yo. No tardamos más de hora y media desde que llegamos. Una maravilla. Cuando me la estaban por poner, me dieron ganas de llorar, ¡tanto tiempo esperándola! La vacuna se ha convertido en la única esperanza en esta pandemia. Al principio solo fue ocultarse, cuidarse, con el miedo por dentro. Luego, la espera angustiada de la vacuna, ¿cuándo llegará? ¿cuándo *me* llegará? Parecía un sueño pensar en recibirla. Cuando vi a mis colegas de México y Europa que ya la tenían, sentí una extraña envidia. Seguir esperando. Luego de que me pusieron la primera dosis, las tres semanas fueron otra tormentosa espera. Como siempre, durante toda esta pandemia, tuve dolores de cabeza —desde que empezó el confinamiento en París, me vienen semanalmente—, incluso la noche

27. Rivera, Silvia, *Sociología de la imagen*, Plural, La Paz, 2020

antes me sentí caliente, me tomé la temperatura. Es difícil contabilizar las veces que he acudido al termómetro con el miedo de que mi cuerpo esté caliente como indicador de cuidado. Lo he hecho muchas veces, acaso demasiadas. Lo más perverso del Covid es que tiene los síntomas de la enfermedad más común y sencilla de la humanidad: un resfrío. Pues resulta que el síntoma, palabra cada vez más inquietante, de lo que uno ha vivido desde niño sin mayores consecuencias —malestar, fiebre, dolor de garganta, dolor de cabeza— ahora puede ser un indicio grave, en un mar de incertidumbre, pues también puede o ser un resfrío común, o, incluso siendo Covid, no tener ninguna agresividad y pasar como “asintomático”.

El caso es que me vacuné, y me sentí feliz, casi aliviado. Sé que no es más que un protector más en un clima complejo y que no estamos en condiciones de vivir la fiesta, pero vaya que me recorre un sentimiento extraordinario. Todavía hay mucho que reflexionar, lo iré haciendo cuando tenga el alma sosegada para tal tarea complicada, pero queda claro que se han movido muchas cosas, respecto de la relación con la vida, con la muerte, con el riesgo, con la salud, con el cuidado de uno y de los otros y cosas así. En realidad, la vida puedo verla de una manera diferente.

Y ahora, ¿qué viene? ¿Cuándo llegará la tercera ola a Bolivia?, ¿en cuántas semanas, meses más? En México acaban de entrar a semáforo verde, la gente está en reuniones sociales libremente. Sé que hay que continuar con los cuidados hasta que los contagios decrezcan y se estabilicen en números razonables. ¿Y después qué? ¿Habrá una cuarta ola?, ¿una tercera dosis de la vacuna?, ¿cuánto tiempo dura la inmunidad? Son muchas preguntas en el mundo de lo incierto.

Y en este clima, me encontré con el texto *Repete* de Jesús Lara²⁸. La primera frase, del 23 de diciembre de 1933, es: “Por fin. Tantos meses de espera. Tanto tiempo de incertidumbre. Ir. No ir. Morir. Vivir”. Lara escribe un diario sobre la Guerra del Chaco, pero el inicio me resuena especialmente porque el clima de incertidumbre y muerte es similar. Aquí no se trata de ir o no ir, no hay opción, no hay manera de escapar. Estamos en esto, queramos o no, y no hay cómo evadirlo. Esa sensación del gobierno de lo incierto es desesperante, angustiante. Esto es como una guerra, ya lo dijo Macron en Francia, el año pasado, y no se sabe el desenlace.

El caso es que ya estoy vacunado, lo que sin duda me da un respiro que sabe a cielo.

Diario (5-6-2021)

Sigo con la idea del diario, por el texto de Jesús Lara. Es un formato interesante, sugerente, de la narración de los hechos. Es cierto que tiene la prisión del tiempo, del orden, y no sigue un ritmo narrativo jugueteando con la intriga, el suspenso y el desenlace. Pero es un formato que tiene mucho que dar, especialmente a la sociología. Tal vez precisamente por no tener que regirse a los principios de la novela, el diario es un lugar que puede recibir observaciones de un valor sociológico notable. En definitiva, creo que es una de las líneas que debo impulsar en el futuro.

Compra culposa (7-6-2021)

Estoy en la puerta del Hipermaxi, en Obrajes. En la puerta hay un indígena, vestido con atuendos potosinos de fiesta,

28. Lara, Jesús, *Repete*, Ed. Juventud, La Paz, 1978.

vende cereal barato para el desayuno, trigo inflado con un poco de avena. Como voy a hacer el mercado gastando bastante dinero, y consciente de que estoy a punto de beneficiar a un gran empresario, decido favorecer al señor que está parado en la puerta del estacionamiento ofreciendo su producto. Soy generoso, adquiero dos bolsas, cada una a 15 bolivianos (poco más de 2 \$us). Llegando a casa, luego de sentir que he hecho un bien a un sector poco favorecido, recibo un regaño. Resulta que, en la puerta de mi casa, en la avenida 6 de Agosto, una mujer de pollera —no indígena— vende exactamente el mismo paquete en 7 bolivianos, menos de la mitad. No sé si sentirme engañado por el vendedor o por mi culpa de clase que me hizo adquirir el producto al doble de precio. Ya me había sucedido en México, conmovido por el teatral estilo de venta de un sector que saca provecho de su condición para posesionarse mejor en el mercado, termino comprando lo más caro. Algo tendré que aprender.

Intelectuales a la boliviana (10-6-2021)

Entre mis tantos pendientes, está escribir un día sobre los intelectuales bolivianos. Yo estoy tan acostumbrado a la profesionalidad mexicana, para bien y para mal. La carrera en México se la hace con muchos libros, evaluaciones, capitalizando cada uno de los productos. Hay una plataforma, un formato estandarizado, y de eso incluso depende nuestro salario.

En Bolivia la tradición intelectual es completamente distinta, estructuralmente frágil —nadie vive de publicar—, y sin embargo intensa y lúcida. Me pregunto cómo se fabrica un intelectual aquí, sabiendo que no tendrá ni reconocimiento social, ni económico. Días atrás compré el libro de un chico de un poco más de 30 años que tenía una mesita en el atrio de la UMSA y vendía su texto, fruto de su tesis de licenciatura.

El tema no me interesa, y el enfoque menos, pero me pareció maravilloso que un autor esté vendiendo su producto ahí. Los intelectuales bolivianos tienen una vocación que se sostiene sobre todo en la necesidad de comunicar, de pensar, sin que eso tenga réditos profesionales, económicos o políticos. En cierto sentido, eso es lo que ha aplanado el sistema de medición y estandarización instalado en otros países. Ahora en México uno escribe más pensando en los dictaminadores que en el público, midiendo las palabras y los formatos para que lo publicado tenga un impacto directo en la carrera y el salario.

Novela política (10-6-2021)

He descubierto con mucho gusto a Jesús Lara. Estoy leyendo *Repete*, que, como lo dije, es un diario de la Guerra del Chaco. En cada episodio dialogo con mi abuelo, que fue con solo 16 años —¡más chico que mi hija Canela que tiene 17!—. Es un relato notable, intenso, detallado, ameno, dramático, de un episodio crudo de nuestra historia. Pero a la vez he encontrado el libro de entrevistas llamado *Tapuy Jayñiy*²⁹, que tiene un fabuloso prólogo-entrevista hecho por Luis H. Antezana. Y dos premios más: el libro contiene una entrevista a Lara que le hizo mi suegro, Daniel Rodríguez, en 1978, poco antes de morir; además, una carta a Loida, mi suegra, firmada por el propio Lara, escrita a máquina en esos papeles delgaditos, con su nombre y casilla impreso en la parte superior izquierda.

La entrevista inicial es un repaso cronológico por su biografía. Descubro el rol de Werner Guttentag, de los Amigos del Libro —cuyo lema recuerdo: “No leer lo que Bolivia produce es ignorar lo que Bolivia es”—. Él fue su editor de cabecera; discutían sus textos, lo promocionaba, le sugería, lo

29. Lara, Jesús, *Tapuy Jayñiy*, Ed. Amigos del Libro, Cochabamba, 1980.

vendía. Un lujo de empresario editorial con estimulante vocación libresca. En esos años (los cuarenta), Lara ya subraya los problemas del oficio: “Los escritores bolivianos sufrimos toda una tragedia para publicar nuestras obras. Hay autores bolivianos que llevan sus manuscritos a la tumba”³⁰. También se refiere al enclaustramiento cultural al que estamos sometidos: “yo sabía la tragedia del escritor boliviano; al escritor boliviano no se lo conocía absolutamente en el exterior”³¹.

Me gustó ver al autor repasar su propia obra, los entretelones de cada libro, sus públicos, sus éxitos y fracasos. Lara es claramente un intelectual vinculado a lo político, en dos sentidos. Por un lado, aprovecha muy bien la plataforma del Partido Comunista para sus viajes internacionales, sus traducciones, sus contactos con escritores notables vinculados al *jet set* internacional de esa posición ideológica (José María Arguedas, Pablo Neruda, Nicolás Guillén, etc.). Pero, por otro lado, dice de manera muy clara que su intención es poner en evidencia la dominación y el sometimiento del indio: “lo único que yo deseaba era ayudar al indio, despertar la conciencia del indio y predisponer a la gente, a la pequeña burguesía, a los obreros, en defensa y en apoyo del indio”³². En el corazón de su obra, está la intención política. No manifiesta especial preocupación por la forma, la experimentación, sino que se concentra en el contenido e impacto político. Eso, por supuesto, no va en desmedro de su trabajo, pero es un indicador claro del pilar —o uno de los pilares— en los que se sostiene su quehacer. En buena medida, esa posición acompaña a los intelectuales y pensadores de su época; pienso, escribo,

30. Ibid., p. 16.

31. Ibid., p. 17.

32. Ibidem.

compongo, pinto, canto para convencer, para posesionar una idea, para luchar por una gran causa. Finalmente, me llamó la atención que Lara declara sin tapujos su poca creatividad. Confiesa en referencia a su obra *Yawarminchij*: “como imaginación, yo no tengo ninguna agilidad, no concibo fácilmente muchas cosas. Pero conocí a un campesino, que ahora vive en el valle de Sacaba, que me contó una triste historia que le había sucedido”³³. El vínculo entre obra e historia en su caso es indisoluble.

Su interés narrativo va de la mano de una intención político-científica. Su obra *La cultura de los Inkas*³⁴ tiene la intención de mostrar la complejidad de aquella cultura, lo que le implicó una sostenida investigación en múltiples bibliotecas, revisando autores, cronistas y documentos para “dar una versión más o menos verosímil de lo que fue el imperio de los Incas, el grado de cultura al que llegó ese gran pueblo”³⁵. Se trata de honrar el pasado de un pueblo, acudiendo a la documentación más sólida para dar cuenta argumentada y seria de su importancia. En la misma dirección, su obra *Inkallajta Inkaraqay*³⁶, que en realidad es una investigación arqueológica realizada en los años veinte sobre aquella fortaleza incaica, tenía una pregunta que lo guiaba que era: “¿por qué fue construida esa fortaleza precisamente allí, en aquella altura solitaria y poco acogedora?”³⁷. La intención ahí es encontrar

33. Ibid., p. 41.

34. Lara, Jesús, *La cultura de los Inkas*, Ed. Amigos del Libro, Cochabamba, 1966-1967.

35. Lara, Jesús, *Tapuy Jayñiy*, Op, Cit., p. 53.

36. Lara, Jesús, *Inkallajta Inkaraqay*, Ed. Amigos del Libro, Cochabamba, 1967.

37. Ibid., p. 107.

la naturaleza del lugar para los incas, por lo que el libro es un informe sobre la incursión acompañado de fotos y mapas.

Cuenta Lara que el libro *Mi campaña con el Che*, que se refiere a su yerno Inti Peredo, sufrió tropiezos. El ELN le había pedido un prólogo, pero el jefe de aquella agrupación no estuvo conforme y lo vetó. Incluso un día a su editor Guttentag le enviaron una carta amenazante: “Si usted publica el prólogo de Lara, lo matamos”³⁸, y él mismo recibió amenazas directas. Curiosas formas de intervención de la izquierda armada sobre la producción intelectual.

Finalmente, Lara comparte su angustia frente a la escritura, no el placer romántico que muchos evocan: “Yo escribo con mucha dificultad, no escribo por placer, como alguien ha dicho que se escribe; yo escribo más bien con dolor, sufro al escribir y sufro casi los mismos dolores que una mujer pariturienta. De suerte que ningún libro ha salido con la facilidad, con el placer con que dicen otros. El satisfacer mis exigencias personales, el agradarme a mí mismo con mi trabajo me cuesta mucho. Escribo con mucha dificultad y mucha calma. Al día escribo cuando más una hoja, la cuarta parte de un pliego corriente tamaño oficio”³⁹.

Un dato curioso es que su libro *Repete* le costó un duelo. Un coronel no satisfecho con cómo fue retratado, lo desafió, lo que causó conmoción y reacción de algunos miembros de su asociación de excombatientes. Afortunadamente no pasó a más, pero es un reflejo de la furia de las letras y de un período donde lo escrito podía transitar hacia las armas y el sentido del honor.

Un autor notable.

38. Lara, Jesús, *Tapuy Jayñiy*, Op, Cit., p. 67.

39. Ibid., p. 70-71.

Primera comunión (24-6-2021)

Mi mamá me dio un recuerdo que encontró en algún lugar de la casa: la esquila en la que se invitaba a mi primera comunión. Es una tarjetita chica, doblada en dos. En la primera hoja, en la parte inferior derecha, hay un copón que tiene una hostia y una paloma blanca. Adentro, en letras doradas de distintos tamaños, dice: “PRIMERA COMUNIÓN DE Patricia y Hugo José Suárez Suárez. Iglesia de San Miguel Arcángel. La Paz, 14 de agosto de 1976”. En letras pequeñas, arriba, un epígrafe de San Ambrosio que mi madre dice que Lucho, mi padre, lo escogió con empeño: “No es parte de tus bienes lo que tú des al pobre; lo que le das le pertenece. Porque lo que ha sido dado para el uso de todos, tú te lo apropias. La Tierra ha sido dada para todo el mundo y no solamente para los ricos”.

Hay toda una historia por detrás. Mis papás dudaron respecto de que mi hermana y yo recibamos el bautizo católico. A pesar de que ambos venían de familias muy religiosas —por parte de mis dos abuelas—, ellos, aunque creyentes, tenían mucha reticencia respecto de lo que la iglesia pudiera darles a sus niños, además de ser, a diferencia de los abuelos, de izquierda (era plena dictadura de Banzer). Pero la presión social era demasiado fuerte, el colegio, el barrio y la propia familia reclamaban el bautizo. Accedieron a hacerlo, pero con muchas advertencias, y para librarnos del paso, yo que sólo tenía seis años entré al grupo de mi hermana, que tenía diez y estaba en edad de recibir los sacramentos. Mi papá quería saber el contenido de los cursos, así que regularmente debíamos comentarle lo aprendido. Lucho incluso escribió un artículo en el periódico *Última Hora* (30-04-1976) donde reflexionó sobre el tema que tituló “Clases de religión y las ‘preparaciones’ para la comunión”.

Lo interesante de todo esto fue cómo mi familia vivió una tensión no resuelta, el desfase de formar parte de un ámbito católico dominante, pero tener una posición política progresista. No encontraron otra opción, algún cura de la teología de la liberación que pudiera dar otra perspectiva de lo religioso, pero tampoco se animaron a quebrar con la iglesia y optar por no bautizar a sus hijos. Fue una solución intermedia: ni ruptura ni resignación. Lo que vivieron era parte de sus propias contradicciones, ser de clase media ascendente, con tradición católica fuerte, en una ciudad donde esa era la opción religiosa de referencia, y estar muy metidos en la lucha política socialista contra la dictadura. En parte, yo heredé todo aquello y lo resolví cuando llegué a México y pude insertarme al Centro de Reflexión Universitaria para el Compromiso (CRUC) que era el espacio de los jesuitas progres para la atención de los jóvenes universitarios también progres. De ahí, adelante, salió mi tesis y muchas cosas más.

Marcos Loayza: Metagrafías (26-6-21)

Marcos es un ser creativo que piensa con la imagen. Su primera película *Cuestión de fe* fue sorprendente, la disfruté cuando salió y la he visto varias veces, incluso la proyecté en mis cursos sobre sociología de las religiones en distintas universidades. También aprecié *Las bellas durmientes*, por su profundidad y crítica al desfase entre modernidad urbana e instituciones disfuncionales. Durante años no me perdía sus caricaturas en distintos medios de prensa, siempre agudo, inteligente y entretenido. Era una delicia, pensaba distinto, era imaginativo, sacudiéndose de todo discurso dominante. En junio, Marcos nos regaló una exposición llamada Metagrafías en la galería Puro de San Miguel. No me la perdí.

El sello de Marcos es que escribe desde lo visual. Recuerdo que, en alguna entrevista hace muchos años, contó que necesita de un pizarrón hasta para su vida diaria, para explicarles algo a sus hijos. Sea para la política o para la cotidianidad, Marcos está mirando y expresándose desde ahí. Su exposición lo refrenda. Al verla, me evocó a Remedios Varo y su peculiar surrealismo imaginativo. En sus cuadros sintetiza lo impensable, mezcla registros completamente distintos, “ilógicos”, atrevidos, en un solo dibujo. Cuerpos imposibles, híbridos, humanos y animales imbricados al capricho del artista.

Uno de los dibujos, titulado “Poema”, es un escritor sobre una mesa con un texto largo que casi se sale del cuadro y es ilegible. Me identifiqué, más allá de lo que Marcos haya querido decir. Yo lo leo como la angustia de las letras, cada frase cuesta, a veces no se entiende, busco las palabras, escribo, aborto, vuelvo a escribir.

También es admirable la elegante crítica política. Son cinco cuadros con imágenes crudas acompañadas de un texto pequeño texto al pie: “te quieren ... vacío”, “yo no miento, digo posverdades”, “vota antes de pensar”, “la culpa la tiene el otro”. Finalmente, una lapidaria definición de la utopía: “Sueños colectivos producen monstruos”. Vaya que en Bolivia lo sabemos, y todavía no hemos aprendido la lección.

Un último comentario, en el cuadro que evoca a Guamán Poma de Ayala, Marcos parece recordarnos que, en el fondo, aquel maestro colonial fue quien marcó un horizonte gráfico potente mirando a los siglos. Mi admiración hacia Guamán Poma es enorme, lo considero un gigante del pensamiento mundial, que precisamente, entre tantas cosas, nos enseñó, hace varios siglos, que se puede pensar y conocer dibujando. Marcos se reclama parte de aquella tradición que piensa con el lápiz, con el dibujo, con lo visual.

Plaza del Mercado Camacho (3-7-2021)

Estoy en el café colombiano Juan Valdez, ubicado en el mercado Camacho, a la salida del teleférico celeste. He paseado, con Summer, por El Prado. Me hice lustrar mis zapatos blancos con una señora, seguramente de mi edad, de origen popular, que estaba sentada en la banqueta de la fuente al frente del cine Monje Campero. A su lado, otro lustrabotas, varón, que *clefeaba* sin disimulo, lo que además se veía reflejado en el rostro. Le di 5 pesos —la lustrada suele costar dos pesos—, no tenía cambio, y le dije que no se preocupara. A unos metros había marionetas, o algo así. En un pequeño escenario, con el Illimani al fondo, colgaban dos esqueletos con lluchos y guitarras emulando un concierto, y el titiritero los movía, mientras salía de un amplificador música de los Beatles. En la cuadra del frente, donde hace poco el gobierno inauguró el edificio regalado a la Federación de Mineros, múltiples vendedores habían tendido sus mantas y en ellas ofrecían productos de distinta naturaleza, desde carteras, chamarras, hasta tarjetas de celular o memorias USB. En la esquina, los migrantes venezolanos, con sus niños pidiendo limosna en los semáforos. Entretanto, gente, familias, cholitas, jóvenes, parejas, entre el paseo o el enamoramiento. Algunos con sus helados, otros solo caminando. Por cierto, muchos borrachos por todos lados, sobre todo varones jóvenes.

Del lado del mercado Camacho, la plaza que se ha remodelado hace algunos lustros es impresionante, es parada del Puma, y ha sido complementada con el teleférico que tiene un par de años de ser inaugurado. Ahí he visto muchos jóvenes hacer coreografías para TikTok, grupos bailando, ensayando, bicicleteando, tocando música (en este momento un grupo interpreta música de los Kjarkas, mientras escribo y empieza a anochecer). Tal vez sea el mayor logro urbano que combina

un paisaje extraordinario, custodiado por el Illimani, con una apropiación fresca y espontánea de pacaños que hacen de ese espacio su lugar.

La ciudad ha cambiado mucho en mis años de ausencia. Los semáforos más importantes tienen cronómetro que organiza la cruzada de la calle, aunque alguno de ellos es ridículo: el de la esquina Camacho y Bueno dura 6 segundos, imposible pasar en ese tiempo ni caminando rápido. El sentido de las calles es nuevo, más ordenado. Cuando manejo, sobre todo en San Miguel, o en Calacoto, me pierdo con dificultad y no sé cuál es la dirección correcta. He cometido muchas infracciones, por suerte no hay un control estricto. Lo propio, con las nuevas rutas, con los puentes por varios puntos, se han abierto caminos antes inexistentes e impensables. El sentido de lo urbano, la manera de habitar la ciudad se ha modificado, algo de eso observé en mi libro sobre La Paz, hoy lo vivo. Ah, los letreros luminosos son invasivos, están en lugares clave y emiten montón de luz no solicitada.

Cumpleaños de Betinita (3-7-2021)

Mañana 4 de julio es cumpleaños de mi mamá. La Pati ha organizado un evento familiar muy emotivo, con la participación de todos. Es el primer cumpleaños que pasamos con ella en La Paz desde mi partida, hace 17 años. Va a ser un encuentro lindo. Mis hijas nunca la han festejado en San Miguel. Le estamos regalando unas fotos de ella con mis niñas, cada una le escribió algo, Cathia le hizo una joya en plata, además de que están haciendo *cupcakes* de zanahoria para el postre.

Bicicleta y ciudad (6-7-2021)

He empezado a escribir sobre mis paseos en la ciudad. No he ido lejos, pero algo hice. Quisiera que cada rodada importante fuera acompañada de un ejercicio escritural. Incluso quería hacerlo colectivo, un grupo “escribir y pedalear”, algo así. Poner en teclas lo que se vivió en las ruedas. Por lo pronto tengo un par de relatos, ahí van.

Alto Següencoma

Bajé por la avenida Kantutani, tomé la Costanera y al llegar al final de Obrajes, en vez de continuar recto, subí por la desviación hacia Alto Següencoma. Años que no había ido. Pasé por la casa de la Achi y Herbert Müller, antiguos amigos de mi madre, y pude ver desde la distancia la cúpula de la capilla que construyeron en su singular domicilio. Ellos compraron un terreno inmenso cuando la zona no era más que un cerro, y edificaron su casa poco a poco, a su antojo. Alguna vez entré, era extraña pero armónica, con detalles hiperpersonalizados. Lo que más me conmovió fue que, como Herbert fue militante del MIR, dedicó un espacio al recuerdo de los 8 asesinados el 15 de enero de 1981.

Recordé que esa meseta era, en realidad la parte alta de mi colegio, el San Ignacio, y que, si trepábamos la montaña hacia arriba, la alcanzábamos. Era la frontera, el límite de la escuela.

Visto desde arriba, uno está en un barrio flanqueado por dos precipicios, con varios espaciosos y cómodos parques en el centro. Tuvieron a bien construir miradores a ambos lados, aunque en el mirador derecho, que da al poniente, pusieron los bancos mirando a la calle y no al magnífico cerro rojo por donde entra el sol. El mirador hacia la salida del sol es fabuloso, se observa la montaña en punta del fondo del sur que siempre me ha parecido un volcán, la Muela del Diablo,

y todo Calacoto. En la tarde fui con mis niñas y les expliqué que, cuando era chico —digamos hace unas cuatro décadas— no había ni un solo edificio en la avenida Ballivián, que hoy no tiene cuadra sin una gran construcción. Eran puras casas generosas con amplios jardines.

El barrio parece una urbanización privada natural, solo tiene dos entradas, lo que lo hace compacto y coherente, elevado, iluminado, con sol de mañana y tarde, y una vista panorámica hacia el sur. La mayoría son casas de dos pisos con jardín, unos pocos departamentos. Un lugar ideal para salir a caminar por el barrio seguro, aunque tiene el problema —como toda urbanización cerrada— de que para llegar a otro barrio hay que ir en coche. En la tarde volvimos con la familia y comimos viendo el paisaje; las casas en las que pegaba el sol de la tarde tenían las ventanas y puertas abiertas por el calor de los rayos, en pleno invierno, cosa poco común en La Paz.

Seguí mi ruta por la pequeña calle —ahora empedrada, no asfaltada como las otras— que desciende al fondo del barrio, llegué al Club Litoral —ignoraba su presencia— que tiene incluso una cancha de fútbol entre los cerros. Subí a la montaña roja que se ve desde San Miguel, aquella que veía desde mi jardín en mi infancia y que poco a poco ha ido forrándose de casas. Trepé un poco, hasta la mitad, y vi desde el punto opuesto al de cuando era niño, ahora entre las construcciones que habían invadido el paisaje.

Bajé por Següencoma y antes de llegar al Puente de Las Cholas continué hacia el sur, bordeando el cerro rojo, hasta llegar al puente que sale al Tenis Club. Subí lentamente por la Costanera y Kantutani hasta la 6 de agosto. Hice 20 kilómetros en dos horas y media. Camino asfaltado, no muy exigente, pero la subida de vuelta sí es cansadora. Definitivamente la bici te lleva al lugar de los recuerdos.

Puentes de Sopocachi

Salí con la intención de medir un circuito cercano a mi casa, en Sopocachi. Partí de la avenida 6 de agosto y Aspiazu. Bajé hacia la Cancha Zapata y agarré la avenida del Poeta hasta San Jorge. Recorrí los trillizos, subí por la Arce hasta la plaza Isabel la Católica, tomé el puente de las Américas, luego el de al lado, y retomé la Arce de subida. Como todavía tenía entusiasmo, volví a bajar por la avenida del Poeta, ahora hasta la calle 1 de Obrajes, y subí por la Kantutani hasta la 20 de Octubre, para llegar directo a casa. Hice en total 13 kilómetros. El primer circuito, fueron como 6; lo que hacía de mi casa en Montmartre a la Biblioteca Nacional de Francia, en París.

Es un recorrido tranquilo (sin contar la Katuntani), agradable, con poco tráfico —especialmente a esa hora: 7:30 de la mañana—. La avenida Arce es la que más me gusta de la ciudad. Sus casonas del inicio son preciosas, algunas memorables. Cuando puedo, bajo caminando toda la avenida hasta San Jorge y vuelvo a subir, por el placer de ver casas y caminar a gusto.

Los cinco puentes (Trillizos, de las Américas y su vecino, que no sé cómo se llama) son de las construcciones más bonitas que se han hecho en las últimas décadas. Los paceños somos gente de montaña, nos gusta mirar desde lo alto, llegar a los precipicios para tener vista llana. Los puentes reforzaron nuestra relación con la naturaleza. Por un lado, unieron barrios con historias completamente distintas (Miraflores y Sopocachi, o Alto Obrajes y San Jorge), lo que hizo que la ciudad fluya y se interconecte de otra manera; pero, por otro lado, nos dieron la posibilidad de sentirnos al medio de los cerros, ahí donde jamás pudimos estar, y mirar desde el aire. Nos amplió el horizonte y nos cambió el punto de vista. La ciudad es otra cuando la miras colgado entre dos montañas, no es igual. Adoro pasar por los cinco puentes, especialmente por los dos que unen Miraflores y Sopocachi. Más cuando está amaneciendo

o cuando se pone el sol. En mis vueltas ciclistas mañaneras, mientras atravieso los puentes, recuerdo los paseos regulares que tenía en París al lado del Sena, luego de ver la Torre Eiffel. En ambos casos, disfrutando lo mejor que ofrece la ciudad.

Recuerdo cuando fue inaugurado el puente de las Américas, en 1993. Se trató de un acontecimiento importante, quebraba con el principio urbano que había regido hasta entonces. Nunca antes se había hecho un puente de esas magnitudes, lo que implicaba vincular los barrios por los cielos, sin necesidad de hacer una avenida en la tierra, sin importar si había derrumbes. Se abría otra idea de ciudad, otras dimensiones. De ahí hasta el teleférico, todo ha cambiado, nos hemos adueñado del cielo como manera de desplazarse, y hemos sofisticado todavía más nuestra mirada.

Subir por la Kantutani fue un desafío. Hace unas semanas me lo planteé de ese modo, y ahora no la siento tan pesada —cosas de la bicicleta, entrenas, y todo es más fácil—. Al recorrerla me acordé de cuando la hicieron. Yo era adolescente, ahí por los ochenta. Hubo una discusión porque el terreno era muy malo y en poco espacio había que subir muchos metros. Por eso, tantas curvas cerradas, lo que hizo que a los pocos meses de su inauguración ya tuviera sendos problemas. No funcionaba. Tuvieron que reforzar el piso con cemento y acero en algunos tramos. Esa avenida fue la que vinculó Sopocachi con el sur sin pasar por Obrajes, fue un quiebre en la movilidad, se llegaba desde el centro hasta el sur en pocos minutos, y sin tráfico.

Pero una de las ventajas de moverse en bicicleta es que se puede parar donde uno quiera. A media Kantutani está la plaza Ignacio de Loyola, inaugurada el 2014, conmemorando los 200 años de la restauración de la Compañía de Jesús. Está ahí la estatua de San Ignacio y, en las losetas del piso, las promociones del colegio, prácticamente de todas menos de los

Pumas 1987 —la mía— no sé por qué. En los puentes también hay dos símbolos religiosos. En el puente de las Américas, en el extremo miraflorentino se encuentra la Virgen María Auxiliadora, y una placa de Don Bosco. En el puente vecino, una placita, homenaje al sacerdote jesuita Benieto, director del San Calixto y luego del San Ignacio, además, amigo de mi papá desde cuando era niño e iba al colegio Sagrados Corazones de Sucre, también de los jesuitas. Por supuesto que yo lo conocí, hablé con él en algunas ocasiones. Es curioso, pero en los tres lugares, las referencias religiosas vienen de la gestión de Luis Revilla, claro, él salió del San Calixto y es practicante católico. Hay una geografía religiosa en la ciudad.

San Antonio y la promesa de mamá Elena, recordándola en su cumpleaños (8-7-2021)

Mi abuela mamá Elena tenía una fe ciega en San Antonio. Múltiples fueron las razones. La primera promesa fue aquella que hizo cuando, a principios de los años 60, le dio paludismo a un sobrino suyo de la edad de su hijo Fernando, antes de cumplir su primera década de vida. Vivían en Santa Rosa, Tupiza, y aquella enfermedad era muy temida, al sobrino hubo que llevarlo fuera del país para curarlo. Elena prometió que, si no le daba la temida enfermedad a su hijo, lo vestiría con sotana durante un año. Y fue así, por lo que tuvo que cumplir. El problema vino en lo operativo, pues Fernando los primeros días lo tomó como un distintivo —“el padrecito”—, pero a las semanas se convirtió en motivo de burla en el colegio, que estaba en pleno campo. Los días se hacían más complicados porque, con el calor de la zona, un niño con pantalón y sotana era incomodísimo, así que optó por mandarlo solo con sotana, es decir prácticamente tenía un vestido. Los juegos infantiles eran muy complicados, el lazo se enredaba, y cada que tenía

que bajar por el tobogán precario de la escuela tenía que pasar por vergüenzas y afanes para lograr un poco de diversión. El hermano de Elena le dijo: “por qué el pobre niño tiene que cargar con tu promesa, eres tú quien debería vestirse de manera especial, no él”. Si bien la idea inicial era un año de sotana, en el camino llegó la vacuna contra la polio y Fernando tuvo acceso a ella, por eso Elena decidió vestirlo normal luego de seis meses. Ante la pregunta de qué iba a hacer con su promesa, dijo: “ya le he explicado a San Antonio”.

En otra ocasión, el mismo santo le cumplió. Uno de los amores más fuertes de Elena fue Líber Forti, con quien sostuvo una relación larga, intensa, apasionada, hasta que un día lo encontró acariciando los pechos descubiertos de una mujer. Solo tenía una salida, acudir a su santo cumplidor, le pidió “que no se me moviera un pelo cuando lo vea”. Gracias a la petición, pudo dejarlo, con mucho llanto y dolor, pero terminó su amorío. No estoy seguro sobre aquello de “que no se me mueva un pelo”; la última visita que Líber nos hizo a la casa de San Miguel, ya ambos septuagenarios y con mucha agua recorrida por ambos puentes, las miradas y la plática dejaban escapar que, a pesar de todo, algo se movía.

Hasta sus últimos días, Elena guardó devoción fiel a San Antonio. En su cuarto tenía en un altar su imagen a la que veneraba y prendía velas diariamente —alguna vez causó un pequeño incendio en casa—. Cuando murió, esa imagen de San Antonio, que la había acompañado toda la vida, se fue con ella en el féretro, para acompañarla también en la muerte.

Frases de Carlos Fuentes (9-7-2021)

Me encontré, hurgando en los libros de mi biblioteca rescatada de las cajas que albergó 17 años en su casa mi madre, la revista *Decursos*, y ahí un artículo de Carlos Fuentes. Primero,

una cita que hace Fuentes de Walter Benjamín, que yo reproduje en varios lugares: “La tormenta es lo que nosotros llamamos el progreso”. Luego, dos frases del propio Fuentes: “La razón es la excepción, no la regla”, “la felicidad y el éxito son tan excepcionales como la lógica; la experiencia más generalizada del hombre es la derrota y el sufrimiento”⁴⁰. Buenas lecturas me acompañaban en aquellos años. Cuánta sabiduría.

Volver, propio y ajeno (10-7-2021)

Me vi con una amiga de antaño, que estudió la licenciatura en sociología en la UMSA, a finales de los 90, persona clave en la era previa al *masismo* en el poder. Hablamos de muchas cosas.

Primero, la sensación de irse y volver. Hace años escribí una reflexión en mi libro *Sueño ligero*⁴¹ sobre la nostalgia de estar afuera, volver y sentirse propio y ajeno. Yo vengo sintiendo esa extraña sensación de no ser completamente propio ni completamente ajeno hace décadas, desde que en 1988 decidí partir. Esta es mi vuelta más “definitiva”, si la palabra “definitividad” tiene sentido en mí. Por eso todo es extraño, todo es sorpresa, y al mismo tiempo todo es conocido, familiar. He escrito sobre el tema, aunque nada sistemático ni ordenado. La magia o condena que tenemos los paceños, las “cadenas que nos atan” —diría Casazola— a la tierra, pero que a la vez nos expulsan con igual contundencia. Pero la vuelta a Bolivia que mi amiga tuvo en esta ocasión fue diferente, pues estuvo atravesada por lo político. Me explico.

40. Carlos Fuentes, “Constancia y otras novelas para vírgenes (fragmento)”, en *Decursos*. Revista de Ciencias Sociales, Año 1, Número 1, abril, 1995, p. 39-41.

41. Suárez, Hugo José, *Sueño ligero. Memoria de la vida cotidiana*, Ed. Gente Común, La Paz, 2012.

Aquel desfase permanente, fruto de haber partido y volver luego de una temporada, se lo vive en la familia, en la ciudad, con los amigos. Sin embargo, en este particular período, dejar el país coincidió con un proceso de decadencia política. Cuando nos fuimos —ella y yo, cada quien por su lado— nuestros amigos eran eso, amigos de café, de farras, de ideas, de colectividades que pronto devinieron en autoridades. Nos salpicó el entusiasmo, ella trabajó en el Estado, yo no, aunque apoyé con mis escritos. Con el tiempo, poco a poco los camaradas se sacudieron de su pasado y se convirtieron en funcionarios. De militantes a profesionales del poder, y actuaron en consecuencia. Cuando ella vuelve, se encuentra con un gobierno autoritario, corrupto, que había olvidado todo lo que algún día había sido su principal motivación. Con avances, con contradicciones, con reformas fabulosas, pero a la vez con un lado oscuro y vergonzoso. Todo envuelto en palabras fuertes, socialistas, melosas, cargadas de historia, pero ya sin ningún contenido. Todos poderosos, viviendo en casas fabulosas, con salarios notables, con todos los micrófonos y las cámaras para amplificar sus palabras. Se convirtieron en lo que criticábamos. El desfase de volver en múltiples dimensiones, en lo político tuvo una fuerza desgarradora.

El caso es que compartimos nuestro sentimiento de volver a un país donde la cuestión política no es nada estimulante, donde la izquierda oficial es impresentable. Me quedé con la idea de que deberíamos escribir un libro con varias personas con las que compartimos ese sentimiento de malestar. Tal vez lo haga, invitar a muchos que desarrollen una respuesta a las siguientes preguntas: ¿Cómo es, cómo vives, cómo sientes tu malestar con la política?

Irse a estudiar al exterior (12-7-2021)

Se acerca la fecha en que mi hija Canela decidirá qué hacer en la próxima etapa universitaria, en unos meses terminará el colegio y tendrá que tomar una decisión. Eso me puso a pensar en el hecho de irse a estudiar la universidad afuera. Llego a esta reflexión mientras voy repensando y releendo extractos de *Regreso a Reims*, de Didier Eribon⁴². Él deja su pueblo y vuelve luego de varios años, tras la muerte de su padre (de eso trata el libro), y analiza el porqué de su partida que le permitió sacudirse de su clase social, de sus prejuicios pueblerinos, de la moral sexual, especialmente importante para él, pues es homosexual. Para mí, estoy convencido de que irme de La Paz a los 18 años me permitió “descollar”, dejar atrás mi prisión de clase, el horizonte chato y frustrante de una élite prisionera de sus prejuicios. Pero sufrí, mucho, y me pregunto si no había otros caminos, me cuestiono todavía si valió la pena.

Salí, hay que recordarlo, a los 18 años, en 1988. Curiosa contradicción, para escapar de mis ataduras de clase, seguí la aspiración de clase más anclada en mi generación que era salir a estudiar fuera del país. Casi no me puse la pregunta de otras opciones, fluía, era “lo normal”. Lo claro era que iba a salir, la pregunta era dónde. ¿Por qué esa necesidad de irse? ¿Por qué mi horizonte de posibilidad no me abría otras opciones? ¿Estudiar en La Paz, en Cochabamba, independizarme dentro de mi ciudad? ¿Cambiar de medio? ¿Viajar para conocer, pero volver a casa para estudiar? En fin, había muchos caminos, solo tomé uno: irme. Era claramente una decisión que estaba en el marco de lo que mi generación y mi clase veía como “lo correcto”, “lo que había que hacer”, lo “natural”, un paso ineludible, una manera de ser adulto. Y así fue, partí,

42. Eribon, Didier, *Regreso a Reims*, Ed. Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2017.

y finalmente desde aquel junio de 1988 se abrió una brecha, una tensión que hasta hoy no termino de resolver. Muchas veces me pregunté si hice lo correcto y todavía no tengo respuesta certera. Quizás fue lo “correcto” para ese momento, pero cuando recuerdo las tardes de llanto solo en mi cuarto, grabando casetes —de los antiguos— a mi mamá y mi hermana, cuando repaso lo desgarrador que fue cada vez volver a partir, desde aquellos jóvenes años universitarios hasta cuando ya era profesional, cuando vuelvo a recordar los autoengaños que me decía a mí mismo para poder aguantar la distancia, cuando tenía que repetirme que estar afuera no lo podía ver como castigo, sino como oportunidad, me pregunto y vuelvo a preguntar si tomé la mejor decisión.

Y, bueno, se dice que no hay que juzgar un tiempo con los parámetros de otro, tal vez sea cierto.

Coroico (27-7-2021)

Como dije, pasé unos días en aquel pintoresco pueblo yungueño. Pero más allá de lo vivido en familia, que fue fabuloso, contemplando atardeceres y jugando con mis hijas en las noches (además de conocer a Mic y el proyecto de Senda Verde), visitar Coroico fue desolador. Hace un par de décadas, aquel era un lugar promisorio. Por un lado, la cultura afroyungueña empezaba a abrirse paso en La Paz, a través de locales, música y múltiples intercambios; por otro lado, la emergencia de una cultura alternativa urbana muy sopocacheña, se extendía a todo Yungas, y en particular a Coroico. Se abrieron una buena cantidad de locales gastroculturales y surgieron varios emprendimientos de distinta naturaleza (desde el cultivo de equinácea, hasta la protección de animales). Se creó una fluida relación entre sectores rurales y urbanos, una dinámica virtuosa que beneficiaba a todos. Pero eso ya pasó.

En dos décadas el pueblo ha recibido una inyección de capital importante y “desarrollo” considerable. Hay gas domiciliario, carretera asfaltada. Pero el patrón del crecimiento ha estado marcado por lo peor del capitalismo urbano sin rumbo: multiplicación de comercios de productos fáciles de contrabando (chinos, ropa usada, etc.), toma de calles y plazas por el comercio informal, ingreso de vehículos sin control (la mayoría de los autos son “chutos”, sin placas, y todos tienen un dinero para adquirirlo y mantenerlo), la construcción de edificios en espacios mínimos que matan toda la vista del pueblo e insertan una lógica de “cholet” sin el esplendor de aquellos que se edifican en El Alto. Por otro lado, no hay ningún cuidado de la naturaleza ni de los productos locales. Mic —que vive en casa de Carmen y Matthias—, cuenta que los incendios forestales están a la orden y la contradicción es que muchos de ellos se generan por descuido absurdo: en agosto la temporada más seca, para festejar a la Pachamama se hacen múltiples rituales con fuego, se toma alcohol, se emborrachan y al final poco importa el cuidado de la tierra, pues dejan que el fuego se extienda por muchas hectáreas. El poco cuidado del bosque ha hecho que Coroico ya sufra de falta de agua (a veces se da solo dos horas al día) y que el bosque esté desapareciendo poco a poco. Dramático.

El patrón del desarrollo, de lo que podríamos denominar un capitalismo salvaje comercial vestido con discurso indigenista, ha destrozado la vida cultural emergente, la cultura local, ha instrumentalizado la relación con la naturaleza y en poco tiempo se habrá perdido demasiado. Es brutal lo que puede hacer el crecimiento anárquico, tenebroso. Por suerte, hay algunos pocos proyectos que están en pie, habrá que ver hasta cuándo.

La creación (5-8-2021)

Hace unas semanas estuve con Marcos Loayza, y unos días atrás con Gabriel Mamani. Con ambos hablamos, además de múltiples tópicos, de la creación. Cómo hacen sus historias. Gabriel me comentó que no escribe “en caliente”, sino que va digiriendo una idea, la va llenando con notas, “investigando”, indagando, recolectando información, pensando personajes. Toma muchos apuntes y va construyendo la historia. Cuando ya tiene todo más o menos claro, empieza la redacción, y ahí se concentra con todo. Horas de trabajo ininterrumpido, desconecta su celular, lo pone en “modo avión” y escribe. No mucho, puede estar tres horas y solo le sale una página, le cuesta.

Por otro lado, es de los pocos escritores que viven de eso, de las letras. Vende sus libros donde puede, pero sobre todo da clases de castellano, traduce del portugués, hace artículos que le encargan, edita, etc.

Rezos en el cementerio (15-8-2021)

El 21 de agosto se cumplen 50 años del asesinato de Mauricio Lefévre. Como voy a dar una conferencia sobre el tema, el sábado fuimos con la familia a su tumba al Cementerio General. Al frente de la lápida apareció una mujer “rezadora” ofreciendo sus servicios. Accedí y empezó a hacerlo. Entendí poco, la mayoría era en aymara —idioma que, para mi vergüenza, no manejo—. En su rezos repetitivos y aprendidos, nada improvisado, a ratos acudía al castellano en algunos términos, y mi familiaridad con esas expresiones religiosas, me indicaban que estábamos frente a oraciones al interior de un catolicismo sincrético. Ella estaba vestida de pollera, con trenzas y se cubría con una manta. Cuando iba por la mitad, apareció un hombre de unos 40 años, con barbijo y notorios rastros de

alcohol en el cuerpo. Ofreció sus rezos, le dije que no, igual empezó. Lo hizo hablando en castellano, fuerte, contundente. Utilizaba el repertorio católico, improvisaba, hablaba de cómo nosotros recordábamos a Mauricio Lefébvre —había leído su nombre en la tumba— y cómo seguía vivo porque lo queríamos. Primero terminó ella, le di un dinero y se fue; luego lo hizo él, y dijo que, si bien no había pedido dinero al principio, si queríamos darle lo agradecería mucho. Por supuesto que no lo hice, y se marchó.

Es curioso: por un lado, la mujer representaba el rezo más tradicional del cementerio, en aymara, doliente, repetitivo, humilde. Por otro lado, él era un varón urbano, ebrio, bien vestido, aprovechando la circunstancia de un mercado de oraciones y dolores, además de su cultura católica, para obtener unos pesos. Él hablaba más fuerte, apagaba a la señora, se imponía, incluso se impuso a nosotros pues siguió con lo suyo a pesar de que no le dimos autorización. Siempre he pensado que el cementerio es una ventana a nuestras entrañas.

Libros de herencia (16-8-2021)

Mi mamá me regaló algunos libros que estaban en su biblioteca y que podían interesarme. Hay algunos títulos interesantes, de distintos orígenes, que muestran un poco la trayectoria intelectual del hogar. De mi papá llega *Marx y Engels* de Rianzares, una edición argentina de 1922. El libro en papel antiguo está forrado con cartulina —el título, con marcador, puesto por mi padre— y envuelto en plástico grueso. *Estratificación social* (Barber), de 1978, seguro de los últimos documentos que adquirió papá, probablemente en su estancia en España o luego de su viaje a México por aquellos años. *Antropología social* (Evans-Pritchard), trae el nombre y dos apellidos de Luchó en la primera página, con el año: 1970. Seguro lo adquirió

en Madrid antes de volver a Bolivia. Yo descubrí a Evans-Pritchard en Nueva York, lo disfruté mucho. Un discurso de Luis Sánchez Agesta titulado *El cardenal Angel Herrera y la enseñanza superior*, editado por la Universidad Pontificia de Salamanca, ahí donde mi padre estudió; es del año 1968, cuando vivían en Madrid. *Sociedad y ejercicios de razón*, de Octavio Uña Juárez; el libro trae una indescifrable dedicatoria a Luis Suárez Guzmán. Octavio Uña dijo cosas bonitas de mi papá, reprodujimos alguna en su libro póstumo; intenté contactarlo, pero sin éxito. Entiendo que eran muy amigos, él era su profesor. Supe que fue al Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM antes de que yo llegara ahí. Como no estuve en Madrid en las últimas décadas, no hubo cómo buscarlo, ojalá lo pueda encontrar si sigue vivo. *Nicola I y el pensamiento social contemporáneo*, de Romain Rolland. No tiene año, salvo que el prólogo hecho por Alfonso Bernard está firmado en 1922 (en Buenos Aires). Es de papel antiguo, mal encuadernado, trae un sello que dice Santa Rosa, Suipacha, Bolivia. Imagino que es un documento que viene de mi abuelo José María. Finalmente, un libro muy bien encuadernado de J. M. Guyau: *La irreligión del porvenir*, de una editorial bonaerense (1947). Imagino que también viene de José María.

Los libros, más allá de su contenido, me hablan de la herencia intelectual familiar. Mi abuelo, mi padre, mi madre, todos contribuyendo con algo. La biblioteca de mi mamá tiene varios volúmenes así cargados de historia. Lindo escarbar en los recuerdos familiares a través de los libros viejos.

Esguince de tobillo (27-8-2021)

Fui al café Roaster en la plaza Isabel La Católica, por la mañana, temprano, como a las 9:30, antes de una reunión de trabajo. Llegando, al pretender sentarme en la silla donde le da

el sol, me dijo el barista que estaba reservada para un cliente que ya iba a llegar. Nunca me había pasado, me enojé y me largué. Subí hacia la avenida 6 de Agosto y, al intentar cruzarla, mi pie pisó en el borde de la calle por donde se supone pasa el agua cuando llueve, un rincón claramente descuidado. Tronó mi tobillo con aquel sonido que se produce al apretar los dedos con fuerza hacia la palma de la mano. Me caí, mi libro y libreta volaron, me senté en la acera por el dolor. Me incorporé con dificultad y me apoyé en la pared cercana. Esperé a que pasara el impacto y continué mi ruta, ya no hacia el otro café sino más bien en dirección a mi casa. Quise llegar al café Botánica —en el camino— pero estaba cerrado, abre a las 10 de la mañana. Entré al café Urbano, horrible servicio y café desastroso, por eso nunca voy, pero esta vez accedí para tomar impulso. Llegando a casa, me puse una pomada y vi la hinchazón en la zona lastimada. Le escribí a mi doctor y le envié una foto. Todavía tenía dolor y me quedó claro que requería atención médica, tenía dudas de si había alguna fractura. Fue día de marcha y bloqueo de los mineros, salimos en auto, rumbo a la clínica con mi esposa, pero no llegamos lejos, todo estaba bloqueado. Abortamos plan, tuve que caminar unas cuadras para volver a casa. Esperé pacientemente toda la tarde hasta que desbloquearan para poder salir. Recién a eso de las 8 de la noche llegué a la clínica, me atendieron, me sacaron radiografía y el diagnóstico fue esguince. Solo hubo necesidad de vendar y pastillas para el dolor y la inflamación. El seguro pagó todo, salvo la venda. Han pasado dos días, ya voy mejorando, pero este fin de semana no podré salir en bicicleta, es lo que más duele. El episodio me hizo pasear por distintos ámbitos de la vida social en La Paz. Primero, un incómodo incidente en la cafetería, el barista que arbitrariamente le guarda lugar a un amigo suyo porque le da la gana, seguramente recibe algún rédito por su generosidad. Luego, las calles de Sopocachi que

están tan desatendidas; llama la atención que, siendo un barrio de mucho tránsito e historia, pueda tener esos descuidos. Los peatones son el último eslabón de la vida en la calle, las autoridades se ocupan muy poco de ellos. Cuando llueve, ni hablar, es inminente el riesgo de caerse por lo resbaloso de las losetas. En La Paz no se impulsa, no se cuida al peatón, no se adecúan los espacios públicos para caminar cómodamente. Imagino que envejecer en estas calles debe ser patético y habrá un momento en el que será prohibitivo salir. Con los años, caminar por la ciudad se convierte en un deporte de alto riesgo. Luego, mi actitud de enviarle a mi doctor personal, a quien le tengo confianza y de quien sé el número de su celular, los por menores de mi incidente. En la tarde, intentar desplazarme, pero no poder hacerlo por un bloqueo por alguna demanda social que simplemente no me deja ir al doctor. Finalmente, acudir a la clínica privada más cercana, ser atendido, no pagar, porque lo cubre mi seguro, y volver a casa. El incidente del esguince me hizo atravesar por las entrañas de lo pacheño: el espacio público (mal atendido por las autoridades y tomado por manifestantes), el sistema de salud (privado, con base en relaciones de confianza y cercanía impensables en otro contexto como Francia —nadie tiene el celular de su médico allá, se va al servicio público de emergencias—), la relación basada en algún tipo de prebenda entre barrista y cliente. Me queda claro que estoy en La Paz, en el corazón de un tejido social compuesto por múltiples dinámicas complejas.

Sajama en bici (29-9-2021)

Un mes que no toqué el diario. Tal vez hay suficientes razones, desde la carga de trabajo, comisiones, tareas pendientes, hasta la natural pérdida de entusiasmo en este proyecto, a menudo

incierto, con un futuro poco claro. Y sin embargo hay mucho que decir.

Pasó la Feria del libro, puse, primera vez en mi vida, una pequeña mesa con mis textos y anuncié que ahí estaría para firmarlos. Fue una experiencia curiosa. Se vendieron varios títulos, pude hablar con algunas personas que se acercaron, explicarles mi obra, cada uno de mis documentos. No faltó quien se quedó unos minutos escuchándome y preguntando. Interesante.

Por otro lado, empecé una “columna visual” en la revista virtual *Rascacielos*. Se trata de publicar sobre todo fotografías, con algún pequeño texto. Es interesante porque se materializa uno de mis anhelos de antaño: un espacio donde la narración sea a partir de las imágenes. Probablemente cuando acumule una serie, podré publicarlas como un libro aparte.

Hicimos un viaje con el club Bicisur al Sajama, en bicicleta —bueno, en coche y luego en bici—. Fuimos toda la familia, una maravilla, pero confirmo que lo mío es la bicicleta urbana, lo demás me cansa demasiado y termino por no disfrutarlo. La semana pasada hice mi primera salida propiamente urbana, vestido “normal”, fui a un café, amarré mi bici en la puerta, y me puse a trabajar, como lo hacía en París. Fue buena la experiencia, intentaré replicarla, porque hasta esperar que oficialmente se brinden las posibilidades de movilidad ciclística en la ciudad, pueden pasar décadas, si llega...

Vuelvo al Sajama, el viaje fue extraordinario, he incorporado esa montaña a una de las maravillas de Bolivia (al lado de Copacabana y el Salar de Uyuni). Me encontré con una señora local —que nos rentó sus aguas termales para bañarnos— que me contó que tiene una hermana en Buenos Aires y otra en Chile. Ella nunca las ha ido a visitar, pero está en contacto. Dice que una temporada se enfermó, tuvo que dejar sus tierras y algunos vecinos le robaron llamas y corderos; también

me dijo que estaba en dificultades porque no había llovido y sin agua se murieron algunos de sus animales. En contraste, en el pueblo Sajama vi varias casas muy humildes que tenían autos lujosos de marcas japonesas o chinas, y en tres ocasiones los estaban lavando a manguerazos, utilizando sin reparos toda el agua necesaria. Vaya contraste. También pude ver casas que mostraban un notorio ascenso social, construidas con ladrillo y columnas de cemento y acero. Incluso algunas pintadas y elegantes. Hay un dinamismo económico y social que está a la orden, modificando la estructura material en distintas dimensiones. Sería un gran tema para investigar. A la vuelta, visitamos la “Capilla Sixtina del altiplano”, en Curahuara de Carangas. Los dibujos en el templo son impresionantes. La simbología habla mucho de la religiosidad local, del intercambio con el mundo, del sincretismo. Como para dar un seminario íntegro sólo sobre eso, fascinante. Buscaré bibliografía.

Sobre la Feria del Libro (25-9-2021)

Publiqué este texto en el periódico (*Página Siete*, 22-09-2021) que lo titulé “La Feria”.

Hace casi dos décadas que no había ido a la Feria del Libro en La Paz. La última vez fue en el 2003, cuando un sábado, 30 de agosto, presenté mis dos libros *¿Ser cristiano es ser de izquierda?* Y *La transformación del sentido*, ambos publicados por Muela del Diablo editores, en el 2003. Encontré el afiche unos días atrás: el evento fue en la Sala Bartolomé Arzans, y comentaron Franck Poupeau y Fernando Calderón. Qué recuerdos.

El año siguiente partí hacia México en junio. No estuve en la XIX Feria, pero mi texto *Una semana funda-*

*mental*⁴³, que narraba los dolorosos sucesos de octubre del 2003 se exhibió en los estantes. Le tengo cariño a ese documento porque fue de los primeros en que ensayé la narración analítica acompañada de fotografías. También fue Muela del Diablo quien lo editó, lástima que desapareciera esa apuesta editorial que dio tanto.

Durante todos estos años nunca pude hacer coincidir alguno de mis viajes a Bolivia con el evento paceño. Me quedé en la Feria de Guadalajara y en la de la UNAM en el Palacio de Minería, en la Ciudad de México, donde he presentado algunos de mis trabajos. Por eso mi especial interés en esta ocasión y estas impresiones preliminares (solo fui una vez, pronto repetiré la visita).

Me impactó la producción nacional, las editoriales consolidadas que ofrecen materiales novedosos. No solo están las grandes librerías que permiten la circulación de títulos más allá de nuestras fronteras —lo que se agradece—, sino que también se exhiben los autores que se dedican a las letras en nuestro país. Aunque siento, sin tener datos empíricos para comprobarlo, que tenemos un grave desfase entre libros y lectores, yo soy de los que aplauden el nacimiento de todo libro, más allá de su calidad o pertinencia. “Vale lo que está escrito”, decíamos años atrás, aunque la sentencia sea un poco exagerada.

43. Suárez, Hugo José. *Una semana fundamental*, Ed. Muela del Diablo, La Paz, 2003.

El stand que más me gustó fue el de 3600, además porque es mi casa editorial de cabecera. Ellos entendieron bien que hay que jugar con los libros como productos pegados a una cultura del consumo local. Decoraron con adornos típicamente paceños y pusieron botellas con las portadas coladas como etiquetas —hasta me tomé una foto con la botella que traía el título de mi libro *El desencanto*—. Algunos otros guiños también fueron atractivos, como las pequeñas libretas de notas que acompañan los títulos de la editorial El Cuervo. Estuve a punto de comprarme una novela por la libreta.

Es sobrecogedor encontrarse con los autores, algunos vendiendo sus propios escritos en el segundo piso (aunque muchos tristemente alineados al discurso dogmático del Estado). A menudo me pregunto por qué en Bolivia la gente se esfuerza en publicar cuando normalmente un texto no trae réditos ni económicos ni simbólicos. Y, sin embargo, ahí están quienes, en el país de las tímidas letras, le apuestan a lo escrito.

Lamenté, como siempre, que los científicos sociales tengamos menos palestra que los novelistas. Si uno escribe un documento sociológico, será menos leído y promovido que una novela, más allá de la calidad o qué devalen las páginas. Nuestros libros están ocultos, colocados en el estante más difícil de encontrar.

No voy a comentar los libros específicos, me falta comprarlos y leerlos para decir una palabra. Solo contarles que salí con un precioso documento de fotografía publicado por la alcaldía hace algunos años: *Late*

La Paz. Tengo la tesis de que la ciudad está siendo mirada —y construida— por una nueva generación de fotógrafos y por tecnologías de la imagen que permiten vernos como nunca antes nos habíamos visto. Ese volumen lo refleja.

Por último, saliendo de la feria, me encontré con un título que no se expone por múltiples razones. Una amiga me facilitó *El libro de las pititas*. Escritura colectiva. Es un documento muy valioso, difícil de encontrar, que se lo reparte con miedo, como texto clandestino ahora que el gobierno está empeñado en poner en la silla de los acusados a todos los que lucharon por el respeto al voto y la democracia en el 2019. El texto recoge testimonios escritos por actores de primera línea los 21 días de esperanza y resistencia al poder. No tiene ISBN y seguramente desaparecerá de circulación rápidamente, será aplanado por la maquinaria de Estado que, como lo viene haciendo hace tres lustros, borra de la historia lo que no le conviene. Pero bueno, escribir es resistir.

En suma, un deleite transitar por esos pasillos como niño en una juguetería. Pronto volveré con la intención de salir con la billetera vacía y la mochila llena. Además, uno de estos días iré a promover mis propios títulos. Ojalá sea la ocasión para más de un reencuentro.

Seis horas fuera de la red (5-10-2021)

Ayer “se cayó” WhatsApp, Facebook e Instagram, todos del mismo dueño y al mismo tiempo. Fueron seis interminables horas, o algo así. Cathia mandó un mensaje a nuestro chat “Chez nous” —que somos los cuatro miembros de la pequeña familia—: “no alcanzo a preparar la comida, compremos salteñas, ¿cuáles y cuántas quieren?”. Rápidamente respondí: “tres de carne”, pero mi mensaje ni siquiera salió de mi celular. Empezó el sentimiento del abismo, el miedo a no estar conectado. Le mandé mensaje directo —no tenía crédito—, intenté el Messenger sin éxito, luego Instagram, y nada. No había cómo comunicarme. Pensé que era un problema de mi celular, lo reinicié varias veces, seguí todo lo que se aconseja en estas situaciones, y nada funcionaba. Entretanto estaba en una reunión virtual en Zoom, con México, y alguien dijo que su WhatsApp no funcionaba. Quedé extrañamente tranquilo, no era yo, era el sistema.

En la tarde salí a caminar por la avenida Arce, prácticamente sin celular, o más bien sin las tres aplicaciones que más uso. Me vino a la memoria aquel tiempo en el que paseaba por la misma avenida, hace veinte años, sin fijarme en el teléfono inteligente de mi bolsillo, conectado solamente con el entorno, no mediado por la red. Llegué a la plaza Isabel la Católica, entré a un café, me pedí un expreso, leí la novela de Rosario Barahona. No sentí necesidad de fijarme en los mensajes de mi celular compulsivamente, estaba en mi tiempo, en mi espacio, en las letras de Rosario, con un café impregnando mi boca. Pasaron unas horas, habrá sido hasta el final de la tarde, cuando se reguló —diríamos “normalizó”— la vida y volvieron a funcionar las redes.

Me impresionó mi dependencia de las empresas de comunicación de Mark Zuckerberg. Alguna forma de angustia

frente a la vida se canaliza en la necesidad de mirar y mirar, y volver a mirar mi celular. El sentido del tiempo y del espacio se modifican, siento que puedo enviar un mensaje a México o Francia de cualquier naturaleza, y que me puedo comunicar en el instante con quien quiera. Me desprendo de mi contexto inmediato, real, y me sumerjo en una colectividad imaginada, con sustento solo virtual, que en el fondo es mi comunidad más inmediata. Caí en cuenta de mi ansiedad depositada en la pantallita, de mi necesidad de saber si llegó algo nuevo, estar al día, no quedarme fuera de lo que está pasando en el internet.

Me di cuenta de que pertenezco a decenas de grupos de WhatsApp que tienen poco interés, incluso algunos de ellos son de situaciones que ya me son completamente ajenas y que los mantengo por inercia o nostalgia (el grupo de colegio de mi hija en Francia, de hace dos años, por ejemplo). Vi con claridad la distracción, el impedimento para la concentración en algo fijo que representan esas redes. Redescubrí su lado oscuro, su capacidad destructiva de la cotidianidad —nada nuevo, lo sé—. Recuerdo que hace muchos años, mi tutor de tesis de doctorado me decía que tenía un orden para mirar y responder sus correos electrónicos. Él era de la generación del correo “regular”, así que cuando vino la avalancha del internet, controló su práctica, los atendía sólo por treinta minutos en la noche, a una hora fija. Durante algún tiempo intenté algo similar, borré el Facebook de mi celular (también Messenger, obvio), y solo respondía a mensajes por computadora. Pero no duró mucho tiempo, a los meses volví a reinstalarlos.

Las seis horas fuera de las redes de Mark Zuckerberg me devolvieron al pasado, y ojalá al futuro; me reintrodujeron a mi entorno inmediato, al “aquí y ahora”. Me hicieron, por unas horas, un poco más libre. Espero haber aprendido la lección.

Miedo a Covid (5-10-2021)

El Covid es, entre otras cosas, una profunda sensación de miedo e incertidumbre. Anoche sentí un poco de malestar, dolor de cabeza, escalofríos. Me empezaron a recorrer todos los miedos que han ocupado el principal lugar de la vida en este tiempo. Qué si me enfermo, hasta dónde iría el virus, cuánto resistiría mi cuerpo. No pude dormir por unas horas, volvieron mis múltiples fantasmas que por momentos los tengo más o menos domesticados. Salieron a pasear libres, alborotándome a su antojo. Quizás esa es una de las herencias de la pandemia que no termina todavía, el miedo que repentinamente aparece frente a cualquier síntoma que antes dejábamos pasar con naturalidad. Seguramente pasarán muchos lustros antes de que podamos otra vez encontrar el sosiego.

Luis González y González (6-10-2021)

Estuve leyendo a uno de mis autores consentidos: Luis González. Caí en un texto suyo por casualidad, aunque lo he leído bastante, especialmente cuando trabajé en El Colegio de Michoacán, institución de la cual él fue el fundador y primer director. Como sucede con todo clásico, cada lectura, así sea la misma, es digerida desde los parámetros histórico-temporales del lector; por eso, al ver sus tesis sobre la microhistoria, encontré paralelos enormes respecto de lo que yo he tratado de definir como la sociología vagabunda. El contacto con lo micro, la cotidianidad, la escritura, la naturaleza de los datos “ordinarios”, y muchos elementos más, me invitan a pensar que mi apuesta es, de alguna manera, heredera de lo sugerido por González. Un autor maravilloso, al que debo releer y repensar. Un académico de cabecera del que tengo mucho que explorar y aprender. Me debo un ensayo sobre su apuesta intelectual.

Homenaje a Carlos Martínez Assad (19-10-2021)

Hoy se organizó un homenaje a Carlos, seguí una buena parte por Zoom. Al concluir le escribí lo siguiente:

Querido Carlos.

He participado en buena parte del homenaje de hoy. He escuchado a tus amigos de distintos períodos, de distintas facetas, de tanto recorrido. Quiero unirme a las palabras amorosas de hoy.

Para mí, tú eres un Maestro con mayúscula. Eres de los autores que leo no solo por el contenido, sino por el placer de recorrer tus letras, por lo agradable que es seguir tus relatos. Eres un universitario de verdad, en el sentido más amplio y pleno, de esos que cruzan fronteras sin pasaporte, sin necesidad de pagar tributos. He aprendido mucho de ti y aprendo cada que nos encontramos o que me topo con tus letras. Me siento muy privilegiado de contar con tu amistad, con tus comentarios. Desde que llegué al IIS —y antes, por supuesto—, mi admiración fue siempre profunda, y desde el IIS sentí cierto orgullo de estar en la misma institución en la que tú trabajabas. Cuando me arriesgo en mis escritos o en mis fotos, cuando redacto algo que está claramente más allá de lo que la tendencia dominante está esperando de uno, pienso sobre todo en cómo tú reaccionarías frente a mi texto o mi iniciativa. Te tengo presente como un interlocutor imaginario y como un modelo intelectual en mis escritos.

En fin, hay muchas cosas que decirte, y entre tantas, más allá de lo intelectual, no quiero dejar de manifiestarte el enorme cariño que te tengo, y la gratitud por regalarme momentos de compartir y aprender.

Te mando un abrazo grande.

Hugo José

Y sí, es un autor extraordinario, es de esos faros intelectuales que uno tiene, una de las personas que quiero mucho en el IIS. Es sin duda un privilegio coincidir con él.

Una de las cosas que comentó Carlos fue la dificultad de lograr publicar libros. Visto a la distancia, con una producción tan vasta, daría la impresión que fue natural, fácil, inercial. Pero no, comentó los varios proyectos que se quedaron en el camino por falta de apoyo e interés. Me sentí muy identificado, la lógica editorial es compleja, a menudo pretender sacar un libro es ir contra corriente. Tengo amplia experiencia en portazos de editoriales, y varios libros no salieron de la carpeta de mi computadora. Sirve la experiencia de Carlos para no desanimarse. En la misma dirección, unos años atrás, mi otro entrañable amigo, Guy Bajoit, me comentó que uno de sus últimos trabajos había recorrido una decena de editoriales antes de encontrar una. Se cansó, y decidió que, desde entonces, en lugar de corretear a los editores y la lógica del mercado libresco, publicaría lo suyo en una editorial de Lovaina, pequeña, de poca difusión, pero que recibía sus textos y estos salían a la luz sin mucho trámite. Desde entonces, sacó sus últimos cuatro volúmenes ahí, y tuvo más tiempo para trabajarlos. Es desgastante el desfase entre escribir-producir y que lo que hacemos salga a la luz.

Lindo recordar en este espacio a Carlos y Guy, ambos amigos muy queridos, ambos trabajaron con Touraine, y yo provoqué su encuentro en mi departamento de Copilco en Coyoacán, hace más o menos una década.

Un libro a buscar (20-10-2021)

Navegando por alguna circunstancia, me encontré con el texto coordinado por Herón Pérez Martínez *Lenguaje y tradición en México*⁴⁴. Lamentablemente solo está el texto de Luis González, pero algún día buscaré el libro íntegro y en físico para revisarlo. Escriben autores como Jean Meyer, Juan Villoro (“Apuntes sobre la consistencia de la tinta”). Me intriga mucho, pues siento que la gente que reflexionó sobre el lenguaje y la tradición, precisamente, tuvo que romper códigos rígidos, atravesar disciplinas y tender puentes para entender lo que tenían en frente. Esa creo que es, entre otras, una de las vetas desde las cuales en México se empezó a construir conocimiento transversal que pueda ir más allá —en formas, contenidos y expresiones— de lo esperado como “científico”, que ahora es lo que prima en la academia mexicana. Seguramente es una de las reflexiones de las cuales podría extraer muchas ideas que alimentarían mi sociología vagabunda. Y es en esa dirección que Luis González habla de tres maneras de contar: el discurso narrativo, el discurso científico, el discurso cívico. Tendré que leer con atención y sacar provecho. Queda como agenda.

44. Pérez, Herón (Coord.), *Lenguaje y tradición en México*, Ed. Colmich, Zamora, 1989

Otra mudanza (31-10-2021)

Ayer se consumó la mudanza. Ahora estamos casi al frente, a cuatro cuadras, sobre la avenida Arce. Dejar los espacios que me han acogido siempre me causa nostalgia. En especial, vivir en el edificio Diana fue muy emotivo. Muchas cosas a la vez. Creo que fue el espacio que más necesitaba luego de un período tan difícil. Ningún desplazamiento tuvo la característica de este último. Atravesamos por problemas nunca antes vividos. Desde mi casa en México miraba las fotos del eventual departamento en el que se suponía iba a vivir, y me daba paz en plena tormenta. Mi hermana arregló todo para que el aterrizaje fuera agradable. Y así fue. La primera noche que dormí ahí fue una sensación de haber atravesado lo peor y de que ahora reinaba la calma.

Pasamos un año muy especial en el edificio donde mi abuela Elena tenía un departamento cuando era niño, donde viví también momentos hermosos. La vista de La Paz era fabulosa, el atrio de la UMSA desde mi ventana, al lado de la Asamblea de Derechos Humanos, a una cuadra del Ministerio de Educación. Vi las marchas y movilizaciones en directo, los primeros meses las filmaba y las compartía con amigos periodistas. Vi enfrentamientos, policías, petardos —muchos petardos—, la llegada de las vacunas en ambulancias metiendo todo el ruido posible, ferias de distintos temas al frente de la UMSA, las filas para la vacuna, graduaciones. En fin, vi la ciudad pasar desde mi habitación. No necesitaba ningún medio de prensa para saber lo que estaba sucediendo, tenía la noticia en mi ventana.

La ubicación tan céntrica me permitió, los primeros meses de mi llegada, salir a caminar con mis hijas por distintos lugares históricos de la ciudad. Aprovechamos la pandemia —y no tener coche— para caminar, ir a la calle donde

mataron a mi papá, a la plaza Murillo, al Montículo, a Laicakota, al Prado a todas horas, a San Francisco, al mercado Camacho. En cada lugar hacía una explicación histórica y familiar con mis niñas.

A ese departamento llevé la variedad de cosas que fui sacando de la bodega de mi mamá, cajas y cajas con lo que guardé antes de irme a México hace casi dos décadas. Armé mi biblioteca, vi archivos, documentos de antaño, papeles que casi había olvidado. Saqué los cuadros, el Mamani-Mamani que mi madre me regaló en mi matrimonio; la foto de Nueva York que me obsequió mi hermana; el amate que traje de México cuando era estudiante. Desempolvé la vajilla de aquella época, mi colección de juguetes de madera, las copas desiguales y de diferentes colores. Armé un lugar de vida mío. Pasamos la pandemia, las vacunas, el encierro, el trabajo en computadoras, las reuniones por Zoom.

Y llegó el tiempo de partir, empezamos la mudanza, poco a poco. Ayer terminamos. Anoche dormimos en la nueva casa.

Es curioso mudarse, la pregunta es siempre cuánto tiempo uno vivirá en el nuevo territorio. El nuevo departamento está a dos cuadras del primero que me compré hace veinte años y luego vendí. Tiene vista similar, está en el piso 20, se contempla el atardecer y el amanecer, el Illimani, la plaza Murillo, Miraflores, San Pedro. Es cómodo, cálido —mucho sol—, con vista generosa, céntrico. Ya empezamos la decoración, volver a poner los cuadros, armar mi escritorio, el lugar para mi bicicleta, la sala, la cocina. Es un volver a empezar.

Otra cita de Luis González (5-11-2021)

Me he encontrado con el volumen *Obras 5* (primera parte) de Luis González y González, una preciosa edición de El Colegio

Nacional. Hay una cita subrayada y marcada que viene bien al ensayo que tendré que hacer sobre él en algún momento. Hablando de la transformación de la vida rural a la urbana en San José de Gracia, suelta parte de su interés: “Proyecto ver al menudeo, a través de anécdotas representativas, con el mínimo de rollos teorizantes, las transformaciones microgeográficas, las cicatrices que motosierras, motoconformadoras y otro tipo de motores en boga le han hecho al paisaje josefino”⁴⁵. Lo importante es la revalorización de la anécdota como fuente analítica y la poca atención a los “rollos teorizantes”, concentrándose más bien en la observación de las “cicatrices” del paisaje. Es una entrada que se centra en penetrar en lo concreto y establecer desde ahí una interpretación narrativa, nutriéndose incluso del anecdotario. Sugerente.

En otro delicioso pasaje en el mismo volumen, titulado “Introducción a un libro de microhistoria” (primer apartado: Defensa de la historiografía parroquial), subraya la importancia en historia y en las ciencias humanas de una microhistoria:

La vida de las comunidades pequeñas, incluso de las más distantes del comercio y la cultura, aporta experiencias humanas ejemplares para cualquier hombre, tanto porque los campesinos tienen cosas que enseñar, como por lo que dice el profesor Finberg: la historiografía microscópica, como suele ser la parroquial, contiene más verdad que la telescópica; se alcanza una mayor aproximación a la realidad humana viendo lo poco que es posible ver desde la propia estatura que con-

45. González y González Luis, “Del pueblo en vilo a la ciudad en flor”, en González y González, *Obras 5* (primera parte), El Colegio Nacional, 2002, México DF, p. 467.

templando un gran panorama desde una elevada torre o desde la ventanilla de un avión de retroimpulso⁴⁶.

Me gusta el valor de lo microscópico, lo parroquial, como un lugar de observación privilegiado sobre “la realidad humana”. Por cierto, la introducción a ese documento la hace Le Clézio, cuando estaba en El Colegio de Michoacán (seguramente); escuché a alguien decir que acogieron al entonces escritor francés y futuro Premio Nobel por la amistad con Luis González, pues no faltaba quien cuestionaba la presencia de un escritor en un centro de investigaciones sociales; cosas del destino, años más tarde recibe el premio más importante de la literatura mundial y levanta el nombre de la institución que lo acogió en su estancia michoacana.

Ah, y algo más que me acabo de encontrar en *Otra invitación a la microhistoria*⁴⁷ que abona a la idea de sacudirse la historia de héroes y sabios y voltear hacia el ciudadano: “Los hombres de la microhistoria son cabezas de ratón y ciudadanos-número de la macro que en la micro se convierten en ciudadanos-nombre”⁴⁸; “La microhistoria se interesa por el hombre en toda su redondez y por la cultura en todas sus facetas”⁴⁹. Es un apelar a los individuos como seres dotados de sentido desde donde se explica lo social, algo así dirían Matucelli y De Singly, décadas después, con la teoría de la individuación. En un pasaje más adelante apela a escribir bien, claro, directo:

46. Ibid., p. 445-446.

47. González y González, Luis. *Otra invitación a la microhistoria*, FCE., 2003.

48. Ibid., p. 34.

49. Ibid., p. 38.

La prosa barnizada es encubridora. Encubre nuestras deficiencias de información, pensamiento y emotividad. Ciertamente el lenguaje emperifollado que confunde a los lúcidos, deslumbra a los pendejos (...). En fin, escribir con naturalidad y sencillez, no obstante el trabajo que cuesta y el poco mercado que tiene, conserva su valor de buen consejo. Pero la fórmula más segura es la que cada cual siga su gusto sin salirse del precepto de no escribir de más⁵⁰.

Insisto: debo un ensayo sobre el tema.

Diario sociológico (5-11-2021)

Googleando me encontré con un texto y un título que me gustaría consultar, que va exactamente en la dirección de mis reflexiones actuales. Lo busqué sin éxito, pero recuperé el título y el resumen. Es de María del Carmen Rodríguez, titula “La mirada sociológica puesta por escrito. El diario de viaje”. El resumen es fabuloso:

La comunicación titulada La mirada sociológica puesta por escrito: el diario de viaje aborda el papel de la literatura de viajes como forma de conocimiento sociológico. Se toma, en concreto, la traslación del viaje al papel en forma de diario de viaje para analizar cómo en ellos el viajero se convierte en observador social y desarrolla una especie de trabajo de campo. El viaje vincula al hombre viajero con la sociedad de la que forma parte. Este proceso de desvelamiento del mundo relaciona al individuo con una sociedad concreta

50. Ibid., p. 54-55.

y le enfrenta con otros grupos distintos al suyo. Pero, además, a medida que se desarrolla el viaje, la acumulación de vivencias y la reflexión sobre éstas llevada a cabo por su protagonista viajero hacen que el viaje en sí se convierta en una forma de conocimiento, una manera de aproximarse a la realidad social en toda su amplitud, quedando plasmada, en ciertas ocasiones, en unos libros de viaje que podrían ser considerados como sociología narrada. Asimismo, el viaje no sólo retrata la existencia física de las sociedades, sino que se asoma a su producción cultural más intangible, tanto la de las sociedades que visita el viajero, como la del propio hombre en movimiento. Para recorrer el camino aquí trazado, en un primer apartado hablaré sobre la relación entre el viaje y el conocimiento desde una perspectiva histórica, después exploraré los momentos del conocimiento en el viaje y finalmente analizaré las posibilidades exploratorias del viaje, sobre todo desde la perspectiva sociológica⁵¹.

Parece ser un documento corto de siete páginas publicado en memorias del XI Congreso Español de Sociología del 2013. Difícil de conseguir. Me quedo con aquello de la “sociología narrada”.

Luego del viaje a México (21-11-2021)

Realicé un viaje a México a resolver varios pendientes, escribí este texto que lo publiqué en *Página Siete*.

Libros y viajes

51. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7279888> Consultado 5-11-2021

Algunos siguen el lema “eres lo que comes” y tienen algo de razón. Tal vez se pueda estirar el argumento: “eres lo que lees”, y más, “eres lo que escribes”. Tengo el privilegio de dedicarme al mundo de los libros, afortunadamente vivo de lo que escribo. En mis viajes, invierto una parte de mi tiempo a las librerías, y con algunos de mis amigos, lo primero que hacemos al vernos luego de una temporada, es intercambiar lo último que publicamos.

Mejor ni cuento el problema que representa cargar libros en una maleta de 23 kilos, y lo difícil que es encontrarles un lugar en un departamento cuyos estantes ya están atiborrados compitiendo cada centímetro con los adornos y cuadros.

El caso es que, en mi último viaje a México, me encontré con gratas sorpresas. Resumen.

Mi entrañable amigo Massimo Modonesi me regaló *México izquierdo*⁵². El documento recoge sus reflexiones sobre los movimientos sociales de la izquierda mexicana en las últimas décadas, dando cuenta de su diversidad. Es una mirada fresca, gramsciana, que se escapa de la prisión dogmática reinante e impuesta desde el centro del poder.

Dos colegas y buenas amigas investigadoras de la UNAM me dieron sus últimos libros coordinados: *Espacios públicos y ciudadanías*⁵³; *Construcción de ciudadanía en la Ciudad de México*⁵⁴. Se trata de una investigación de largo aliento sobre el espacio público y la ciudad neoliberal, mostrando cómo la vida urbana está marcada por una visión económica que favorece la desigualdad, pero donde surgen resistencias y luchas.

52. Modonesi, Massimo, *México izquierdo*, Bibliotopía, México, 2021

53. Ramírez Kuri, coord., *Espacios públicos y ciudadanías*, IIS-UNAM, México, 2021.

54. Álvarez, Coord, *Construcción de ciudadanía en la Ciudad de México* UNAM, 2021.

Compré el libro *Regreso a la jaula. El fracaso de López Obrador*, de Roger Bartra⁵⁵. Suelo adquirir los libros de Bartra —que además es mi colega en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM— tanto por su reflexión como por su escritura, por el placer de leerlo. Es un documento agudo que va al corazón del dogmatismo del presidente, lo desmenuza, lo desmonta, lo desnuda y propone nuevas pistas. Bartra, que se define como “intelectual socialdemócrata”, en su escrito “ofrece una crítica que puede animar a las corrientes más democráticas que están resistiendo las inclinaciones autoritarias que hoy nos amenazan”. Claro, lo leo pensando tanto en México como en Bolivia.

También compré *La casa de la contradicción*, de Jesús Silva-Herzog Márquez⁵⁶. Suelo leer las columnas del autor en *Reforma*. Desde una postura liberal democrática, a menudo tiene posiciones especialmente inteligentes que van más allá del sentido común. No siempre comparto su opinión, pero disfruto cómo la dice. Silva-Herzog critica la ilusión democrática en la que caímos todos, sus principales tentaciones y desvaríos, sus contradicciones. Y más, ya lo decía, la narrativa es deliciosa, bien lo dice Bartra en la portada del libro: “Convertir la reflexión política en poesía es una hazaña lograda con maestría en este ensayo”.

Dos títulos para terminar. *El león y el unicornio y otros ensayos*, de George Orwell⁵⁷. Es una colección de escritos entre 1936 y 1952 presentados en orden cronológico. Orwell es uno de mis autores favoritos, proféticamente lo dijo todo en

55. Bartra, Roger, *Regreso a la jaula. El fracaso de López Obrador* Penguin Random House, México, 2021.

56. Silva-Herzog Márquez, Jesús, *La casa de la contradicción*, Penguin Random House, México, 2021.

57. Orwell, George, *El león y el unicornio y otros ensayos*, Turner, España, 2021.

Rebelión en la granja, imaginó lo que se hizo historia decenas de veces, claramente en Bolivia con mayor torpeza; la historia superó la fabulación. Es un autor mágico, desbordante de creatividad y lucidez.

Obras reunidas I, de Ivan Illich⁵⁸. Siempre he tenido a Illich cerca pero nunca lo he leído en serio. Aparece en conversaciones, en seminarios, en cafés. Este volumen reúne varias de sus libros. Es impresionante lo potente de su visión planteada hace medio siglo pero que sigue dando luces. Finalmente, el capitalismo criticado por él quedó intacto, luego de neoliberales o populistas que, en el fondo, no salen del paradigma perverso del progreso y la modernización.

En suma, me dio gusto recorrer autores y amistades, con posiciones políticas distintas, pero sacudiendo los mandatos intelectuales emanados desde el campo del poder, confrontando ideas, no dogmas. Imaginarán, pasaré varias horas recorriendo esas letras. Tengo para rato.

Orwell (21-11-2021)

Como lo comenté, compré el texto de Orwell *El león y el unicornio y otros ensayos*. Van algunas anotaciones al respecto. En el prólogo, titulado “La ley oculta”, Miguel Martínez-Lage escribe respecto del autor: “Y desconfió de toda muestra de acatamiento, de toda manifestación de corrección política, eufemismo infeccioso que detectó mucho antes de que fuese una realidad patente”⁵⁹. Ciertamente, una de las herencias de Orwell es su desconfianza profunda por cualquier disciplinamiento, su denuncia a cualquier forma de autoritarismo. Hay una categoría oculta que el prologuista deja en sus letras citando a otro

58. Illich, Ivan, *Obras reunidas I*, FCE, México, 2019.

59. Martínez, Miguel, “La ley oculta”, en Orwell, *El León*, Op, cit., p. ix.

autor: “deshonestidad incurable”, yo añadiría “deshonestidad intelectual incurable”, y pienso en varios nombres.

Van citas del propio Orwell: “lo que vi en España y lo que he visto con posterioridad del funcionamiento de los partidos políticos de izquierdas me han inculcado el horror por la política”⁶⁰. Lo firmo.

“A fin de cuentas, mucho de lo que se supone novedoso es sencillamente lo viejo vuelto del revés”⁶¹. Esa misma idea la he visto en varios momentos, cómo el sentido de la transformación en realidad oculta una profunda repetición.

Cuando habla de por qué se convirtió en escritor —entre otras comparte su historia de pobreza y fracaso que “incrementó mi odio natural por la autoridad”⁶²—, refuerza su responsabilidad pública, pero desde su propia perspectiva: “Cada renglón que he escrito en serio desde 1936 fue creado, directa o indirectamente, en contra del totalitarismo y a favor del socialismo democrático, tal como lo entiendo yo”⁶³. Su vocación antitotalitaria está fuera de duda, pero no se cobija bajo cualquier bandera, se inscribe en el “socialismo democrático” reinterpretado a partir de su lectura.

Pequeñas notas sobre el viaje a México (27-11-2021)

Luego de mi estancia en Ciudad de México, escribí las siguientes estampas.

— En Tlalpan me hice lustrar los zapatos. El “bo-

60. Orwell, Op. Cit., p. 87-88.

61. Ibid., p. 89.

62. Ibid., p. 221.

63. Ibid., p. 222.

leador” —con quien alguna vez platicué y me contó que heredó el puesto de su padre, y este de su abuelo— estableció una conversación con un transeúnte que le preguntó, “¿dónde está el jefe?” —su padre—, “ahí tomando el sol”, respondió señalando una banca a unos diez metros. “Voy a acompañarlo para que no se lo tome solo”, le dijo. “Sí”, concluyó el hijo, “porque si no se lo acaba”.

- Recorrí varios puestos de artesanías en varios mercados. Por supuesto llegué a La Ciudadela. Uno de los vendedores a quien le compré varios productos, ya cómodo en la confianza que se genera alrededor de la transacción monetaria me contó que alguna vez en una cena familiar dijo: “yo le debo a una mujer todo mi sustento”. Su esposa se paró furiosa y lo incriminó “¡qué te crees!”. El marido le continuó: “cálmate, le debo mi economía a Frida Kahlo, desde que la puse en mi tienda, todo empezó a ir mejor”.
- Tomando café con unos amigos en Cuernavaca, me contaron que una amiga y colega septuagenaria, fue asaltada en su casa. El asunto de los asaltos no ha cesado, todo lo contrario. En medio del robo, ella le dijo: “¿no le da vergüenza estar robando a una señora anciana?”. El ladrón respondió: “sí, tiene razón. Por favor deme su bendición”, e inclinó la cabeza para recibirla. Ella así lo hizo colocándole las manos encima y haciéndole la señal de la cruz. Luego él se marchó con lo robado en la bolsa, más la absolución en la conciencia. Solo en México.

Sociólogo escribiendo (8-12-2021)

Apareció una noticia en la página de Facebook del Instituto de Investigaciones Sociológicas —IDIS—UMSA: el estudiante Marcio Aguilar obtuvo el segundo lugar en el concurso municipal de literatura “Franz Tamayo” en el género de cuento. Su texto se llamó *Diario breve de un cuarto oscuro*. Ya previamente el mismo estudiante había ganado otros premios en certámenes locales. Se retoma una entrevista que le hizo el IDIS en el 2020 donde dice:

Algo que la sociología otorga de forma excepcional es la capacidad de cuestionamiento. Esa capacidad, en mi producción literaria, la ejercité sobre todo en el plano personal. Cada una de las cosas que escribí es un ejercicio de autocrítica. En mi primer cuento, por ejemplo, me cuestiono el papel de la familia convencional. En ese cuento, el padre es una figura ausente. Luego, en *Cuando te amamos* indago en los conflictos de la identidad masculina. En ese texto, mis dos personajes centrales son hombres que experimentan la derrota de su sexualidad. Por último, en *La tumba de los gatos*, el cuento más reciente, abordo la precariedad laboral. Todos estos temas han atravesado, en algún momento, mi historia personal. No sé si hubiese podido consolidar todos los cuentos que escribí sin esa mirada crítica que me ayudó a formar la sociología.

Hay gente, orientaciones, intenciones, prácticas que van más allá de lo establecido y formal, que cruzan las fronteras. Reconfortante.

Fiesta de graduación (12-12-2021)

Ayer fue la fiesta de graduación de Canela, y el viernes fue el acto en su colegio. Tengo mucho qué decir sobre todo eso, pero me voy a concentrar en la fiesta de ayer sábado, en las principales cosas que destacaron.

En el tiempo que estoy en La Paz, nunca me había sentido tan desfasado, tan ajeno. No fue tanto la cuestión de clase o el estilo de la élite de la que siempre he marcado distancia, sino algo generacional y la lejanía con las formas culturales —música, por ejemplo— que ya no me son familiares. Me explico.

Primero, el tema Covid. Días antes hubo varias discusiones en el chat grupal sobre la pandemia y realizar una fiesta cuando el virus todavía circula. Algunas posiciones eran extremas, alguien sugirió que todos los asistentes fuéramos con prueba PCR, y otro decía que no era necesaria ninguna medida. Se decidió que se llevaría adelante la celebración “con todas las medidas sanitarias de seguridad”. Desde la entrada, teníamos que mostrar el carnet de vacunación todos los invitados y nos tomaron la temperatura, además de ponernos gel en las manos. En las mesas había varias botellitas de alcohol, y todos los mozos, además de los funcionarios de seguridad, estaban con doble cubrebocas. Al principio, todos llegaron con los barbijos puestos, y solo se los sacaban para la comida o mientras estaban en la mesa. Pero al calor de la fiesta, la música y el alcohol, los pequeños trocitos de tela sobre el rostro iban desapareciendo. Tanto que, cuando nos fuimos, solo quedaba yo y mi familia —además de los mozos— con cubrebocas. En la pista de baile, donde mayor concentración de gente había (ni pensar en el metro de distancia...), se bailaba, gritaba y cantaba —una fiesta, pues— con total entusiasmo y sin ninguna protección. Hace unos días en Santa Cruz se suspendieron las

fiestas de graduación para evitar más contagios, aquí yo pensé que se iba a tomar algunas previsiones, pero no. Salvando el primer protocolo, internamente se construyó una especie de confianza tácita que permitía que todo fluyera como antaño, como si no existiera el Covid. Salí de ahí cuestionándome, tal vez sea yo quien estoy demasiado temeroso y cuidadoso con el tema, tal vez sea momento de bajar un poco la guardia.

Con respecto al baile y la música, mi desencuentro fue total. Prácticamente no conocía ninguna canción (salvo unas 10 piezas en toda la tarde). Lo que más sonó fue reguetón, ritmo que desconozco. Y ojo que, si bien mis hijas conocían todas las piezas, no era un desfase generacional, las personas de mi edad en pista bailaban y coreaban todas las letras. El formato de poner las canciones era muy acelerado, cada pieza no duraba más de 20 a 30 segundos, con la respectiva pantalla que mostraba mujeres guapísimas en climas caribeños moviendo el trasero. En la pista se bailaba emulando el movimiento propio del ritmo, pero con recato paceño, sin exageraciones y, además, vestidos largos y brillantes. Somos andinos, finalmente. Algo sorprendente —no lo había escuchado— fue cuando a la coreografía feminista nacida en Chile que tuvo un éxito mundial que repite “Y la culpa no era mía ni dónde estaba ni cómo vestía” y que concluye con la contundente acusación “el violador eres tú”, fue parcialmente retomada —sobre la pista de reguetón— y con la gente bailándola (curiosa contradicción, las letras que venían de ser reproducidas iban en dirección contraria; no critico).

Había tres responsables de la música, primero un *disc jockey*, luego un conjunto en vivo, finalmente otro *disc jockey*. En todo lo que estuve (unas 4 horas, me perdí la última parte), se tocó unas cuatro canciones de música nacional. Hace algunos años, la música folklórica formaba parte de las fiestas de élite, hoy parece estar en retirada, lo que contrasta con que

semanas atrás hubo un baile de caporales con numerosos entrenamientos, trajes y banda en vivo. Cuando el grupo musical tocó en vivo, era un popurrí con fragmentos muy diversos, desde Luis Miguel hasta Soda Stereo, con un mismo fondo, homogeneizados. No se escucharon cuecas, huayños, tobas; tampoco rock, salsa o merengue. En el tercer bloque musical, el nuevo *disc jockey* estuvo acompañado de tres kusillos con luces en las máscaras y un robot grande —un metro por encima de la altura media— con casco de motociclista lleno de lucecitas de colores y de neón, que entraba a la pista regando humo y moviéndose al ritmo de la música. Entiendo que esa es una expresión cultural fuertemente instalada en las fiestas populares de El Alto, que en las challas y fiestas en los “cholets” son muy comunes, lo que se ha denominado “electro preste”. Si es así, ese formato popular estaría ingresando con contundencia en las prácticas de la élite paceña.

Como lo dije, si bien bailé un poco —con todo y cubrebocas en medio de la pista, era el único— y la pasé bien, quedó claro que mis tres lustros de ausencia no acompañaron el repertorio musical de la diversión. Aunque suene nostálgico, esperaba bailar salsa, merengue, música nacional, disco, rock latinoamericano. No, lo dominante fue reguetón, y yo “ni ahí”, como dicen los chilenos.

Algunas otras cosas me llamaron la atención. El tema del alcohol, por un lado, muy presente en todas las mesas y edades —normal en Bolivia—, pero, por otro lado, aquella incitación de adultos a que los jóvenes se emborrachen. Ya hubo ese tipo de discusión en el chat grupal y en otros momentos, pero ahí quedó claro cómo los padres eran quienes provocaban, desafiaban a los hijos. Era como si el mundo de los adultos y el de los hijos —en los que ambos consumen trago por su lado— se cruzara de una manera legítima, autorizada, y los progenitores promovieran y condujeran el saber y

la práctica de la bebida alcohólica. Lo “normal”, lo adecuado era estar tomando, con la venia de la autoridad familiar (algo similar sucede en las bodas, el beso en público a la novia es la puerta a la sexualidad legítima frente a un auditorio, pero eso lo explicaré en otro momento). Sé bien el rol que juega la borrachera en la narrativa cotidiana en Bolivia, las amistades, los amores, la política, los negocios, etc., atraviesan por el intenso consumo de alcohol. Esta fiesta fue una muestra más de ello, había que hacerla memorable, y eso en Bolivia significa emborracharse. En el futuro se recordará el evento en pequeños microrrelatos que evoquen lo vivido gracias al efecto del alcohol en el cuerpo.

Hay decenas de temas paralelos. La danza del vals — de hecho, no bailaba vals desde que era adolescente—, eso no cambia, la entrada a la pista con uno de los padres, la función omnipresente de las fotos (profesionales o con celulares). Me detengo, también, en la construcción de la feminidad y la masculinidad. No sé muy bien cómo opera el tema en los varones, la ropa, el afeitarse, la corbata, etc.; pero en lo femenino lo pude ver de cerca. Antes de la fiesta empezó a surgir una serie de necesidades para mis hijas: el vestido, la peluquería, las uñas, las medias, los zapatos, la pintura. Todo exigió tiempo y dinero, cuando acabó la fiesta, Cathia estaba exhausta por una semana ardua de pedagogía de lo femenino. Ellas aprendieron muchas cosas, quizás la principal fue cómo una mujer se comporta y presenta en una fiesta protocolar. La ceremonia fue, a la vez, una pedagogía del deber ser femenino en la élite paceña.

Comenzaba este escrito contando mi desfase. Es cierto. Desde que dejé Bolivia de manera más definitiva en el 2004, en los distintos lugares que viví fueron pocas las ocasiones en las que participé en ritos de paso tan formales como el de ayer. Recuerdo que una vez tuve que vestirme de “caballero” para ir a un evento a Bellas Artes en México. Asistimos a

varias fiestas, algunas más formales que otras, pero nunca tan exigentes como ayer. La vida del migrante no es la misma, y su inserción en las fiestas rituales de otras sociedades se juegan de otra manera. En suma, más allá de mi desencuentro, de alguna manera —y sé que soy contradictorio—, fue una forma de decir que a pesar de todo soy de aquí.

Una cita sobre la utilidad de la sociología (19-12-2021)

No quiero que se me vaya la cita, por eso la traigo. Es de Bourdieu:

Pedir a la sociología que sirva para algo es siempre una manera de pedirle que sea útil para los que están en el poder, mientras que la función científica de la sociología es comprender el mundo social, empezando por las estructuras de poder (1993: 8-20).

Lo peor es que tengo la foto de la página del libro de donde tomé la cita, pero no recuerdo el título. El año 1993 no me dice nada, pues no puedo ver la bibliografía. Busqué por internet sin mucho éxito. Creo que está en *Cuestiones de sociología*, o tal vez en *La miseria del mundo* (es de ese año). El autor que lo cita creo que es Javier Auyero, pero no estoy seguro... En suma, no puedo reproducirla con rigurosidad científica hasta que dé con la fuente exacta. Pero poco importa en este diario. La idea es fuerte, especialmente para aquellos que se empeñan en defender la sociología militante, y peor desde el poder. Muchos de quienes ahora gobiernan repiten que la sociología debe servir al pueblo, cuando en realidad debe, siguiendo a Bourdieu, desmontar las lógicas del ejercicio del poder sin importar en qué manos esté. Muy a menudo escucho que “no es tiempo para tibios”, que hay que optar, ser

intelectuales que defiendan una causa; lo curioso es que ellos están en la causa de los poderosos de turno, y solo quieren una sociología servil, complaciente, que les ayude a reproducir sus privilegios. Eso es, para ellos, una sociología comprometida. Lamentable.

PD. La encontré, o en parte: la cita está en el libro de Javier Auyero y Katherine Sobering, *Entre narcos y policías*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2021, p. 181. Ahora habrá que buscar un ejemplar para encontrar el texto original de Bourdieu...

Tres pasos al frente (27-12-2021)

Fui a ver la película, la tenía pendiente, estuvo en circulación ya hace unos meses. Lo primero: vibré de emoción, estuve al borde de las lágrimas en varios momentos, y por supuesto que no dejé de pensar en mi abuelo, papá Hugo, que acompañaba cada episodio, pensaba que fue uno de los personajes en la pantalla grande. Cuando le tocó ir a la guerra, creo que no tenía más de 16 años, incluso se hizo quitar las muelas para aparentar más edad; lo imaginé joven, entusiasta, decidido, partiendo a labrar el futuro incierto. Pensé en mi bisabuela despidiendo al único hijo varón, al mayor que dejaba a las 8 hermanas menores. Fue él quien me habló por primera vez del episodio heroico que pasó a la historia como “Tres pasos al frente”, y en toda ocasión familiar, en todos los almuerzos de los jueves cuando lo visitaba en su casa en Miraflores, salía alguna anécdota.

Más allá de cuestiones técnicas y del desnivel en la actuación, es una película muy bien contada. Tenía curiosidad sobre cómo se iba a narrar una historia que, de entrada, se sabe el final. El director mostró su habilidad al crear dos climas, en la primera parte el épico momento en el que la joven tropa da en tres ocasiones tres pasos al frente cuando

se convoca a voluntarios para la guerra, y en la segunda parte donde se enfrenta al ejército paraguayo con el objetivo claro de detener su avance hasta que Bolivia pueda evacuar un hospital de campaña.

Las batallas son realistas, dramáticas, dolorosas. Desde mi butaca sufrí con los combatientes, lloré las pérdidas, viví el miedo, sentí el coraje y la valentía. Vi una parte de mi historia —nacional y familiar—, y me sentí parte de ella. Salí de la sala nostálgico, con ganas de encontrarme con mi abuelo, que ya partió, y preguntarle tantas cosas que quedaron en la agenda. Además, vi la película con mis hijas de 18 y 14 años, que no conocieron al papá Hugo, ni la casa de Miraflores, ni escucharon sus narraciones de guerra, de vida, de muerte. Les conté algunas cosas que recuerdo, las hice parte de esta épica memoria; desempolvé los otros relatos, los de mis abuelas que vivieron la guerra desde otro lugar: la llegada de los prisioneros paraguayos a la estación de tren en La Paz (cómo la rabia se convirtió en compasión y terminaron regalándoles comida a los maltrechos combatientes derrotados), el enamorarse de un joven militar que volvió del Chaco y construir una familia con él. También desempolvé mis lecturas pasadas, aquella ocasión en la que en el colegio me dieron a leer la novela *La laguna H3*, de Adolfo Costa du Rels, y mi abuelo la sacó de su biblioteca y me la prestó con orgullo, la angustia que sentí cuando leí por primera vez el cuento “El pozo”, de Augusto Céspedes, o sus *Crónicas heroicas de una guerra estúpida*, o recientemente mi lectura de *Repete*, de Jesús Lara.

En suma, mientras caminábamos por las calles de Sopocachi, dejando atrás la Cinemateca, hablaba con mi familia de aquel momento tan importante que nos constituyó como personas, como familia y como nación. Y por eso aprecié tanto el filme. En mi generación estábamos acostumbrados a acudir al cine para ver historias de otros países; existe una sensación

ampliamente compartida de que entrar a una sala oscura era para enterarse de lo que pasa más allá de nuestras fronteras, incluso, en ese sentido, a menudo cuando se visitaba por primera vez Estados Unidos la frase recurrente era: “es como estar en una película”. Entrar a una sala y vernos reflejados, nos hace formar parte de una comunidad. *Tres pasos al frente* es una película que todos deberíamos ver, sin duda nos ayuda a entender un poco más lo que somos.

Navidad (27-12-2021)

Fue una celebración muy bonita, estuvimos todos juntos en mi departamento, con cubrebocas y ventanas abiertas, pero juntos. El año pasado suspendimos todo encuentro por la pandemia, y vimos que fue lo correcto. Si mal no recuerdo, la última vez que pasamos juntos fue en el 2017, antes de viajar a París, así que teníamos especial expectativa. La ausencia más sentida, mi suegra, Loida, que murió hace poco más de un año. Es curioso: tan necesarios que son esos encuentros familiares y cuánto se los aprecia cuando pueden ser presenciales, tocarse, abrazarse, sentirse. Innovamos en el tema regalos, en vez de repartir obsequios entre los niños, en una relación unilateral, ahora que ya la mayoría son adultos, decidimos implementar el “intercambio de regalos por sorteo”, y de preferencia buscar que cada uno, desde su habilidad —escrita, manual, culinaria, o lo que fuera—, elaborara lo que iba a dar al otro. Fue una linda decisión porque implicó pensar en la persona que te había tocado e intentar darle algo que fuera de tu habilidad propia. Disfruté de los momentos vividos.

En otro orden, fui a la recién inaugurada plaza del Hombre Americano en el estadio de La Paz. El árbol navideño enorme y precioso, auspiciado por la Coca Cola. Había varios quiosquitos ofreciendo su producto; el refresco oscuro iba

acompañado de mensajes universales propios de la empresa, colocados en postes, con los colores navideños que, sabemos bien, coinciden con los de la gaseosa: “vivir con pasión”, “reír a diario”, “creer en la magia”, “creer en los sueños”. Los anuncios de la alcaldía, más discretos, promovían la “navidad de mil colores” acompañados de frases sobre la paz, alegría y fe, con varios errores ortográficos. En la noche, una muestra de la cultura paceña urbana actual. Toda la plaza iluminada, mucha gente, un túnel de luces ideal para tomarse selfis y muchas personas haciéndolo con entusiasmo. Algunos Papa Noeles y varios Grinch —que es el personaje navideño de moda desde hace algunos años—, cobraban por aparecer en las fotos (también había pequeños estudios improvisados para una foto más profesional). En uno de los lugares más vistosos, se quitó la tea de Murillo y se instaló un generoso nacimiento que, además de burros, vacas y camellos, tenían una simpática llamita dando el toque nacional. Ahí también abundaban quienes se tomaban selfis con sus celulares. El público de origen popular, disfrutaba de los lugares para las fotos, comía algún anticucho o un algodón de azúcar rosado. Los niños jugaban con globos o juegos de luces. Todo en un lugar emblemático de la ciudad que conjuga el diseño urbano de Emilio Villanueva, la reconstrucción del estadio en la época de Hugo Banzer, la presencia de la cultura tiwanakota y la remodelación, iniciativa del alcalde Revilla el 2021. Navidad barroca, con múltiples expresiones culturales, formas de consumo e historias urbanas.

Matrix y Spiderman (28-12-2021)

Como estamos en vacación, y las grandes empresas se empeñan en ofrecernos su diversión masiva, he ido a ver dos películas de estreno mundial. Solo algunos comentarios sueltos.

En Spiderman (*No way home*) me dormí, tal vez porque fue un día cansado o porque fui a la función de noche —salí de la proyección a la una de la madrugada—, pero no aguanté. Sentí el argumento flojo, los diálogos pobres, y el personaje un adolescente caprichoso que por un gusto personal pone en riesgo el planeta. Pero, sobre todo, me chocó la cantidad de efectos especiales; parecía un esfuerzo por mostrar lo imposible, con alteraciones de la realidad que rayan en lo absurdo y que no te conducen al heroísmo, la emoción, el miedo, el coraje, sin vínculo alguno con la realidad y con el espectador. Fue como una demostración escolar de efectos decodificables por los especialistas, pero que no convocaban a las emociones. Tal vez sea de la vieja escuela, pero los superhéroes estilo Superman eran más realistas y sus poderes sobrenaturales hacían un personaje épico, no irreal. El ritmo era demasiado acelerado y confuso, casi perturbador. En cierta medida, sentí la película como una degradación del séptimo arte.

También fui a Matrix (*Resurrecciones*). La primera película fue una de las que más he disfrutado, la he visto demasiadas veces, íntegra y por episodios. Sé que no es una joya cinematográfica, pero la he disfrutado intensamente. Las dos siguientes me parecieron de baja calidad, confusas, innecesarias, dinero tirado al agua. Por eso asistí al film sin mucha expectativa; hice bien. La fuerza de la historia inicial se diluye, y queda un romance alrededor del cual se organiza toda la narración. En medio, hay varias discusiones filosóficas sólidas que dan para meses de discusión (realidad/fantasia; destino/libertad; complementariedad de los opuestos; libertad/sumisión gozosa; etc.), pero son tantas que, al hacerlas girar alrededor de amor de pareja, pierden sustancia. La repetición de las escenas, que en la primera película tuvieron éxito, hace que dejen de sorprender. Ninguna de las piruetas atrae, ninguno de los combates conmueve, ninguno de los besos excita. Es un “deja

vu” permanente sin picos de emoción, sin intriga. Además, ver a los personajes más atractivos de la primera (Neo y Trinity), como adultos deslucidos jugando a ser jóvenes enamorados, es como asistir a un concierto de Timbiriche en el que festejan sus 50 años. Quizás lo que más coraje me dio desde la primera vez que vi Matrix fue que, tras haber ofrecido un producto fabuloso —recuerdo que cuando la vi quedé ansioso esperando la siguiente—, no pudiese entrar en una sola narración global que atrapara en cada episodio (como lo logró El Señor de los Anillos o la Guerra de las Galaxias). Matrix estaba llamada a ser una película que marcara el ritmo de una generación, y no fue más que fuegos artificiales, espectaculares, pero de corta duración.

Borges etnógrafo (29-12-2021)

Había visto esta cita por algún lado, la repito por lo esencial: “El secreto, por lo demás, no vale lo que valen los caminos que me condujeron a él. Esos caminos hay que andarlos”. El etnógrafo. Es una oda al procedimiento, lo valora tanto o más que el resultado.

Los libros y el poder (30-12-2021)

Cuando estaba en segundo semestre de la universidad, en la UAM Azcapotzalco, tuve un profesor anarquista, maravilloso. Entre otras cosas, al final del trimestre nos invitó a que nos autoevaluáramos. Lo hice, con cierto pudor, acostumbrado a ser sujeto de evaluación, propio de un colegio religioso como en el que había estudiado: al principio no entendí de qué se trataba, tuve que digerir con calma tal aprendizaje.

Recuerdo poco del contenido de aquel curso, acaso más la enseñanza final, el gesto evaluativo, pero guardo bien

una lectura que el maestro nos dio: *De los libros al poder*, de Gabriel Zaid⁶⁴. Buscando entre la biblioteca que dejé en Bolivia y que recientemente redescubrí, me encontré con él, a dos décadas de distancia. Ha corrido agua por este puente, así que ahora leo el documento con ojos que vieron pasar muchas cosas. Tomo algunas notas.

El capítulo “De cómo el radicalismo aumenta con los ingresos”⁶⁵, crítica cruda a la relación entre ser de izquierda como estrategia de ascenso, buscado o no. Zaid muestra que en ciertas circunstancias, demasiadas diría yo, es casi un patrón, ser radical conviene, ayuda a consolidar una posición económica, social, simbólica: “México es un país donde el radicalismo aumenta con los ingresos: donde los pobres son conservadores y los progresistas no son pobres”⁶⁶. Más adelante, complementa el argumento: “A lo largo del siglo, ha quedado ampliamente demostrado que las banderas revolucionarias sirven más para trepar y prosperar en nombre de los pobres que para el beneficio de los pobres”⁶⁷. Tengo decenas de nombres, de “amigos antiguos” —como decía Amín Maa-louf— cuya historia refrenda ese argumento.

La izquierda se concibe a sí misma como una fuente de pureza, como moralmente superior:

La palabra *izquierda* se usa como la palabra *decente*, y quiere decir aproximadamente lo mismo (lo debido, lo conveniente). No se dice: en tal punto, con respecto a unos, estoy por la decencia; y por lo tanto, con respec-

64. Zaid, Gabriel, *De los libros al poder*, Ed. Grijalbo, México, 1988

65. *Ibid.*, p. 117.

66. *Ibidem.*

67. *Ibid.*, p. 120.

to a otros, estoy por la indecencia. Se dice: soy decente; más aún: soy la mismísima decencia. La indecencia (como la derecha, como el infierno) son los otros⁶⁸.

Esa idea purista de buenos y malos, de abarcarlo todo es caricatural pero certera: en todo soy bueno si soy de izquierda, en todo son malos si son de derecha. Ese argumento está presente de manera abrumadora en el contexto boliviano actual. El autor cuestiona la idea de “ser de izquierda” como una condición: “En rigor, no se puede ser de izquierda (ni derecha): no hay tal manera ontológica de ser. Se está a la izquierda o a la derecha, y siempre relativamente en tal o cual punto, con respecto a tal o cual posición”⁶⁹.

Últimas citas: “Los hombres de libros pueden estar al servicio de un guerrero analfabeto”⁷⁰. “Una cosa es que los libros sirvan al poder: otra que sirvan para llevar al poder”⁷¹.

En suma, lo que Zaid desnuda es la máxima “saber para subir”⁷² que parece estar profundamente anclada en un sector de la izquierda dominante y estatal. Lo que más sorprende es que escribió esos documentos a principios de los ochenta, y a más de veinte años se convierten en historias, con nombres y apellidos. Visionario. Indispensable volver a Zaid en la actualidad para entender mejor lo que se esconde detrás de los discursos eruditos, de las palabras bonitas, de los slogans más nobles. Sí, grande mi profesor anarquista que hoy resuena más que nunca.

68. Ibid., p. 120.

69. Ibid., p. 119.

70. Ibid., p. 21.

71. Ibid., p. 22.

72. Ibid., p. 24.

Biblioteca y cajón de los recuerdos (31-12-2021)

Hace unos días logré mi anhelado sueño: tener una estante para libros de piso a techo en mi escritorio. Lograrlo fue una aventura. Le di al carpintero las medidas y prometió que podría meter el mueble enorme en el ascensor, pero a la mera hora, imposible, no entraba. Tuvo que subir veinte pisos con el librero en hombros, ayudado por su colega; y la segunda parte del mueble de igual tamaño, hubo que dejarla para el día siguiente, cuando llegó con más refuerzos. Lo hicieron entre cuatro personas. El caso es que mi escritorio ya tiene el espacio para libros que siempre había querido. Ahora, tocó llenarlo.

Fui donde mi madre, al depósito del pequeño departamento que ha albergado mis objetos durante casi dos décadas sin ser abiertos. Empecé la tarea de hurgar en mis cosas hace unos meses, pero ahora fue una cirugía profunda, pues, de plano, prácticamente abrí todas las cajas de libros. Es extraño volver a tomar en mis manos tantas cosas, sentir texturas, olores, polvo. Vi periódicos de la época (de los noventa hasta los primeros tres años del 2000), programas de doctorados a los que apliqué, las notas de mis cursos en Lovaina, los primeros escritos que publiqué en varios lados, cartas que envié a universidades buscando trabajo, recortes de periódico (por ejemplo, sobre la matanza de jesuitas en El Salvador en 1989), documentos de todo tipo. Entre los libros, encontré joyas y basura, textos que volveré a usar y que son de una utilidad transtemporal (como el de Zaid que comenté), hasta papeles burocráticos que solo pueden tener como destino la papelera de reciclaje. Buena parte de mi literatura tiene que ver con lo que investigaba en ese momento, la cuestión religiosa y la política, la teología de la liberación, la izquierda radical de los noventa. También algunos textos que ya no utilizaría —las obras escogidas de Lenin, ¡más de diez volúmenes!—, o que

son parte de un momento de mi vida y ya no tienen importancia. Es como visitar un amor pasado cuando ya no vibra el alma y solo esperas el final del encuentro. Uno se queda con todos esos documentos, los útiles y los ya inservibles, y algo hay que hacer con ellos. Empecé a meterlos en cajas y transportarlos poco a poco a su nuevo destino. Me volvió aquella reflexión de hace tanto sobre las bibliotecas y los libros, qué hacer con ellos, dónde acomodarlos, cómo clasificarlos. No tengo el espacio suficiente para tener todos mis libros y menos ordenados. Creo que luego de este episodio, haré “policía” —como decía mi abuelita al ordenar las cosas guardadas— y los regalaré a alguna biblioteca, una buena parte de ellos. Los intelectuales tenemos el hábito de cargar con nuestros libros a donde vamos, especialmente los latinoamericanos, y a menudo presumimos nuestras bibliotecas sin considerar que, en realidad, estamos acumulando páginas y páginas que, en muchos casos, quedarán perdidas en algún estante sin volver a servirnos más. Hay algo que ponemos en ese deseo de atesorar libros y más libros, como si por tenerlos ya tuviéramos un poco de su saber. No sabemos soltar amarras. No podemos desprendernos de los objetos. Decía Jean Pierre Hiernaux —mi tutor del doctorado— que la sociología se la puede hacer con un pequeño estante de escritos estratégicos bien leídos; es cierto. El caso es que estoy repleto de documentos.

No me voy a referir a todo lo encontrado, solo a tres temas. Encontré los libros de Michael Lowy (y hace unos meses los de Enrique Dussel). Una colección muy amplia, unas fotocopias, unos en francés, portugués, español y hasta inglés. Fue uno de mis amores de la época, cazaba sus escritos donde los encontraba y los leía con avidez en el camino antes de llegar a mi sillón de lectura. Como todos los amores, el fuego se fue agotando y ahora lo veo como un académico más, con

luces y sombras, y sobre todo no me despierta pasiones ni admiración ciega.

Por otro lado, encontré una grata sorpresa que había olvidado. Cuando trabajaba en Naciones Unidas, allá por el año 2002, salía a todos mis trabajos de campo con mi cámara —analógica, claro—. Armé un amplio archivo fotográfico de todo lo que veía y, como tenía la ventaja de recorrer el país entero investigando cuestiones sociales, logré ricas tomas —parte de ellas utilicé en mi libro *Bolivia país rebelde*⁷³, que publiqué en México—. Por el toque “social” de mis fotos y por reflejar algunos rostros del país, en mi oficina decidieron ampliarlas y colgarlas como afiches en las paredes, yo estaba muy contento, claro. Al remover las cajas estos días, descubrí una carpeta con los negativos de aquella época, y un par de CDs —de esos antiguos— con los archivos digitalizados. Son imágenes de una época, ojalá las pueda publicar en algún momento o al menos hacer una exposición.

Por último, me topé con el número del 10 de enero de 1994 de la revista *Proceso*. Recuerdo ese ejemplar. Estaba viviendo en La Paz y por otras razones fui a México en esas semanas, días después del levantamiento zapatista que fue el 1 de enero. *Proceso* cerraba edición días antes, así que recién se refirieron al suceso en ese número, con un reportaje larguísimo, prácticamente toda la revista dedicada al tema. La portada no podía ser más elocuente: el rostro cubierto con pasamontañas del Subcomandante Marcos; el título: “Terminó el mito de la paz social. El estallido en Chiapas”; a pie: “El comandante Marcos: ‘Podrán cuestionar el camino, pero nunca las causas’”. Compré mi revista y la traje, de vuelta a Bolivia, y desde ahí la guardé en un rincón escondido que

73. Suárez, Hugo José. *Bolivia, país rebelde*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 2006.

ahora fue descubierto. Alguna vez, como pensé que la había perdido, pedí a un asistente que me la buscara en los archivos hemerográficos en México, pero solo conseguí una foto de baja calidad. Ahora recuperé el fetiche...

Termino: hoy es fin de año, mucho qué pensar.

La mutación (8-1-2022)

Salgo de un café pequeño en Sopocachi, por la plaza España. Veo pasar una pareja vestida con todos los atuendos indígenas: ella tiene pollera negra gruesa y larga con dos elegantes tiras de colores en el borde inferior, abarcas, sombrero blanco de lana de oveja con adornos de colores, pelo peinado con dos trenzas, manta vistosa multicolor; él, poncho rojo vivo con flores bordadas y tiras de colores, chalina beige con flecos, sombrero también de lana de oveja. Hasta aquí, nada que sorprenda, desde el “proceso de cambio” en la ciudad se ven muchas personas con vestimenta indígena en las marchas, calles, oficinas públicas, lo que considero no solo un avance, sino la oportunidad de vivir en una sociedad que exhibe su riqueza multicultural. Además, estoy en una zona donde hay varias oficinas que se ocupan de temas rurales. Pero mientras estoy quitando la cadena a mi bicicleta y disfrazándome de ciclista, poniéndome casco, guantes y los demás aditamentos, levanto el rostro y veo que la pareja se detiene cerca de mí, justo en mi línea visual, y se instala discretamente a los pies de un sólido pilar del teleférico. Ella saca un aguayo grande, azul con tiras rojas y anaranjadas, de esos que es muy común ver en las espaldas de cholitas cargando sus guaguas. Lo expande en el suelo con cuidado, guarda en él su sombrero, su manta colorida, saca unos zapatos de deporte blancos y guarda sus abarcas, se pone una calza negra muy ajustada y se quita su pollera elegante, toma un saco de lana tejido con palillos, se desata las trenzas,

deja que su cabello se extienda en su espalda, se lo peina para luego amarrarlo con un moño en la nuca. Ya completamente transformada, con tenis, mallas y saco de lana, cierra su atado y lo carga en su espalda. Él saca debajo de su poncho una mochila azul de la marca Totto, dobla con cuidado su poncho y delicada chalina beige, y se queda con su pantalón café claro “de vestir”, zapatos negros lustrados y una chamarrita oscura. Se cuelga la mochila azul en la espalda y se va caminando junto a su mujer; me los encuentro una cuadra más allá subiendo a un minibús.

Es mucho lo que se puede decir del episodio, y lamentablemente no tengo más información que lo que vi. Lo que me queda claro es que los purismos y aquellas retóricas monolíticas que pretenden ver al mundo indígena como homogéneo e inamovible, no son más que estereotipos folklóricos que no ayudan a entender las complejas dinámicas culturales bolivianas de estos tiempos. Lo que parece que está más expandido es una flexibilidad estratégica que permite, por ejemplo, a una mujer usar calzas sensuales o polleras tradicionales, según sea requerido. Estamos, me parece, en un momento en el que se puede transitar por identidades a conveniencia, de acuerdo a las exigencias específicas. Esto no necesariamente en detrimento del sentimiento cultural o identitario, pero sí con la practicidad como norma.

En lo que vi, la pareja sufrió una mutación en no más de diez minutos de vestimenta indígena cuidada y de fiesta, a prendas del cholaje urbano comerciante o de oficios de ciudad: ella pasó de mujer indígena a la categoría sociológica de “birlocha”; él, de varón indígena a “cholo”. Es una pequeña muestra de cómo van cambiando las lógicas culturales en estos tiempos sin tensión, sin contradicción; fluyen de acuerdo a las necesidades operativas de la gente.

Retratos (14-1-2022)

El libro llegó a mis manos por un camino azaroso: fuimos a un café-librería, y mi mamá compró *Retratos de infancia*, del premio Nobel de Literatura J.M. Coetzee⁷⁴. Mientras tomábamos un expreso —al menos yo—, me lo prestó y empecé a hojear, pues hasta hoy no había leído nada del autor. Sorpresa: más que un texto escrito, era una compilación de fotografías tomadas por el escritor cuando era niño, acompañado de una generosa introducción y algunos extractos de sus novelas. Se lo dije a mi mamá, quien inmediatamente me lo regaló: “no quiero ver sus fotos, quiero leer sus textos maravillosos”. Acepté gustoso el inesperado obsequio y lo empecé a disfrutar.

La historia vale el libro. En algún traslado reciente de Coetzee, apareció una caja con negativos, impresiones antiguas, cámaras fotográficas e instrumentos de laboratorio. Si bien nada de eso fue valorado por el propio autor, que no solo dejó olvidada la caja por décadas sino que al enterarse de su aparición no le prestó la menor importancia por considerarlas “fotografías de aficionado de un chaval de dieciséis años”⁷⁵, como cuenta Hermann Wittenberg, el editor y responsable de la redacción de la introducción del volumen, se equivocaba.

En el texto introductorio se explica la historia de la cámara y la relación de Coetzee con la fotografía. Se narra que tuvo un aparato fotográfico con las condiciones técnicas de la época —la década de 1950— y que empezó a tomar fotos de su mundo. Las imágenes muestran precisamente el ambiente de Ciudad del Cabo, la escuela, sus amigos, sus actividades, su familia, su madre. Dibujan, más allá de las cuestiones técnicas, el mundo que ocupó al autor y que hicieron de él un

74. Coetzee, J.M., *Retratos de infancia*, Random House, España, 2020.

75. *Ibid.*, p. 12.

escritor notable. La tesis de Wittenberg sobre el Nobel es contundente: “fue fotógrafo antes de convertirse en escritor”⁷⁶: “en los primeros años de su vida, las imágenes parecen haber tenido prioridad sobre las palabras: poseen el poder de contar historias y estimular la imaginación”⁷⁷. La creatividad y el sentido narrativo visual del adolescente con una cámara, se traspusieron, renacieron, se hicieron cuerpo en su obra escrita: “la creatividad temprana de Coetzee con la cámara en cierto sentido se trasladó a sus novelas”⁷⁸; el prologuista muestra las condiciones fotográficas de aquella época y su complejidad, pero subraya el vínculo entre fotografía y escritura: “El acercamiento consciente e intrigado de Coetzee al medio fotográfico presagió la forma que posteriormente escribiría novelas que a menudo tratarían del proceso de la escritura en sí”⁷⁹. En múltiples personajes y situaciones de la obra del novelista se evoca o a fotógrafos o a historias relacionadas con este oficio y la relación con las imágenes, además de que viendo las fotos se puede entender largos episodios que describe en sus múltiples novelas como si tuviera la imagen al frente (que no era el caso, pues sus escritos salieron previos a la reaparición de sus fotos). Pero lo más notable, según Wittenberg, es el puente entre la forma narrativa visual y la escrita: “Las imágenes desempeñan un papel primordial en su escritura, y no solo como temas explícitos y materiales de referencia. Penetran un estilo narrativo influenciado por el encuadre, la puesta en escena y el punto de vista de la cámara. La iluminación, el elemento más crucial de cada fotografía, a menudo está presente en su modo de

76. Ibid., p. 18.

77. Ibid., p. 44.

78. Ibidem.

79. Ibid., p. 30.

configurar y escribir una escena”⁸⁰. Dicho de otro modo, en algunos episodios escribe pensando como fotógrafo, montado en el lenguaje narrativo visual; el saber fotográfico —su pasión, su conocimiento— conduce una manera de contar.

Me pareció fundamental esa relación porque la traspaso a la sociología, que me importa tanto: hay sociólogos que piensan como fotógrafos y fotógrafos que construyen como sociólogos. Y al medio estamos académicos como yo, que navego en ambos mares. Pensé mucho en el libro *Argelia*, de fotografías de Bourdieu, que también de joven —aunque no tanto, ya estaba en los veintes—, mira su mundo con una cámara y va construyendo su sociología desde la imagen, lo que se refleja en su obra posterior. En buena medida, el libro revela una de mis preocupaciones, que es la relación entre la imagen —fotográfica en este caso— con todo lo que con lleva —técnica, formato narrativo, potencias y límites— y la sociología —conocimiento sistemático de un problema—.

Me quedo con dos cerezas del pastel, una frase sobre la bicicleta: “No hay nada comparable a la viva alegría de montar en bicicleta, de doblarse sobre el manillar y apuntar las curvas” (*Infancia*); y “las huellas de la fotografía se encuentran en toda mi obra desde el principio”⁸¹. Notable regalo, un guiño del azar.

15 de enero del 2022

Hoy salí temprano, en bicicleta, rumbo a la calle Mártires de la Democracia que antes se llamaba Harrington. Llegué y no había nadie. Pude encontrarme con ese lugar que concentra tanto de mi historia. Ahí, el jueves 15 de enero de 1981, fue la

80. *Ibid.*, p. 42.

81. *Ibid.*, p. 180.

reunión del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, donde los paramilitares mataron a mi padre y siete compañeros más. Parado frente al edificio vacío y ahora en venta, en el silencio matutino, escuché los gritos, el miedo, la tortura, los cuerpos lastimados, los golpes, el terror de aquella tarde de lluvia. Eran ocho, sí, todos jóvenes, el mayor tenía cuarenta y siete, el menor alrededor de los treinta años. Cada uno tuvo una muerte distinta, se dice que alguno salió a la ventana a gritar que no dispararan porque no estaban armados y recibió una bala de respuesta. Se dice que a otros los ametrallaron en fila y uno de los cuerpos tendidos y desangrándose cubrió a Gloria Ardaya, la única sobreviviente. Se dice que mi padre salió vivo, en pie, cubierto medio cuerpo con un saquillo. Lo llevaron a otra dependencia, alguna razón había para que su muerte no fuera rápida con un balazo. Cuando descubrimos el cuerpo, tenía sellos de tortura en cada centímetro; fueron golpes, electricidad, más golpes, navajazos, y más golpes, los que cegaron la vida de Lucho. Tenía 37 años cumplidos tres semanas atrás.

Me detuve esta mañana, decía, en ese departamento a meditar. Mi papá me enseñó muchas cosas, entre ellas, a hablar con los muertos, frente a las tumbas o los espacios que capturan la memoria. Recordé que, en esa misma calle, creo que un año más tarde, hubo una nutrida concentración de homenaje. Fuimos con miedo, yo tenía solo once años. Antonio Aranibar nos dijo que teníamos que superarlo, esa era la principal arma de los agresores. Entre la gente, las palabras y los discursos, yo veía cuál sería la calle más adecuada para salir corriendo si nos tiraban alguna bomba. Pasaron los años, y Juan del Granado impulsó el juicio de responsabilidades que llevó a prisión a los principales agresores, se avanzó con la justicia. En fin, hoy 15 de enero subí en bicicleta hasta aquella casa a recordar a mi padre. Fue él quien me enseñó a pedalear.

Más del 15 de enero (16-1-2022)

Ayer, luego de escribir esa pequeña entrada en el Face, recibí varias reacciones que acarician:

- Sayuri Loza: Lloré al leer tu post, el país fue despojado de hombres que amaban a su patria y soñaban con cambiarla, sus familias fueron despojadas de padres, hermanos e hijos.
- Manuel Suárez: Hay que escribirlo mil y una veces.
- Fabián Yaksic: Más de 4 décadas que estos héroes de la democracia fueron asesinados. A su lucha les debemos las libertades democráticas que las debemos preservar en su memoria. Querido Hugo José un abrazo solidario y comprometido con la memoria de tu padre.
- Armando De Urioste: Recién supe que mi hermano ese día llevo a tu papá a la reunión, y se retiró, cómo es el destino, un abrazo querido, creo que tu padre estaría orgulloso de lo que has conseguido con tu talento.
- Rafael Archondo: Los padres nos suelen enseñar a pedalear, nadar y cocinar. Lucho alcanzó a lo esencial contigo.
- Juan Del Granado: Tú, querido Hugo José, eres parte de la luz que nos dejaron...

La noche la pasamos con Cathia y Anahí, pues Canela se quedó en Senda Verde, en Coroico, donde está haciendo una estancia. Llegamos al atardecer. Escribí en redes: “Gracias a todos los que hoy recordaron el asesinato de los 8 dirigentes del MIR el 15 de enero de 1981. Pasé nuevamente al atardecer

a aquella casa, y dejé una rosa roja en su memoria. Les dejo esta bella canción del grupo Entre 2 aguas: ‘No vuelva un 15 de enero’”.

Vender tus libros (16-1-2022)

Me escribió una amiga mexicana después de mucho tiempo. Me contó muchas cosas, pero lo más importante fue que se mudó de departamento a uno más pequeño, y tuvo que deshacerse de sus libros. “Los vendí casi todos, solo me quedé con los esenciales. Tengo la esperanza de que lleguen a otras manos sedientas, que alimenten y guíen otros espíritus, como lo hicieron conmigo en su momento”. Me sorprendió su desprendimiento práctico, no tiene dónde guardarlos, pero sobre todo su actitud frente a esos objetos que nos sirvieron y deseamos tanto en algún momento, que nos formaron, nos ayudaron, les dedicamos horas a su lectura y compañía, pero ya no los necesitamos. Y me conmovió porque —como ya lo he dicho— estoy precisamente en un momento de abrir cajas con volúmenes que no usé en dos décadas, prácticamente no me hicieron falta; sé que, aunque tuvieron un lugar en su tiempo, ya este es otro tiempo, y no los volveré a utilizar. Y, sin embargo, no me atrevo a desecharlos. He pensado donar a alguna biblioteca varios de ellos, quedarme con lo que sí me será útil de verdad, no con los que guardan una historia de otro momento. Quizás lo haga.

Cuadernos de notas (16-1-2022)

Estuve organizando mi serie de documentos en los archivos de computadora que he denominado “cuadernos de notas”. Tengo escritos relativamente sistematizados: varios documentos, diarios, por etapas de mi vida y mis territorios. No los

había ordenado tan prolijamente, ahora los voy a imprimir para tenerlos a mi alcance. En México lo hice y los archivé una carpeta que se llama “Materiales para una autobiografía”. Probablemente nunca la escriba, pero ahí hay frases, episodios, momentos, anécdotas, que me gustan. No sé, quizás sueño que algún día eso llegue a algunas manos, como la novela de *Orígenes* de Amin Maalouf, que nace del encuentro del autor con un baúl que guardaba los recuerdos familiares. Voy a imprimir todo aquello para tener a la mano las palabras que me pueden ayudar a pensar mejor, a mirar atrás y adelante con similar intensidad.

Una frase más (17-1-2022)

Me encontré en el muro “Corto Maltés” de Facebook una frase que quiero que me acompañe: “A quienes me preguntan la razón de mis viajes les contesto sé bien de lo que huyo pero ignoro lo que busco. Michel de Montaigne”.

Y otra frase más (ahora mía, 21-1-2022)

La política es la práctica que con mayor facilidad, disimulo y sutileza te convierte en aquello contra lo cual estabas luchando. O, dicho de otro modo: la política hace de ti lo que odiabas.

Visita a la casa Mártires de la Democracia (24-1-2022)

Nunca había podido entrar a la casa donde mataron a mi papá. Hubo varios intentos. Cuando se realizó la reconstrucción para el juicio de responsabilidades, no recuerdo en qué año, hubo una comisión que ingresó. Estuvieron mi mamá y mis sobrinas. Dicen que fue emotivo, pero yo estaba en el extranjero. La semana pasada, el mismo 15 de enero, fui a ver

el domicilio y supe que estaba en venta. Llamé para concertar una cita y no recibí respuesta, pero luego, por otro lado, se pudo agendar la visita.

Entré, con mi hermana y mis niñas, cual si fuéramos compradores interesados en el inmueble. Mientras la vendedora nos daba información técnica —que el terreno tiene más de 200 metros cuadrados, que cuesta 210 000 \$us, que la parte delantera está abandonada porque querían derribarla, que tiene los papeles en orden, etc.—, yo transitaba lentamente, cuarto por cuarto. Miré las gradas, esas que llevaban al segundo piso, por donde pasó mi papá y sus siete compañeros sin saber que sería la última reunión. Subí a la azotea, dicen que Gonzalo —uno de ellos— intentó refugio, pero no le duró mucho, fue descubierto y acribillado. Me detuve en el segundo piso, la recámara donde se escondió Gloria Ardaya, cubierta por el cuerpo de Arcil Menacho, que se desangraba. Bajé al primer piso, donde fue la reunión. Miré la ventana, imaginé el pánico que sintieron cuando, desde ahí, luego de analizar la coyuntura política, sintieron vehículos que se detuvieron violentamente en la puerta. Algunos se acercaron a la ventana, les dispararon, entraron rompiendo puertas, gritando, insultando. Imaginé que Gloria subió a esconderse, que Gonzalo llegó a la terraza sin salida. Imaginé a mi padre, siempre pacífico y racional, creyendo en la palabra, que probablemente haya pedido calma y buscado algún tipo de diálogo, que no dispararan, que no estaban armados. Recorrí cada uno de los cuartos, sin prisa en lo que la vendedora hablaba con las otras personas. No podía dejar de pensar en lo que sintió papá, en el miedo, en las ganas de escapar. Cómo habrá mirado esas paredes, esos pasillos, por donde ahora yo estaba caminando, con sus dos nietas y su hija. Cómo habrá sido torturado ahí mismo, qué pensó cuando escuchaba las metrallas que acababan con la vida de sus compañeros, cuando los escuchaba gritar o

cuando pretendían escapar sin ninguna salida. Ahí, Lucho recibió los primeros golpes y torturas. Su muerte fue en otro lugar, salió en pie, ensangrentado pero vivo. Vivió el espanto de la muerte de sus demás camaradas, con quienes minutos antes había estado analizando la política del país. Mierda. Tras cada patada, tras cada puñetazo, Lucho debió pensar en su vida, en su esposa Betina, en Pati y en mí. Mierda, y todo se va tan rápido. Debió mirar la ventana, con tanta luz, pero mirando al vacío, debió sentir lo inevitable, la certeza de que de esa ya no saldría con vida. Debió pesarle no haber podido despedirse de nosotros, no poder conocer a sus nietas. Debió pensar en sus padres, en lo doloroso que iba a ser para ellos enterarse de su muerte. Y entre tanto los golpes, los gritos, el miedo. Los paramilitares insultando, gritando, burlándose, pegando, una vez, otra vez, y una vez más, hasta que el cuerpo empezara a dejar de sentir dolor porque estaba al borde de la muerte. En esos cuartos, con esas ventanas luminosas, la calle repleta de “tiras”, por esos pasillos. Lucho debió bajar las gradas a empujones, sangrante y adolorido. Debió atravesar la puerta entre insultos y empujones, dejando atrás a sus compañeros muertos, y lo subieron en algún coche, seguro lo tiraron en una maletera. Debió seguir consciente mientras el coche se encendía con algún rumbo igual de infernal, pero solo. Y en alguna celda, en algún rincón de una institución pública, debieron golpearlo más hasta que su corazón dejara de palpar. Horas después nos entregaron su cuerpo. Brutal, destrozado.

Sí, ahí estuve hoy, recordando, imaginando, elucubrando. Era algo que tenía que hacer, no digo “resolver”, sino vivir. Un espacio por el que debía transitar.

Luego, pensé en el futuro de ese espacio. Está en venta, ignoro a qué manos caerá. Tal vez algún comerciante que lo convierta en galería, o quizás consultorios. Tal vez un constructor que demuela todo y levante un edificio. Tal vez una

familia que rente una parte de la casa. Y pensar que alguna vez soñé con que ahí se instalara un museo, una Fundación para la Democracia, un lugar donde se expusiera lo que pasó. Todo indica que el mercado consumirá ese recuerdo más.

Una frase de Manuel Delgado (29-1-2022)

En su muro de Face, el antropólogo Manuel Delgado reproduce una frase de su prólogo a la nueva edición del libro *Muerte y vida de las grandes ciudades*, de Jane Jacobs: “Allí, en ellas, siguen mezclándose acontecimientos grandes o microscópicos, conductas pautadas y comportamientos marginales, monotonías y sorpresas, lo anodino y lo excepcional, lo vulgar o lo misterioso, permanencias y mutaciones, lo indispensable y lo superfluo, las certezas y la aventura”⁸². Bonita invitación a salir, mirar, escribir en la ciudad.

Sobre la muerte de Lucho (31-1-2022)

Visité al tío Pancho, hermano de mi papá. Estuvimos charlando por varias horas en su departamento. Me contó algo más de la muerte de Lucho. Resulta que en plena dictadura había una célula del MIR en las fuerzas armadas, y mi papá, que daba clases en distintos ámbitos militares, estaba en el centro de la misma. Luego de su asesinato, ninguno de ellos fue perseguido ni amedrentado, lo que indica que, a pesar de la tortura que lo mató, él no soltó ni un nombre. Me dijo que por eso varios le tuvieron profundo agradecimiento póstumo.

82. https://manueldelgadoruiz.blogspot.com/2015/07/la-calle-como-quintaesencia-del-espacio.html?fbclid=IwAR1Q1NNOAFO_niMvJosQA0c3_mAB9q4NozZhHCSCdFrkW2YAAcnFHgqBQdw. Consultado 29-1-2022

El tema de “cantar” o no bajo tortura estaba en el centro de la política de ese momento. Benedetti, en su poema “Hombre preso que mira a su hijo”, resalta la actitud valiente de no dar información aun recibiendo las formas más crueles de dolor. Entre los códigos de aquella época, estaba aguantar dos horas de tortura, el tiempo necesario para que los demás pudieran escapar.

Tengo mis reparos sobre esa interpretación del heroísmo sacrificial, pero lo cierto es que tal vez ahí esté parte de la explicación sobre el por qué a mi papá no lo mataron de un disparo y más bien se empeñaron en destrozarse su cuerpo. Seguramente querían la información que guardó hasta su último suspiro.

Con el ejemplo, el papá Hugo (31-1-2022)

En la misma charla con el tío Pancho, salió una historia de mi abuelo. Resulta que había una división que estaba haciendo ejercicio en camiseta y el comandante que ordenaba las prácticas se encontraba vestido de uniforme, sin mover una sola parte del cuerpo. Llegó el papá Hugo, superior al comandante en cuestión, se quitó el traje, la camisa, quedó en camiseta y se puso a dar órdenes repitiendo él mismo los ejercicios. El demudado comandante, le tuvo que seguir. Lo que es predicar con el ejemplo.

Casi mi cumpleaños (31-1-2022)

Ayer, domingo 30, hicimos el festejo familiar de mi cumpleaños, pues el miércoles 2 partimos a Toro Toro. Seguimos el protocolo que hemos establecido en este último período: reunirnos a las 12:30 donde mi mamá, en el jardín, para evitar contagios —rogando que no llueva o protegiéndonos con

paraguas—, comer algo práctico, cantar las tres canciones de ocasión (“Las mañanitas”, “Que se vengan los chicos”, y el cumpleaños nacional que no sé cómo se llama), dar regalos, que fueron depositados en una canasta en la entrada, y romper la piñata. Todo un tema el canto “Dale, dale, dale, no pierdas el tiro...”. El caso es que una semana antes pedí a todos que me hicieran un regalo particular: que respondan en un papel a tres preguntas, “quién es el Hugo José para ti, qué aprendiste de él, qué le deseas en el futuro”. Cuando llegó el momento fue muy emotivo, uno por uno se pusieron a leer lo escrito en distintos formatos, desde digitales hasta hojas con decoraciones especiales y sobres hechos para la ocasión. Bonito, adoré el festejo, me encantó.

Toro Toro (7-2-2022)

Como lo habíamos planeado, estuvimos en aquel pequeño pueblo, en el hotel Rumi Kipu, del Alfonso Alem y la Anemarie Brugger-Steiger. Tengo que escribir mucho sobre el tema. Van algunas impresiones a quemarropa de la estancia. El atractivo principal es la naturaleza, su fuerza, sus caprichos, el sentido del tiempo. Los paseos por las huellas de dinosaurio, por las pequeñas piedras que parecen hongos o una aldea de Pitufos, por la caverna llena de estalactitas y estalagmitas, por las formaciones rocosas en la cima de la montaña, por el río y la cascada abajo del cañón magnífico. Todo en realidad muestra la interacción entre el viento, el agua, las olas, las rocas, la tierra interactuando, golpeándose, esculpiéndose, por años y años, y años; siglos y siglos, y siglos. ¿Cuánto tiene que soplar el viento para moldear una roca?, ¿cuánto tiene que empujar la tierra en el borde del océano para que en el centro de Latinoamérica se levante el piso formando una montaña? El tiempo. ¿Qué es el tiempo?, ¿cuál la diferencia entre 150 o 250

millones de años?, ¿qué son 100 millones de años vistos desde el año 2000 después de Cristo?

Toro Toro es el lugar donde se concentra la transformación de la materia. Su magnificencia impacta. Ante la piedra que resistió los siglos y terminó bordeada por el viento, cual ceramista con una vasija, uno se siente insignificante. Festejé mis 52 años, poco más de medio siglo, en medio de piedras cuya historia es de millones de años. La ciudad nos desprende de la naturaleza, incluso viviendo en La Paz entre las montañas; en Toro Toro vuelves a toparte frente a frente con el planeta, con el sentido de la intervención natural, no mediada por la vida y menos por el hombre.

Y entre tanto, lo único que queda de rastros de vida son las huellas de dinosaurio. Diminutas patas impresas y fijadas por procesos químicos y geológicos que hacen que, otra vez, siglos y siglos, y siglos, sigan ahí, en placas inmensas que cubren cerros enteros. Y nosotros, en el siglo XXI, observando lo único que queda de aquella época, tan lejana, más allá de lo que mi cabeza comprende como “pasado”.

El pueblo, precioso. Curiosa combinación: la narrativa oficial montada en el turismo dinosaurio, con la arquitectura y lógica espacial de pueblos coloniales ya deshabitados y rehabilitados. En el centro de la plaza, un dinosaurio que parece una copia de la película Jurassic Park, y decenas de referencias a aquel mundo; tiendas, señalizaciones, comidas, carteles, anuncios permeados por el mismo tema. Y sin embargo las calles son pequeñas, la plaza cuadrada, las casas de adobe, las puertas altas, las aceras chicas, los techos de teja. A diferencia de Coroico o Palca, donde la impronta cultural-comercial estilo alteño invadió y modificó la lógica de pueblo (casas estilo “cholet”, con comercio en los bajos, para venta de productos de contrabando; coches “chutos” y sin placas por todo lado; pollos al espiedo como oferta gastronómica; vidrios como

espejos enormes en el centro de la plaza, etc.), en Toro Toro se siente un ambiente pueblerino de antaño, un encanto recorre las pequeñas calles. Habrá que ver qué pasa en los próximos años, se dice que hasta noviembre se terminará la carretera lo que sin duda modificará todo.

Entre otras cosas, me quedó claro que mi tolerancia al riesgo ha disminuido. No entré mucho en la caverna, no disfruté del todo saltar de roca en roca en el río, sacándome los zapatos para caminar en el agua pisando piedras con dolor, todo para llegar a ver la cascada de cerca. Bella, eso sí. Con los años, estoy dejando atrás cierta tendencia a la aventura, o más bien mis aventuras están en otro lado: disfruto de la seguridad, de un café con buena música y ambiente, o del paisaje desde un ambiente estable. Nada más agradable que una larga tarde en un sillón, con vista, y un libro excitante entre las manos.

Al volver, pasamos por Tarata. Pueblo interesante, cuna de personajes fuertes, duros, contradictorios, complejos.

Sentí la paz de estar en un lugar fabuloso, ver desde una hamaca, en un zaguán, el atardecer, para luego dejarme sorprender por las estrellas regadas en el cielo. Un cumpleaños fabuloso.

Luis Suárez agregado de prensa (7-2-2022)

En una carpeta roja antigua, malograda por la humedad y el polvo, mi madre encontró un legado hermoso: el nombramiento a mi papá como agregado de prensa en la embajada de Bolivia en España. Trae la fecha del 20 de febrero de 1968. Es el presidente de entonces, René Barrientos Ortuño, quien confiere el título que está escrito en parte impresa y en parte en letra palmer. Trae la firma autógrafa de Barrientos, del ministro de Relaciones Exteriores y del subsecretario, además de un sello de agua con el escudo nacional. En la segunda página,

dice el modesto sueldo mensual y anual en pesos y en dólares, con una decena de sellos y firmas de otras autoridades administrativas. Lucho tenía entonces 25 años, debía mantener a su esposa e hija, y lo hacía trabajando en las letras y las noticias. Entre tanto, escribía poesía, ensayos, artículos, cartas. Soñaba, veía el país a la distancia, le dolía la política, ponía toda la esperanza en poder hacer algo a su vuelta. Lindo regalo.

Ítaca (8-2-2022) tomado de Face

Me encontré con este poema, que dibuja parte de este momento de mi vida.

Mantén siempre Ítaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.
Pero no tengas la menor prisa en tu viaje.
Es mejor que dure muchos años
y que viejo al fin arribes a la isla,
rico por todas las ganancias de tu viaje,
sin esperar que Ítaca te vaya a ofrecer riquezas.
Ítaca te ha dado un viaje hermoso.
Sin ella no te habrías puesto en marcha.
Pero no tiene ya más que ofrecerte.
Aunque la encuentres pobre, Ítaca de ti no se ha burlado.
Convertido en tan sabio, y con tanta experiencia,
ya habrás comprendido el significado de las Ítacas.
Constantino Cavafis.

Tres libros —y las formas de producción intelectual a la boliviana— (10-2-2022)

Han pasado por mis manos tres libros. No voy a comentar el contenido, sino la forma, aunque sabemos que en la forma está el contenido.

Luis Tapia, *Bosquejos sobre hegemonía y bloques históricos en América Latina*⁸³. Es un texto de pasta dura, portada en blanco y negro, con un corazón que sale del mapa latinoamericano. Sobrio, pocas imágenes, papel reciclado en toda la portada y contraportada, con el sello de la editorial en la parte baja trasera. Al interior, papel madera oscuro y liviano. Un producto completamente artesanal. En la página legal no hay información, más que el nombre del responsable, la fecha y el lugar. No hay “depósito legal”, ISBN o el símbolo de propiedad de derechos de autor. En principio, es un libro que podría ser copiado por cualquiera, robando los derechos. La apuesta de Luis ha sido generar pensamiento más allá de los formatos oficiales, sea académicos o comerciales. Al estilo de un sabio medieval, comparte sus conocimientos a los discípulos sin importar el registro formal. Ah, además, el libro, que habla de Gramsci y los movimientos sociales, no trae bibliografía ni cita directamente a ningún autor. Este modelo de intelectual es un contrapunto a lo que hizo, por ejemplo, su antiguo camarada de ideas y luchas, Alvaro García que, montado en la plataforma de Estado y de la autodenominada izquierda internacional, difunde sus libros por todos los canales posibles. Luis opta por el aprendizaje directo, por el contacto personal. Son apuestas, son opciones, con ganancias y pérdidas.

83. Tapia, Luis, *Bosquejos sobre hegemonía y bloques históricos en América Latina*, Autodeterminación, La Paz, 2021.

Fernando Molina, *Historia contemporánea de Bolivia*⁸⁴. Es un texto relativamente sencillo y pedagógico en el que cuenta los acontecimientos conocidos de 1982 al 2014. Nada del otro mundo, más bien una sistematización ordenada y resumida aquellos años. Es un libro autoproducido, en una editorial poco conocida. Lo que más llama la atención es que, aun siendo una segunda edición “corregida y aumentada”, no trae bibliografía, solo una página de las siglas utilizadas. Evoca a muchos autores y cada cita está con sangría por lo que queda claro a quién le pertenece, pero la referencia precisa, la página, el libro, el artículo, no aparecen por ningún lado, no sé cómo se puede hacer para encontrar la fuente si alguien quisiera explorar más o verificar lo dicho. Molina ha optado por publicar en medios digitales, en imprentas legítimas y conocidas, o pequeñas y poco rigurosas. Parece que lo que le importa es introducir ideas en el debate público, sin preocuparse mucho de los formatos.

Felix Patzi, *Circulación de las élites y las prácticas políticas contemporáneas*⁸⁵. Es un documento también autoproducido, sin una editorial, solo una imprenta de poco renombre. Un paréntesis: recuerdo un libro de Luis Arce, cuando era ministro de economía, que, a pesar de su posición, tampoco traía editorial y era difícil conseguirlo; cierro paréntesis. En la página legal trae el número de depósito legal y el ISBN; en ese mismo espacio dice que Patzi es “autor y editor”. Aunque dije que no quería hablar de contenido, es el texto que más me gustó, especialmente el capítulo II, “El retorno de la utopía socialista”. Ahí, con una mirada sociológica, manejando datos

84. Molina, Fernando, *Historia contemporánea de Bolivia*, Libros nómadas, 2021, La Paz.

85. Patzi, Felix, *Circulación de las élites y las prácticas políticas contemporáneas* Imprenta Vaqueta, La Paz, 2021.

e interpretándolos lúcidamente, explica cómo fue la degeneración del “proceso de cambio”, cómo devino en una “dictadura unipartidista” utilizando el “recurso del terror”, la concentración del poder, debilitando las instituciones. Es acaso el libro más lúcido que he visto en esta temporada, crítico, sensato, analítico, informado. Por ejemplo, es la primera vez que encuentro un cuadro con los juicios políticos emprendidos por Evo Morales, la información sobre el salario de autoridades públicas de distintos niveles o el crecimiento de la burocracia. Libro claro, informado y sociológico; de difícil acceso, no se lo vende en muchos lugares.

Los tres libros, distantes uno del otro, responden a orientaciones diferentes en la manera cómo comunicar ideas. Los tres son intelectuales serios y sólidos, y de distintas maneras estos libros esquivan las editoriales legítimas y de mayor divulgación. Son una muestra del estado del campo intelectual nacional, que, si bien es robusto en contenidos, en algunos aspectos es artesanal. Eso sería impensable en otros contextos, provocaría castigo en el desarrollo profesional y permitiría plagios, robos y problemas. Ojo que por otro lado están las grandes editoriales formales, las ferias de libro, las reglas universitarias, los espacios estatales o municipales responsables de publicaciones, etc. Pero lo anterior no impide que una buena parte de la discusión le haga el quite a estas instancias y sea relativamente eficiente en su propósito.

Última entrada (febrero 2022)

Hace un año, cuando decidí empezar este escrito, definí que duraría sólo un año, y que concluiría en mi cumpleaños 52, luego del viaje a Toro Toro. Es hora de darlo por terminado. Empieza una nueva etapa en mi vida, luego del fin del año sabático que lo pasé íntegramente en La Paz. Hay mucho qué

decir sobre este año de regreso, pero quiero cerrar trayendo a colación tres experiencias que me renovaron el espíritu, sobre todo en el ámbito de lo público y acaso lo político.

Mis hijas hicieron un voluntariado en Senda Verde, un emprendimiento de rescate de animales maltratados, asentado cerca de Coroico. Es una iniciativa personal de Vicky Ossio que montó, de la nada, una empresa sin fines de lucro que ahora cumple un rol fundamental en un tema que es olvidado por autoridades. El esfuerzo es enorme, y los resultados magníficos.

He retomado el contacto con mis entrañables amigos Carmen Bilbao y Matthias Preiswerk, que, también en Coroico, tienen una preciosa casa desde donde pretenden el rescate del bosque. Su batalla es inmensa, deben luchar contra el fuego —a menudo provocado por personas que dejan cenizas encendidas—, el tiempo, el descuido general, el avance de la idea de “progreso” que destroza la naturaleza. Ellos solos, con Mic, un amigo suizo que les colabora aportando muchísimo, cuidan cada árbol, cada rama de una montaña. Buscan reforestarla, fortalecerla. Y, entre tanto, los dibujos de Carmen en su casa y las deliciosas pláticas sobre vida y política.

Hace un par de años, cuando estaba en París, supe que mi amigo de tanto tiempo, Alfonso Alem, había abierto un Eco-Hotel. Tuve la certeza de que tenía que ir a visitarlo. Alfonso fue militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria de los setenta y ochenta, conoció a mi papá, luego fundó con otras personas más el Movimiento Bolivia Libre y estuvo en varios puestos públicos. Trabajó con Rigoberta Menchú en México, luego en Santiago, y al final, decidió “cuidar de su jardín” —como decía Voltaire— y volver a Toro Toro para una apuesta ecológica. Se involucró con la comunidad y todo su emprendimiento funciona en lo operativo, aprovechando el agua, reforestando y cuidando el entorno. “Es el mejor

momento de mi vida”, me dijo, cuando lo visité. Toda su trayectoria política de décadas pasadas, amplia y diversa, ahora lo condujo a una nueva idea de intervención en lo público.

Las tres experiencias, acaso quijotescas, son iniciativas concretas, sin preocuparse por ubicarse en una u otra gran doctrina, y menos construir un “instrumento” para administrar el Estado y desde ahí intentar alguna transformación. Ya tengo claro que ese es el mejor camino para convertirse en burócrata al servicio del poder de turno. Son inmersiones puntuales, de intervención directa, creativa, involucrándose personalmente, sin grandes reflectores y publicidades, buscando el bien común, el sano intercambio con el entorno natural y la satisfacción individual. En París, durante mi última larga estancia que terminó el 2020, identifiqué algunos proyectos similares, pero en el ámbito urbano, cafés y centros culturales; en el fondo, la misma orientación desde otro territorio y contexto. De alguna manera estos encuentros, descubrimientos, me devolvieron la esperanza y me iluminan el camino por donde debería transcurrir en los próximos años.

Postfacio

Este es el tercer volumen que escribo de una forma reflexiva que se expresa en el formato de diario sociológico. Ya lo dije: primero estuvo mi libro sobre Nueva York, luego el de París, y ahora el de La Paz. El soporte de “diario sociológico”, fuertemente inspirado en los escritos de Edgar Morin⁸⁶, me permitió conjugar tres necesidades escriturales. Por un lado, tomar apuntes cotidianos de distintos contextos, observaciones en tiempos de viajes o situaciones especiales, experiencias personales, cuestiones que merecían pasar a lo escrito. Por otro lado,

86. Morin, Edgar, *Journal 1962-1987*, Ed. Seuil, París, 2012.

se trata de un espacio donde se pueda vaciar interpretaciones sociológicas intermedias, reacciones rápidas, que pueden ser ingenuas y superficiales o profundas y lúcidas, y que se prestan a evolucionar en múltiples direcciones. Finalmente, recolectar citas ajenas, frases encontradas, perlas descubiertas en libros, redes, folletos. Durante años alimenté libretas separadas que cubrían estas tres necesidades: una solo con ideas y frases de otros que quería que me acompañaran, una libreta con mis apuntes profesionales-sociológicos y otra para mis apuntes más personales. Ahora todo confluye en este tipo de trabajos.

Un emprendimiento de este tipo tiene sus ventajas y sus problemas. Cabe todo, y por lo tanto es un reflejo sin muchos filtros de lo que uno ha visto, vivido, sentido, pensado; por ello se transita de una cita sociológica a un episodio personal sin mediación. El único orden es el cronológico, que refleja el vaivén de la vida que día a día se dispara en direcciones opuestas en veinticuatro horas. En ese sentido, es todo lo contrario a un libro científico que parte de una pregunta, expone sus resultados en capítulos que son desarrollados en profundidad, en una secuencia argumentativa de cada apartado. Tampoco tiene el sentido de una novela que juega con la intriga y el ritmo. Aquí, en un documento sin índice ni mapa para transitar su contenido, es el azar, la curiosidad o el asombro, el que conduce al lector que puede saltar de una página a otra libremente. A veces encontrará lo que buscaba, y en ocasiones se perderá en un bosque de letras del cual podrá sacar algunos frutos. Lo cierto es que un diario de esta naturaleza refleja una atmósfera cultural, política, emocional del momento por el cual atraviesa quien lo escribe.

Este diario está marcado por mi estancia sabática en Bolivia durante el año 2021. En buena medida refleja lo complejo de volver a tu sociedad luego de dos décadas de ausencia, las contradictorias formas de pertenecer. Por eso he

reflexionado sobre las múltiples facetas de ese redescubrimiento: sacar cajas, archivos con libros, cuadros, objetos; caminar por la ciudad cambiada con mis hijas, explicándoles la historia; visitar espacios tan míos y difíciles como el lugar donde lo mataron a mi padre. También he querido recoger observaciones más generales y guardar frases, pistas, ideas de varios autores que abonasen a la construcción de este proyecto.

Durante este año, uno de los aspectos que me ha chocado, y hasta dolido, ha sido ver por dentro el deterioro de la política en todas sus dimensiones. Si bien el proceso venía de tiempo atrás y he publicado sobre el tema, ahora lo pude sentir en su peor rostro, lo escuché en los medios de comunicación, en las conversaciones familiares, en las manifestaciones en la calle. Viví el reino de la impostura, de la mentira. Un escenario político paupérrimo, patético en ideas, en movimientos, en gestiones, en líderes y personajes. Escribí mucho al respecto en el diario, pero a la hora de decidir qué publicaba —qué vale la pena hacer público—, preferí omitir esas entradas —casi 40% de lo escrito—, solo dejé algunas referencias puntuales, casi tangenciales. Tal vez más adelante elabore un ensayo sobre el triste período, en lo político, que vive Bolivia en esta temporada. Me guardo las ideas para que reposen y salgan en otro tiempo.

Todas estas letras han estado permeadas por la pandemia. En distintos momentos he redactado sobre el Covid, sobre cómo lo hemos vivido. Sin duda que escribir sumergidos en la incertidumbre, en el clima apocalíptico y el miedo, tiene sus consecuencias, y me he esforzado por que se reflejen. No es fácil navegar en un mundo tan amenazante donde lo que prima es la sobrevivencia.

Hay muchos temas que no he desarrollado, o lo he hecho de manera demasiado rápida. Por ejemplo, las transformaciones culturales: he visto muchas mujeres en las calles que ya

no se visten de cholitas con pollera, manta y sombrero —salvo para fiestas—, ahora usan cotidianamente mallas y chompas, pero no dejan de cargar sus cosas y sus guaguas en aguayos, sabiamente colgados en la espalda. Con sorpresa, he disfrutado de *tiktokers* como Albertina Sacaca o Tikita que usan con maestría la tecnología y reflejan la compleja configuración social de su vida diaria, que se mueve entre lo moderno y la herencia cultural; sin duda, Bolivia tiene muchos pisos culturales, pragmáticos, que fluyen sin contradicción para la gente. También vi con asombro la cantidad de jóvenes raperos en San Francisco o en la plaza del mercado Camacho, su destreza con la palabra, su habilidad para contar e improvisar historias, su ritmo. Me impactó el nutrido grupo de jóvenes que toman las plazas del centro para bailes folklóricos o modernos en las noches, con coreografías y pasos, acompañados de una bocina; o los que con espadas de plástico o madera emulan combates medievales con notable imaginación y precisión. He asistido a la pomposa construcción del centro empresarial Green Tower, el emprendimiento más importante de la última década, que vino con un relato del progreso propio de los empresarios que imaginan un tipo de ciudad; lo curioso fue el paralelo entre tremendo edificio y la Casa Grande del Pueblo, edificado por Evo Morales hace unos años, con un mismo espíritu urbano pero con retórica socialista; dos expresiones que se autodefinen polares pero que, en realidad, comparten idéntico paradigma del progreso. Me ha impresionado la élite que sigue enclaustrada, en una burbuja, con conversaciones y visiones de mundo exactamente iguales a las de hace tres décadas, como si no hubiera cambiado nada en estos dinámicos años: mientras que el país —y el planeta— ya no es el mismo, ellos se quedaron congelados. Me llamó la atención las nuevas formas de la mendicidad, el sello de los migrantes venezolanos que con espíritu caribeño revolucionaron las formas de pedir dinero en

las calles, y sobre todo las reacciones nacionales, desde las que los elogiaban porque “estos sí trabajan” pintando los pasos de cebra, hasta quienes, desde un dogmatismo ideológico cerrado, les dicen: “traidores, váyanse y pídanle dinero a Guaidó”. En fin, quedaron muchas cosas en el tintero. Es normal, se dice que Borges sugería que un libro debía terminar con una coma, no con un punto.

Espero que este documento quede como el reflejo de un período, de una experiencia de retorno, en un dramático contexto sanitario, y que a su vez aporte a la construcción de una sociología vagabunda. Estas letras están dedicadas a Pati, mi hermana, que con enorme cariño arregló todo para que nuestro aterrizaje, en un momento difícilísimo de nuestra vida familiar, fuera lo más agradable posible.

Esta edición se terminó de imprimir en
julio de 2022, en los talleres de
GRUPO IMPRESOR S. R. L.
Av. Abdón Saavedra No. 2120,
Sopocachi, La Paz, Bolivia